This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE
NETTIE LEE BENSON
LATIN AMERICAN COLLECTION
of
The General Libraries
University of Texas
at Austin

LB
41
A627

[redacted]

LB 41 A627 LAC

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Sarmiento.

Muñecas.

Acuarelas.

Las etapas de la vida.

Algunas Ideas

ACERCA DE EDUCACION

Con un prólogo de
D. Celiano Monge, individuo
correspondiente de la Real Academia
Española.

QUITO - (ECUADOR)

IMPRESO POR PABLO E. BELLO

1909

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Algunas ideas acerca de Educación

Date

Rush

SARMIENTO.—MUÑECAS.
ACUARELAS. (Las etapas de la Vida)

Con una Carta-prólogo por D. Celiano Monge,
Individuo correspondiente
de la Real Academia Española

QUITO.—ECUADOR
IMPRESO POR PABLO E. BELLO
1909

Carta-prólogo sobre Sarmiento

Al Sr. Dn.

Alejandro Andrade Coello.

Muy complacida y satisfecha debe estar, mi querido amigo, la asociación escolar de Santa Fe, que discernió á Ud. el honroso encargo de conmemorar en el Ecuador los altos hechos del personaje argentino, cuyo nombre es tan popular en Europa y America. Me refiero al ameno opúsculo de Ud. titulado "Sarmiento", el cual vió primeramente la luz pública en "El Tiempo" de esta capital y ha sido bien aceptado por todos los que aprecian su noble labor, informada

siempre de anhelo de progreso y sincero americanismo. Envíole, por ello, mi entusiasta congratulación.

Todas las naciones sudamericanas le deben gratitud á D. Domingo Faustino Sarmiento; pues todas, cual más, cual menos, han aprovechado de su influencia bienhechora, de su propaganda luminosa, en orden á la Educación común, base inconmovible de las instituciones libres. Para confirmar lo dicho, baste recordar la Convención latino-americana sobre fomento y propagación de publicaciones útiles, de la cual fué su principal signatario en Chile; el celo de Apóstol de la niñez desplegado en su libro "Las Escuelas" y la Revista "Ambas Américas", y la amplitud de criterio y filantropía manifestados en el Congreso Americano de Lima, á cuyos miembros propuso los medios más eficaces para desenvolver un sistema general de educación, como remedio á los males políticos y sociales de nuestras Repúblicas.

El ignorado preceptor de San Juan que presenció los delirios de la anarquía de su patria; el altivo ciudadano que no pudo soportar la tiranía de Rosas, sale de ella fugitivo, pero llevando en su cerebro el germen de redención futura. Al mismo tiempo que combate por la prensa al Nerón de las Pampas, mejora y combina sus planes de reforma escolar en los mejores centros de Europa y Estados Unidos.

En la patria de Washington halla mayores elementos que confortan su espíritu sediento de luces; y el "Diario de Educación" de Mr. Barnard, que es una enciclopedia de más de catorce volúmenes, y la célebre "Historia de las Escuelas" son el arcenal, de donde saca las ideas, leyes y datos que deben servir de base á la reforma de las instituciones escolares de Sud-América.

Con razón se dijo en el homenaje, que no há mucho rindieron las escuelas públicas argentinas al Ministro Americano, Mr. Root,

que Sarmiento había arrojado con recia mano, desde las márgenes del Mississipi, en las orillas del Plata, la semilla cuyos frutos se pusieron de manifiesto al ilustre viajero, Representante de sus progenitores educacionales.

Sarmiento admiró la labor del eminente Horacio Mann, cuya biografía escribió con amor, pues ambos fueron espíritus animados de los mismos ideales. Salidos de humilde origen, merced á sus propios esfuerzos, conquistan una posición social elevadísima, á donde llaman á sus conciudadanos, enseñándoles con el ejemplo, que sólo la educación constituye la igualdad en las democracias. Horacio Mann corona su carrera de abogado á los veinte años de edad, y la laboriosidad que emplea en defensa de sus clientes le alecciona para luchar en el parlamento y en la prensa por el derecho y la justicia que asiste á los esclavos. La gloria de su nombre se agiganta desde que tiene por adversario en la contienda á Wsbster, el famoso

orador de esa época. Sarmiento, lucha también con igual ardor contra la opresión de sus conciudadanos, y hecho publicista en el periodismo, alcanza más tarde en la Universidad de Michigan la borla de Doctor, con que se presenta laureado á ejercer la primera Magistratura de su país. El primero desdeña las riquezas y los altos empleos de Estado por consagrarse en la oscuridad de una modesta oficina á la educación de la niñez; el segundo, por el contrario, pone en juego los resortes de su legítima ambición para subir á ellos, por lo mismo que anhela la educación de la niñez. Horacio Mann, desde la Secretaría del Consejo de Instrucción Pública es el diarista que propaga las reformas escolares y escribe doce informes, que son el evangelio de la educación común. No sólo el Estado de Massachusetts sino toda la Unión; no sólo Inglaterra, sino todas las naciones civilizadas los acogen y consideran para llevar á la práctica sus enseñanzas. Sarmiento, ha tomado sobre sí la resolución del mismo

problema; y desde el Gabinete presidencial procura resolverlo fundando Escuelas Normales con profesores americanos y europeos, á las que siguen la Academia de Ciencias, el Observatorio Astronómico y las Bibliotecas populares. Horacio Mann, en acatamiento á la libertad de conciencia, juzga lógico que se dé la enseñanza religiosa en las escuelas dominicales por el Pastor de cada secta; esto no obstante, prescribe que las escuelas comunes principien diariamente sus tareas con la recitación de la oración dominical y de algún pasaje de las Escrituras, sin ningún comentario dogmático. Sarmiento, que ejerció su acción educativa desde antes que se abriesen las puertas de su patria á la inmigración, respetó las creencias de la mayoría, y no sólo prescribió el estudio de la religión en los planteles primarios, sino que tradujo la "Vida de Jesús" para texto de lectura, y la "Conciencia de un niño", obrita italiana, á la que se acompañó el Catecismo católico. Con todo, contribuyó con

una obra posterior para que en 1884 se expidiese una ley, por la que se suprimió en los planteles primarios la enseñanza religiosa.

El filósofo Cousin, que en comisión del Gobierno francés visitó las Escuelas Normales de Sajonia, publicó un valioso informe preconizando el plan y métodos observados en esos establecimientos. Este documento fué una como revelación para Horacio Mann y Sarmiento; pues casi al mismo tiempo concibieron la idea de fundarlos en Massachusetts y en Chile, respectivamente. Ambos tienen la gloria de ser los primeros fundadores de esta clase de institutos, indispensables para mejorar la condición de los maestros y promover su cultura. Para ello tuvo Horacio Mann el donativo de diez mil dollars de parte del filántropo Dwight, los que se duplicaron con igual erogación de la Asamblea del Estado. Sarmiento obtuvo del Presidente D. Manuel Montt, su protector decidido, los medios indispensables; y la Normal de Val-

paraíso fué una lisonjera realidad: hasta el día conserva el nombre de su primer Director.

A raíz de la muerte de Horacio Mann, la gratitud de sus compatriotas le erigió una soberbia estatua en el paseo de Boston. Asímismo ha sucedido con Sarmiento. Después de los honores que se le tributaron en Chile y Argentina, con motivo de su fallecimiento en 1888, se ha perpetuado su memoria en el bronce en Buenos-Aires y en Santa Fe.

En ambas Repúblicas se han promovido concursos en varias ocasiones para premiar al autor de la mejor biografía de Sarmiento; pero la más significativa manifestación que ha podido acordarse es la publicación de sus obras completas con apoyo del Gobierno argentino. Se sabe que las producciones de este previlegiado ingenio compondrán dieciseis gruesos volúmenes, siendo tres de ellos los que contengan los escritos sobre educación popular.

Por medio de sus relacionados podría Ud., querido amigo, conseguir esta fuente inapreciable para aquilatar la doctrina pedagógica de Sarmiento. A esta noble empresa puede U. arrimar el hombro con el mismo entusiasmo y arte con que acaba de deleitarnos, refiriéndonos los sucesos de su vida múltiple, ya que fué como escritor, soldado y educacionista el héroe legendario de todos los combates.

Y aquí viene como de molde el insinuar, una vez más, la necesidad inaplazable de fundar, adscrito á una de nuestras Normales de Quito, ó en edificio separado, un Museo pedagógico, con su respectiva Biblioteca escolar. En ésta, que constaría de diferentes secciones correspondientes á las Repúblicas del Continente y á las nacionalidades europeas, tendría el Cuerpo docente la facilidad, de que carece hoy, de hacer un estudio comparativo de los métodos y procedimientos pedagógicos, consultando los trabajos de esta índole y las diferentes legislaciones escolares. A

nuestra Cancillería le toca esta iniciativa, tan fácil de realizarla con el auxilio de los Cónsules y Ministros Diplomáticos que representan á nuestro país en el Exterior.

Las obras de Sarmiento son aquí desconocidas; y por lo mismo, en extremo meritorio es el trabajo de U., con el cual ha puesto de resalto los esfuerzos generosos de este famoso educacionista.

He tocado en esta carta algunos puntos referentes á la vida del autor de la "Vida de Lincoln", "Facundo", "Recuerdos de provincia" y de tantas otras que son gloria y ornamento de la literatura argentina, para que mi adhesión y simpatía á U. no se presenten tan aisladas; y luego para tener en cierto modo derecho á pedirle que la obrita de U., que ha ocasionado estas líneas, sea reproducida en forma de libro. Si á ella uniera U. "Muñecas" y "Acuarelas", que tiene en preparación, se formaría un hermoso volumen, tan

útil é interesante por el pensamiento educativo y civilizador que avaloran las producciones de su bien cultivado ingenio.

Deseando á U. mayores triunfos literarios, tengo á mucha honra suscribirme de U. muy atento amigo y obsecuente servidor, que b. s. m.

Celiano Monge.

Quito, á 5 de Junio de 1908.

SARMIENTO

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACION

POR

Alejandro Andrade Coello

SARMIENTO

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACION

I

La "enérgica bravura de la vida", con todas sus luchas y contratiempos, no me da su consentimiento para ocuparme, con la extensión que está en mi ánimo, del gran educador argentino Sarmiento. Movido de cariño hacia él, llegué á trazar algunas líneas, que se traspapelaron en seguida. Revisando más tarde mi archivo, fuí á to-

parme con esta á manera de Diana de las excavaciones de Icona, es decir, con el precioso nombre de Sarmiento escrito al frente de un libro del Sr. Guerra y perdido entre las ruinas de revistas, papeles viejos, volúmenes salvados de la voracidad de las ratas, polvo y despojos de cuadernos, revueltos en una como promiscuidad de las cenizas, que diría el genio de la *Leyenda de los Siglos.*

A propósito de este Hércules del pensamiento, conservo la memoria de cierta ligera digresión, que os quiero presentar, lectores. Tenía Víctor Hugo una útil sección de apuntes que llamaba virutas: eran las impresiones del momento, las ideas fugaces, los toques rápidos que brotaban de su robusto cerebro, copiados en donde podía, á fin de que el olvido no los arrebatara con su soplo destructor. Siempre que se le venía á la memoria alguna imagen bella, ora cuando iba á descansar en brazos

de Morfeo, ora en la calle, ora en sus paseos cotidianos, la apuntaba aquel coloso de la inteligencia en un cuaderno apropiado al caso, que nunca le faltó. Estas virutas, de las que en tierno episodio hace mención Julio Claretie, fueron de suma importancia para Víctor Hugo. Si al lado del gigante, se ha de colocar, sin pretensión ni atrevimiento, el pigmeo, para que, por el contraste, resalte más aquél, expresaré que, entre mis pobres virutas, encontré, como he referido, algunos apuntamientos acerca de Sarmiento, inspirados en la sabrosa lectura de una obra premiada con medalla de oro por el Consejo de Instrucción Pública de Chile y debida á la pluma del recomendable escritor D. J. Guillermo Guerra, al que he seguido con gusto, sirviendo este autor chileno de base para algunas impresiones mías acerca de la educación en general y en particular de Sarmiento, con motivo de su biografía, en la que consta que supo levantarse á las más altas

jerarquías políticas, literarias, militares y sociales, merced á su incansable actividad.

VASTO fué el teatro de acción de Sarmiento: abarcó varias naciones y principalmente Chile, simpática tierra donde pasó su juventud y á la que regresó en su vejez para aspirar el aroma de los antiguos recuerdos, y la Argentina, en la que actuó como enérgico hombre público y magistrado propagandista de la luz, que á torrentes despedía su pluma de educador y de zarandero del periodismo, á fin de limpiarlo, separando el buen grano de la paja.

SARMIENTO en su infancia saboreó las amarguras de la pobreza. Fué hijo modesto de un honrado ciudadano que, por los trances de su fortuna, recorrió el vía crucis del trabajo, siendo desde peón hasta arriero. Sarmiento, no solamente careció de las comodidades del dinero, sino también de las del estímulo que tan-

to necesita la inteligencia, y de las de la educación correspondiente á sus grandes aspiraciones. No pisó en su adolescencia las aulas de los establecimientos de instrucción secundaria, menos de las universidades.

"Si hay un espectáculo triste en la vida, dice Francisco Bauzá en sus *Estudios Literarios*, es la lucha del talento contra la indiferencia pública, cuando el nivel intelectual del que emprende la batalla está tan distanciado del vulgo, que fatalmente se cierne entre regiones inaccesibles al alcance popular. Entonces sucede, de dos cosas, una: ó se capitula incorporándose á la turba y haciéndose perdonar la superioridad en fuerza de hablarle su lengua; ó se resiste y se vive anulado, pero fiel á sí mismo, en el pedazo de mundo ideal donde no trascienden los reproches de la ignorancia". Sarmiento resistió, y triunfó al fin, á pesar de la indiferencia y de las cortapisas que encontraba en su cami-

no. Su espíritu innovador pasaba por todo, peleando á brazo partido contra las más groseras supersticiones, contra las más arraigadas doctrinas, hijas de tiempos de obscuras y tristes remembranzas. Fué luchador vigoroso como un romano y apóstol infatigable como un benedictino. Predicó la cruzada contra los enemigos de la ciencia y de la libertad de pensar.

II

La colonia fué época de pobreza moral é intelectual, pero rica en los bienes materiales que proporciona el dinero. El oro andaba en muchos bolsillos: la sed del precioso metal era insaciable y no se paraba en medios. "California engendró, junto con el oro, el revólver, esto es, el arte de matar á prisa," dice un autor americano. Recuérdese que Alonso de Barba, cura de Potosí, compuso un libro acerca del oro, obra por la que, en esos tiempos de *aurífera locura*, daban la inverosímil suma de cinco mil pesos por poseerlo y hasta mil sólo por leerlo en breves veinticuatro horas. Es constante que en los 318 años que en algunas regiones del nuevo Continente duró la colonización, lleváronse de la América española al Viejo Mundo, diez mil millones de pesos en pastas de oro y plata. El mismo autor añade, refiriéndose á la colonia: "Esa edad fué de abatimiento, de ignorancia, de

catástrofes, de vergüenza y de lágrimas; pero, al mismo tiempo, fué positivamente la "edad de oro", porque, según Valdivia, todo el país no era sino *una mina de oro*". (1) Los padres de Sarmiento, hidalgos de solar conocido, pero muy pobres, pertenecieron á la oscura época de la colonia; mas ésta había llegado á su fin cuando el gran Domingo Faustino vino á la vida, en febrero de 1811, alumbrado por los primeros destellos de la independencia de los pueblos americanos.

HAY hombres que por sus nobles hechos se agigantan de tal modo que, con el transcurso de los tiempos y á fuerza de repetir sus nombres y sus hazañas, la posteridad les vuelve mitos. Tal sucederá con Sarmiento, acerca del cual las futuras generaciones argentinas dirán con razón que "la crítica histórica ha sido vencida por la leyenda".

---

(1) La edad de oro en Chile, por Benjamín Vicuña Mackenna.

Si hasta entonces existe la pobre casita del barrio del Carrascal, en lo más apartado del pueblo de San Juan de la Frontera, donde nació Sarmiento, los viajeros que se detengan á saludarla con respeto exclamarán, llenos de entusiasmo, como los que desfilaban por delante de la humilde casita de Cogoleto, á cuyo pie refieren que existe la siguiente inscripción:

"Hospes, siste gradum! Fuit
(hic lux prima Columbo.
Orbe viro majori hocce nimis
arcta domus". (2)

Sarmiento es el Colón argentino: descubrió un nuevo mundo pedagógico para bien de sus conciudadanos. Cuántos raudales de ilustración derramó el genio que, modesta y bondadosamente, enseñaba á leer á rudos jayanes en el misérrimo poblacho de San Franscisco del Monte,

(2) "*Extranjero, detente. Aquí vió Colón la luz primera.* El mayor varón del orbe vivió en la estrechez de esta casa".

situado en el corazón de la Sierra de San Luis, en tanto que, para su infortunada juventud, se le cerraban las puertas de la instrucción, fracasando primero las gestiones para que mediante ellas Sarmiento fuese desde la *Escuela de la Patria* á alguna aula de más valía en Buenos Aires, y después las diligencias conducentes á que ingresara en el Colegio de Ciencias Morales á costa del gobierno. Sarmiento se educó en un medio intransigente, respirando los prejuicios y exageraciones propios de las aldeas reducidas y de aquellos tiempos de pobreza de espíritu. Sus lecturas fueron libracos místicos y añejos, que nada de reformas ni elevación de miras contenían. No concluyó siquiera sus estudios, de lo que no fueron responsables ni él ni sus padres, sino la pobreza y su cruel suerte. Este egregio magistrado, contrariando sus inclinaciones y urgido por las necesidades, tuvo que ganarse la vida como empleado minúsculo, dedicado á

prosaísmos y tristezas impropios de tan gran inteligencia. Dos años fué dependiente en el monótono almacén de la viuda de Soriano. Tales son los contrastes de las inclinaciones y rebeldías de la suerte que, á menudo, hacen un visaje de atroz ironía á los genios. Plauto, el célebre, que da las vueltas la rueda de un molino, es el eterno símbolo del talento luchando con la voltaria fortuna. ¡Sarmiento, el cerebro incansable, el educador insigne que rompió los antiguos moldes pedagógicos, ganándose el pan cotidiano en tareas impropias de la misión que trajera al mundo! Dos veces dependiente: una en su patria y otra en Chile, su segunda patria. Además fué bodegonero en Pocuro y mayordomo de minas en Chañarcillo. Todas estas vicisitudes no hicieron sino retemplar su alma nacida para el bien, que se enfurecía al menor soplo de la esclavitud y empuñaba la espada del soldado y la más cortante aún del maestro y periodis-

ta, para encaminarse al campo del honor y librar las batallas de la virtud y de la libertad. Reprobó las zambras del despotismo, los horrores de abuso del poder que desde su adolescencia había presenciado, la falsa piedad de quienes predicaban doctrinas poco sinceras y desmentidas con sus propios hechos. Como estoico romano, censuró las cenas de Trimalción, el culto impuro á Baco, los bazuqueos del líquido corrosivo de la tiranía; porque Sarmiento, á pesar de su educación deficiente y empapada en bíblicas creencias, tuvo ideas altivas é iconoclastas, porque Sarmiento fué varón de rara probidad y rectitud.

He dicho que descubrió un nuevo mundo pedagógico, y fué como el Colón genovés para su patria argentina; es verdad. Siguiendo su vida, hállase la confirmación de mi aserto. Por doquiera brilla el educador de las atrevidas innovaciones, como lego llano, liso y abonado del

porvenir de la juventud. En Chile se le encuentra, en sus mocedades, de maestro de la escuela municipal de los Andes y de la particular de Pocuro, para después brillar en la patria de Bilbao como catedrático de alto vuelo.

MÁS tarde es director del Colegio de Santa Rosa, en San Juan, en donde también, desde las columnas de *El Zonda* que había editado, se ocupaba de asuntos de instrucción pública, lo mismo que, acerca del tema de toda su vida, se estrenaba en *El Mercurio* de Valparaiso. En 1842 fué Director de la reputada Escuela Normal de Preceptores de Chile. Inaugurada la Universidad de este país, allá por 1843, Sarmiento figura como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades y en la primera sesión de aquélla lee su *Memoria sobre ortografía americana*, primer trabajo de la Institución que estuvo al frente del gran Andrés Bello, legislador sudamericano

que construyó un monumento de resonancia duradera, y que tanto se inspiró en el gran alemán Savigny. En la Argentina, Sarmiento evidenció su infatigable magisterio: en diversas épocas ocupó cargos delicados propios del pedagogo y reformador, como Jefe de Departamento de Escuelas, Superintendente Nacional de Educación y otros. Cuando subió á la Presidencia de su patria, dió empuje á la enseñanza libre. Sus obras están animadas de nobles iniciativas propias del obrero científico.

III

La vida de Sarmiento me inspira generosas y filosóficas lucubraciones. El educador se pone de relieve. La doctrina práctica, la difusión de la luz ante los jóvenes, tal fué el ideal del maestro de escuela argentino.

La moral en acción, he aquí el credo único que es necesario predicar en esta época de mercantilismo. Es deber de conciencia propagar las buenas obras por doquiera. El carácter, con perfumes exquisitos que van dere-

cho á retemplar el espíritu, derrámese por el mundo para norma de las almas. La abnegación, joya que está depositada en predilectos corazones, salga á relucir para que, en la subasta de las virtudes, obtenga de lo alto premios sublimes, según lo decrete su divino apreciador, el ignoto Dios. La oración, voz que exhala el limpio pecho, la cándida boca, la conciencia pura; voz cuyo eco se remonta á la bóveda azulada, hágase oír entre los malos, brote en medio de la desgracia y engéndrese entre los humildes. Así su consuelo será fecundo, su argumento enternecedor. La inocencia, flor de un día, marchitada por los vendavales de la pasión, no es muy de apreciar cuando sólo se la conserva recluída, guardada en uno como invernadero – conservatorio de almas cobardes y débiles – apartada del contacto del mundo y del menor vientecillo de prueba. No rebose tan sólo de estéril misticismo el amor al prójimo, concretándonos á pedir por él

junto al altar, á llorar por él en el silencio del templo para que en sus naves solemnes vague ese gemido; prodúzcase también en la noble lucha, en acciones públicas y privadas que alcancen directamente el mayor bien para la patria y los individuos, con las cuales obras se pueda decir como Pinzón: Adelante! Sarmiento al salir á su ostracismo escribía en una piedra que encontró á la vera del camino: "Las ideas no mueren"; palabras luminosas, aunque las haya trazado con carbón. Y las buenas ideas engendran obras buenas, por más que quien las propague sufra, como han sufrido todos los apóstoles, todos los audaces redentores de la conciencia, todos los que han abierto nuevos horizontes á la humanidad. Para Jesucristo hay una cruz, para Galileo el tormento, para Sócrates la cicuta, para Colón los grillos, para Copérnico la amenaza, para Bruno la hoguera, para Sarmiento la prisión y el destierro. No importa. La divisa es no desmayar jamás. A la

postre, triunfan: los injustos adversarios ruedan al abismo; Bobadilla que aherrojó á Colón fué sepultado en las entrañas del mar. Aun cuando el odio y la envidia de los mortales, colmándole de chafarrinadas, bajen á empellones al genio desde las alturas donde el mérito le coloca, la constancia al fin se impone y el carácter cosecha lauros.

"MIGUEL Angel no había empleado sino veinte meses en su inmensa obra (el poema de la Sixtina). El día que descendió del andamio, sus ojos se habían acostumbrado de tal modo á mirar hacia arriba, que ya no podía fijarlos en el suelo. ¡Conmovedor y doloroso símbolo del genio, obligado aún á caminar entre los hombres, después de haber habitado algún tiempo las regiones celestiales!" (1)

SARMIENTO, hombre de lucha, con elevación de ideas, subía á mundos utópicos, á regiones de

(1) A. Dumas, padre.—Tres maestros.

luz desconocidas todavía en aquellos tiempos que eran de intolerancia y de error; pero tenía que descender á las pasiones humanas de la polémica, del ataque violento, quizás del odio, que, á las veces, él no tuvo intención de provocar, ó que en otras ocasiones su poco tino y violencia desataron.

El fanatismo engendra siempre monstruos. ¿Qué otro móvil podía acallar los dolores de las solteras que morían contentas sacrificadas al pie de la estatua de Proserpina, después de que degollaban á una vaca negra en aras de la misma diosa? Ciega el fanatismo á los mortales y los impulsa á empresas de locura.

Sarmiento combatió el fanatismo de la época y fué audaz en sus doctrinas pedagógicas, literarias y políticas. En el campo del periodismo, sembró pensamientos nuevos y doctrinas atrevidas; pero también sembró tempestades: nuevo Miguel Angel,

bajaba muchas veces del andamio de la Capilla Sixtina y, abandonando sus obras plausibles, dedicábase á la diatriba punzadora y al ataque personal. Son tristezas propias de los mortales. Agitada fué para Sarmiento su vida de periodista. Tuvo dificultades y anduvo en dimes y diretes con Bello, Vallejos, Godoy y muchas otras personas de viso santiaguinas, lo mismo que con personajes argentinos.

IV

SARMIENTO favoreció á la instrucción primaria chilena con la publicación de su *Método de Lectura Gradual*, aprobado por el consejo de instrucción pública. A este respecto, dice el señor Guerra: "Desde entonces (1845) han aprendido á leer en él unos dos millones de niños y se han abierto camino, hasta llegar á formar parte del sentido común, las innovaciones que contiene, como la nomenclatura lógica y regular de las letras del alfabeto, por ejemplo, que en Espapaña ú otro país del habla castellana sería aun hoy acogida con

sorpresa y que en Chile es algo que está sancionado por una práctica de cuarenta años". (1)

El gobierno chileno dió á Sarmiento la comisión de estudiar en Europa la instrucción pública. Tres años estuvo en el exterior ocupado de esta clase de investigaciones que tanto le gustaban. Muchas de sus obras fueron didácticas y palpitan en ellas el amor á la escuela.

Los maestros, obreros diminutos, pigmeos de la ciencia, no le eran indiferentes. Estos artistas laboriosos modelan el grandioso monumento de la sociedad. Comprendiéndolo así Sarmiento, no omitía medios á fin de suavizar los trabajos de maestros y maestras. Estas educan á la mujer, precioso pedestal de innumerables instituciones humanas y de la cultura de los pueblos; aquéllos forman al ciudadano del porvenir.

---

(1) Sarmiento, su vida y sus obras, por J. Guillermo Guerra.

¿HABÉIS visto en las profundidades del océano esos pequeños seres á quienes los naturalistas designan con el nombre de infusorios? Estos microscópicos vivientes de la inmensidad de los mares, con su magna é infatigable labor, son símil del maestro. Como aquéllos, éste levanta grandes masas de sólida estructura y bancos inconmovibles que se destacan de la superficie de las olas: la educación, montaña granítica y coralínea que desafía los embates de las pasiones más desencadenadas.

EL profesor de un plantel de enseñanza, acumula valioso material para el soberbio edificio de la educación del pueblo, de su mejoramiento é ilustración, marchando siempre á la vanguardia, con rumbo al templo de Minerva.

LOS niños son á manera de tiernos arbustos que se verían amenazados de muerte, marchitándose sin remedio, si no se les

regase con las maravillosas aguas del estudio, para que de esta manera den opimos frutos, exentos de filoxera y otras plagas.

Las primeras lecciones no se olvidan: son el fundamento de los serios estudios que después se adquieren con la constancia, los años y la experiencia.

Felices los magistrados que procuraron, por todos los medios de que podían disponer y por órgano de los maestros nacionales, inculcar á la juventud virtudes que son el tesoro del hogar, suministrarla buenos ejemplos y consejos saludables, cultivando sus mentes y sus corazones, para que, más tarde, estos mismos jóvenes fuesen brillante modelo de la familia, lustre de la sociedad y apoyo de la patria.

¡Qué santas efusiones derrama en el alma el deber cumplido!

¡Cuánto contento, magistrados y maestros, experimentáreis al

contemplar que no se han perdido ni vuestros afanes en favor de la niñez, ni vuestros desvelos!

La escuela es un escenario: delante de vosotros se ostenta una falanje de pequeñuelos, que son los hombres del futuro: desde tan temprana edad ya se alcanza á conocer el papel que están llamados á representar con el transcurso de los años; en sus inclinaciones, en sus ojos se lee la misión que desempeñarán en la patria: si aplicados, serán buenos ciudadanos: si estudiosos y constantes, personajes de carácter y de ciencia.

Más allá, mirad con los lentes de vuestra fantasía, aquel grupo simpático de niñas que, gracias al lampo de la instrucción, vendrán á ser como estrellas de excelsa magnitud que iluminarán la tierra y como joyas de imponderable valor que, constituyendo la felicidad de las familias, acrecentarán la riqueza de la sociedad y el justo orgullo de este querido

país que pudiera así encerrar en su seno millares de atletas de la civilización y ministros del bien y del progreso.

PADRES y madres de familia: la mejor herencia que podéis dar á vuestros hijos es la instrucción, caudal que no zozobra como las demás fortunas del mundo, sujetas á vaivenes. Estimulad á la infancia, no dejando sólo á los gobiernos y á los maestros la obra de la educación. La iniciativa privada, en ocasiones, resulta más eficaz que la pública.

No todos los países están en aptitudes de producir educadores celosos de la talla de Sarmiento, ni todas las naciones americanas magistrados como él. ¡Acáso en la tierra latina de Colón los jefes de estado dedican sus energías sólo al logro personal y á las quimeras políticas! Las excepciones son raras y se contarían por los dedos de la mano.

En 1846, se publicaba un nuevo libro didáctico de Sarmiento: "Instrucción para los maestros de escuela para enseñar á leer por el método de lectura gradual".

En 1849, difundía por la imprenta su obra *De la Educación Popular*, que es la *summa pedagógica*, la llamaré así, del gran maestro que, de regreso de tres continentes, había recopilado cuanto documento acerca de instrucción pública pudo alcanzar en centros más civilizados, cuantas nuevas doctrinas pedagógicas, cuantos sistemas de educación reformatoria logró reunir, particularmente en los Estados Unidos, Francia, Alemania, Inglaterra y Holanda. Esto hizo en su patria adoptiva: en la propia, sus faenas no fueron menos tenaces. En la Argentina fundó los *Anales de la Educación Común*, publicó el libro *Las Escuelas*, inauguró en Córdova el Observatorio Astronómico, creó en Buenos Aires la Escuela Náutica y otras obras de civilización y provecho.

V

Un maestro de escuela que sube los más altos peldaños del edificio público, un maestro de escuela que se desempeña, no sólo como ministro plenipotenciario ante naciones europeas y y americanas, sino como Presidente de la República, da alta idea de ésta y de la importancia que presta al problema de la educación, trascendental de suyo. Feliz el país en el cual los maestros de escuela, lejos de morirse de hambre, son colmados de honores. Prueban, elocuentemente, que no sólo saben leer y escribir á duras penas....

SARMIENTO fué maestro de escuela de aldeas y ciudades y Jefe del Estado argentino. ¡Cuántos conocimientos pedagógicos llegó á reunir el polemista y libre pensador de San Juan! Entrar en los dominios de la fisiología, hacer interesantes observaciones patológicas, estudiar los misterios del internado, ennoblecer á la juventud, sacándola sin mácula de los antros do mora la hipocresía y el celibato, dar al público revelaciones desnudas sobre asuntos de educación, saludar á la moral con descripciones tomadas de los hechos consumados y apoyadas en las estadísticas, saber á ciencia cierta los actos internos de la vida colegial, es ser maestro de veras. Para ahondar tales tópicos, es preciso acudir, no sólo á las observaciones y abrumadoras cifras estadísticas de Amancio Peratoner que analiza los misterios y abusos del *fornix* y las degeneraciones de los tabescentes, sino también al llamamiento del demonio que inspiró á Balzac su

tratado acerca de la fisiología del matrimonio. Todo esto, y más aún, se relaciona con el grave problema de desenmarañar los vicios de educación de los planteles que no abren sus puertas á la sinceridad, sino al sospechoso encubrimiento.

La virtud tiene sus necesidades dolorosas: la delación, en este caso, es una de ellas. La salud tiene también sus crueldades imprescindibles: la cirujía es una de ellas. Amputar los órganos putrefactos, atroz operación, pero saludable. Deber sagrado es echar sal en las carnes pútridas para evitar la corrupción de todo el organismo. El cuerpo social es digno de las mayores atenciones. Y la parte más noble del cuerpo social es la juventud. En ciertos internados, citando de preferencia los que degradan la conciencia é imponen, con la autoridad del *magister*, un credo obligatorio, se desarrollan dramas sombríos, de odios y pasiones viles, de agotamientos ner-

viosos, de ataques á las fuerzas digestivas ó depravación del sentido gástrico, de desórdenes idiopáticos, ya locales, ya generales.

¡CUÁNTO más en la tierra fanática por excelencia que se acogió nominalmente á una patrona púdica como Mariana de Jesús, azucena de Quito, y á un protector que es el más santo de los hombres, Jesús, al que quiso arrancarle el corazón para exhibirlo en el escudo nacional; digo que en el nombre buscó una patrona, por cuanto, en el fondo, su religiosidad es de oropel: bajo apariencias beatísimas se ven cosas espeluznantes!

¿No ha habido caso de horrible envenenamiento al más inofensivo y manso de los prelados de la iglesia ecuatoriana, en el mismo sagrado día para la religión católica—el augusto viernes mayor,—día que conmemora la consumación de venerandos misterios que el Cristo inició? Siriaco gritaba: "Vuestros dioses

son falsos". ¿Qué se puede decir en presencia de semejantes abominaciones?

CITO ésta, que es mayúscula, para probar nuestra relajación de costumbres, es decir, la mala intención de quienes, con la hostia en la lengua, el escapulario en el pecho, la idea católica y romana en el cerebro, calumnian con desfachatez, hieren sin remordimiento y critican con ignorancia y osadía.

Los hábitos perniciosos que se adquieren en los establecimientos de pupilaje de este jaez, dejan funestas consecuencias. Voltaire, con su terrible ironía y franca carcajada, sentó una gran verdad cuando confesó lo que se aprende y lo que se hace en ciertos claustros en donde él estuvo también en su infancia.

NIÑOS inmaculados, que han salido del hogar con la albura de la ingenua educación maternal, entran á estos colegios: allí, con el ambiente que respiran en el

encierro, se transforman. De ninguna manera es educación anglosajona la que reciben. No poseen la más remota noción de la dignidad humana ni aprenden, de chicos, á respetarse á sí mismos y proceder con seriedad.

NUNCA aquellos maestros sectarios ponen en manos de la juventud libros de medicina práctica, de patología doméstica, con aclaraciones sin veladura y prescripciones importantes que, de verbo ad vérbum, influyan en la higiene de la vida colegial, en el modo de evitar males para después, próximas degeneraciones cerebrales y muertes prematuras.

EN los Estados Unidos, los adolescentes que concurren á los planteles de pensionado gozan de completa libertad, de esmerada gimnasia, reciben reglas saludables, máximas que crean amor á la honradez, al estudio, al trabajo huyendo de la ociosidad, hidra de Lerna que amontona mil tentaciones, que renacen y se

reproducen si la educación no las corta de un tajo. Sus lecturas favoritas son vidas austeras y moralizadoras como las de Washington, Franklin, Edison, héroes de la meditación, de la continencia y del estudio. Así los jóvenes anglosajones evitan cometer imprudencias que, atacando á la salud del alma y del cuerpo, son focos de males sin cuento.

No esclavizando á la juventud y llevándola por el terreno firme y positivo de la propia conservación, del honor, de la investigación de la verdad, del sentimiento moral, se siembra buena semilla.

MÁS tarde son hombres modelos, ciudadanos útiles: conservan las nociones del deber, el conocimiento de las necesidades cerebrales de un modo razonable, dándose cuenta de todas sus consecuencias, porque adquirieron, desde su infancia, el amor al orden en la universalidad de sus actos.

¿QUÉ sucede en planteles mojigatos de educación? Comienzan por inspirar horror al sexo, por abominar á la mujer. Se aisla por completo á la juventud, poniéndola lejos, muy lejos, de aquel sér moralizador por excelencia que inspira nobles ideales y llena de suaves afecciones el corazón. Es un crimen para tales maestros el *eterno femenino* de Goethe. Así los jóvenes se retraen ¿Qué queréis? Pierden el cariño al hogar y, no encontrando posibilidades de amar á la mujer, desacreditada por sus maestros, se encastillan en el celibato, con todas sus monstruosas privaciones y vicios, á llorar amargos despechos y miserias.

EN algunos establecimientos de enseñanza prohíbese todavía que traspasen sus umbrales y conversen con los alumnos internos personas que no sean extrictamente allegadas, tan allegadas como el padre y la madre. A visitar á los niños no pueden

entrar sus hermanas, en colegios de varones; y, viceversa, á las colegialas sus hermanos, en institutos de mujeres. ¡Es increíble!

JÓVENES formados en semejante escuela, huyen de la mujer como de una perdición; mujeres formadas de igual manera no son el tipo de las futuras madres sociales. Si no fueron á matar su esplendor y vida en las tristezas y estrecheces de un claustro, en el mundo son entes tímidos, sin conocimiento de él, con miedo cerval á los hombres y á las luchas en el circo mundanal, lleno de pasiones bravías y de anhelos comprimidos. Ven á la sociedad á través de un prisma distinto de la existencia real. ¿Qué sucede? Que educadas así naufragan desde el principio en el piélago sin riberas de su ignorancia del amor, y son el ludibrio de una sociedad que se desarrolló en idéntico medio ambiente. A este respecto, anota Federico Nietzsche:

"HAY algo sorprendente y monstruoso en la educación de las mujeres de sociedad; tal vez no exista nada más paradójico que esta educación. Todo el mundo está de acuerdo para educarlas en una ignorancia real de las cosas del amor, é introducir en sus almas la impaciencia y los temores ante una simple alusión á estos asuntos. Se pone en juego el honor de la mujer: de lo contrario, no se la perdonaría. Pero en aquéllos deben ser profundamente ignorantes, no tener ni miradas, ni oídos, ni palabras, ni pensamientos hacia lo que deben considerar como el mal: sólo el saber es ya un mal. ¡Y ahora! ¡Verse lanzadas instantáneamente á la realidad y al conocimiento por el matrimonio;—y es hasta al que las inicia á quien deben amar y respetar más;—sorprender el amor y la vergüenza en contradicción; sentir en un sólo objeto el éxtasis, el sacrificio, el deber, la compasión y el miedo, á causa de la vecindad inesperada de Dios y de la bestia.... v

qué se yó cuántas cosas más! Con todo esto, se ha creado un embrollo espritual sin ejemplo. Después, el mismo profundo silencio que antes.... Las jóvenes tienden con ahinco á aparecer superficiales y aturdidas; las más astutas simulan una especie de desvergüenza. Las mujeres consideran á sus maridos como un punto de interrogación á su honor, y á sus hijos como una apología y una penitencia; tienen necesidad de ellos y los desean en un sentido muy distinto al de los hombres.... Para las mujeres, los hijos satisfacen un deseo de dominar, son una propiedad, una ocupación, algo que comprenden á fondo y con lo que pueden entretenerse: todo eso reunido constituye el amor materno...."

Formemos criaturas nobles, racionales, humanas, madres, en una palabra, que cumplan su misión á conciencia.

La madre es cual sublime y eviterno poema de la vida: sus

páginas, las del dulce poema, son las más interesantes aquí abajo. La madre encierra todas las dichas, todos los consuelos, todas las esperanzas para el hijo. ¿Cómo conseguiremos que sea siempre el genio benigno á quien bendigan cotidianamente y del que reciban en cambio consejos, sonrisas y cariño? Educándola. Quien dice madre, dice corazón. A la evocación de tan grato nombre, vibran las cuerdas más sensibles de nuestra economía animal. ¡Madre, madre! ¡Cuánto debemos respetarla y quererla, cual tesoro de valoría imponderable, como grandeza que no podemos concebir! Por esto los seres sin madre son desgraciados. Sin ese talismán, la más sólida fortaleza es derribada por el infortunio, y los dolores, como bandada de aves negras, se ciernen por nuestro cielo. ¡Hagamos que las madres comprendan su apostolado!

VI

Entre las dotes relevantes de su carácter, Sarmiento poseyó la altivez, rayana en lo increíble. No se humilló jamás. En sus batallas campales del pensamiento no daba cuartel y su tono era altanero. Nació para luchar y luchó con brío en las aulas, en la prensa y en la política.

El insulto es acicate para el genio: la envidia rompe sus armas al chocar con él. Su caballo de guerra es la soberbia olímpica que campea en sus actos.

Cuando un hombre de carácter es insultado y cuando la envidia intenta hacerle presa, siente mayores energías, encumbra su vuelo y se cierne por las regiones del talento y la arrogancia, á las que nunca suben los cobardes que brotaron de la medianía, con vocación para permanecer de rodillas sobre la superficie de la tierra.

El orgullo de Sarmiento propasaba los límites de la circunspección, degenerando en vanidad y marcado egotismo. Un granito de moderación, aunque no fuese de humildad, le habría ahorrado muchos disgustos en la vida. Pero su fisonomía moral se distingue precisamente por su osado amor propio. No rendía parias á la humildad ni en los trances más comprometidos.

Hay dos clases de humildad, dos formas de ésta, sin referirme á la de garabato: la una, propiamente tal, grande, noble, sublime; la otra, parodia de ella,

remedo vergonzoso, humillación. Hoy por hoy, la primera es casi inverosímil en el mundo, en el que suele acontecer que el corcho no naufraga sino que permanece hinchado y á flote. Se han esparcido tanto las apariencias que pienso hallarme en plena decoración teatral: la soberbia escala los más altos puestos, la necedad ufana sube á los más encumbrados peldaños, la ignara altanería trepa á la cumbre, la mediocridad temeraria triunfa, el crimen se abre paso con palmas y guirnaldas, la fuerza envanecida no quiere distinguir sus anteriores bajezas: la cuerda tirante del verdugo que le sirvió para no seguir resbalando por el légamo de la miseria y el descrédito, sino más bien para ascender por este camino tortuoso, aunque manchada con la estafa, la traición y la tiranía.

AQUELLA virgen abnegada que camina con burdo saco por vestido, ceñida con toscas ataduras, descalza, cubierta de ceniza la

cabeza, bajos y arrasados de lágrimas los ojos, virgen que es una de las principales virtudes y joyas del cristianismo, la Humildad, en una palabra, pintada por Chateaubriand, parece que ha huído definitivamente de la mansión de los mortales.

REINAN en este siglo ó la vanagloria pedante, ó la humillacion, pecado de reptiles, la rastrería, el prurito de andar á gatas lamiendo las plantas de los poderosos y aguardando que, al puntapié del sonrojo, suceda la caricia forzada, el salario para el insecto, la dádiva ruin.

¡HUMILLAOS, y os permitirán que permanezcáis grandes!, exclama Dumas. En uno ú otro sentido, resulta magnífica la frase. Quien de veras se humilla es grande, sabio, filósofo. El humilde por conveniencia alcanza también su pretendida grandeza. ¿Acáso no hay grandes y tristes celebridades? El gigante y el enano pueden fatigar á la fama.

Desgraciado el que, siendo un magnate para los ojos de la generalidad, no es sino ente despreciable y vil para el ojo escrutador de su conciencia. Cuando en ésta no encontramos refugio, lo buscamos con gusto en la humillación, canta el poeta Lamartine.

El peso de los crímenes también humilla, abruma, y entonces esta humildad es inferioridad, bajeza, que el precito social tiene que sobrellevar por la fuerza aplastadora de la vindicta pública.

La santa humildad es expontánea: brilla, en medio de su aparente obscuridad, en corazones bien nacidos, en hombres de mérito; pero como una gota de rocío que, de tarde en tarde, baja á refrescar este triste planeta, hornaza de pasiones encontradas.

Sarmiento, á pesar de sus indiscutibles prendas morales, no rindió culto á ninguna clase de humildad; aun más, ni siquiera fué modesto.

La tendencia de toda su vida, reflejada en libros, autobiografías y opúsculos, fué la más acentuada de las vanaglorias, la idolatría más egoísta de su nombre. En el folleto *Mi Defensa* hállase la confirmación de lo apuntado, lo mismo que en su libro *Recuerdos de Provincia*, para no citar otros testimonios y procedimientos suyos.

Habla el maestro: "Yo he excitado siempre grandes animadversiones y profundas simpatías. He vivido en un mundo de amigos y enemigos, aplaudido y vituperado á un tiempo.... Lo que me sucede en Santiago, me ha sucedido en mi tierra natal: siempre se me han presentado obstáculos para embarazarme el paso; nunca me ha faltado un *oficioso* que, no alcanzándome á los hombros, se me ha prendido en la cintura para que no me levante, y la corta carrera que he podido andar, me la he abierto á fuerza de constancia, de valor, de estudios y sufrimientos. ¡Ah!

la mitad del tiempo lo he perdido en estos trabajos, tan improductivos como inevitables. Cuando he logrado surgir para mi patria, ella se hunde bajo mis pies, se me evapora, se me convierte en un espectro horrible! Cuando he querido adoptar otra y he llamado á sus puertas, sale á recibirme un perro rabioso, que me desconoce, me salta á la cara, me muerde y desfigura á punto de quedar hecho un objeto de asco ó de compasión... Todos los días irrito suceptibilidades y crío deseos de encontrar en mi conducta acciones que me denigren. Debiera ser más prudente; pero en punto de prudencia, me sucede lo que á los pecadores, que dejan para la hora de la muerte la enmienda. Cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soy y nada más". Estas sus palabras pintan á Sarmiento de cuerpo entero.

SÓLO un hombre de semejante talla moral podía tomarse tales libertades.

CUALIDADES de bulto adornaban su compleja persona; pero—flaquezas de los que caminan en pos de la inmortalidad—no iba el genio del silencio á murmurar en sus oídos las adorables palabras de prudencia y moderación. Un talento menos vigoroso habría caído pronto en el ridículo. "Que callen todos, que se olviden á sí mismo todos, que procedan así por su mediocridad; á pesar de todos, sin embargo de sus censuras, yo no haré lo mismo; aunque también todos me abandonen. *Etiamsi omnes, ego nom*", me parece oírle decir con sincera é idiosincrásica presunción.

CON la pregonería de su personalidad anhelaba que cuanto antes alumbrase su existencia un sol de Austerliz. He aquí otra prueba de la satisfacción de sí mismo: "He conquistado en Chile, decía Sarmiento á don Vicente Fidel López, el derecho de hablar de mí mismo, de ocuparme de mis negocios y de mi reputa-

ción. Ya saben que es éste mi defecto y me lo toleran. Preparo un librote *Recuerdos de Provincia* ó cosa parecida, en que hago, con el mismo candor que Lamartine, mi panegírico".

El amor que se profesaba habría sido capaz de embotar las uñas de un león. Si sus triunfos no fueron Wellingtones hechos célebres por los azares de cualquier Waterloo, débese á su clara inteligencia y á propiedades de innegable aprecio que, en cierto modo, ahogaron á sus vivas pasiones políticas y á sus defectos – que son lunarcillos en un varón tan conspicuo.

Sobre todo, queda resonando el clarín de educador del pueblo que, incansablemente, tocó Sarmiento, en su noble apostolado de fundador de planteles de enseñanza, organizador de reglamentos de instrucción pública, director de publicaciones pedagógicas, creador de quintas normales y otros actos de difusión

ilustrada en pro de las venideras generaciones argentinas y de una porción no despreciable de juventud chilena.

A pesar de sus defectos – debilidades humanas – permanece en pie su magna obra de civilización.

VII

En las distintas fases de su vida pública, ya de gobernador de San Juan, ya de ministro de lo interior, ya de presidente de la república, Sarmiento fué severo. Usó de algunas medidas extremas en el poder, como la declaración del estado de sitio de su querida provincia natal, sin haber recibido para ello instrucciones expresas de la ley ni de los superiores jerárquicos, las públicas excusaciones por la trágica degollación del caudillo riojano, Angel Vicente Peñalosa, llamado el *Chacho*, á quien

Urquiza premió con el grado de general de la Confederación. Este valiente gaucho fué asesinado por las tropas del mayor Pablo Irrazábal, que no daba cuartel, persiguiendo á los guerrilleros de las pampas con saña digna de más noble causa. Sarmiento, por error de concepto quizás, llegó hasta á aplaudir tan reprensible proceder. La cabeza del *Chacho*, deforme y ensangrentada, fué exhibida, en mitad de la vía pública, clavada en una picota "para escarmentar á los gauchos que lo habían seguido en sus correrías de tantos años".

JUSTIFICABA Sarmiento su conducta invocando á la paz. La situación del gobernador de San Juan, en trances tan apurados, era muy comprometida. Las polémicas entre Sarmiento y el ministro de lo interior Rawson, violentaron más las relaciones oficiales, enfriando la confianza que habían depositado los representantes del gobierno central en Sarmiento, á quien, con un

cargo diplomático ante los Estados Unidos, Chile y el Perú, delicadamente le alejaron de su crítica actuación política interna, independiente y abusiva.

"PERO, dejar exterminados á los revoltosos de Cuyo y concluida la Escuela Sarmiento, eran para él objetivos que comprometían su honor de político y su amor propio de hombre, reteniéndole en San Juan, á riesgo de ser asesinado por sus enemigos".

SARMIENTO asestó, desde las baterías de la prensa, tiros mortales contra Rosas, á quien llamaba tirano escarnecedor de la libertad, acordándose tal vez de lo que el gran José Mármol había contado en su novela americana *La Amalia*, de la que, al decir de Cortés, se han hecho algunas ediciones, siendo este romance histórico, "un verdadero *daguerrotipo* de la época de Rosas"; y también de lo que el mismo vate había trinado con largas y vibrantes notas:

"Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis (venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, no". (1)

TAL fulminaba desde Montevideo en 1843. Años después, añadía con el mismo brío:

"Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza, el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos". (2)

ACERCA de estas composiciones, dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo: "En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una

---

(1) A Rosas el 25 de Mayo, versos por José Mármol.

(2) Rosas el 25 de Mayo de 1850, por José Mármol.

tan extraña ferocidad de pensamiento, que si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas". (1)

Los poetas, águilas del pensamiento, han pintado con vívidos colores las excelencias de la libertad, presentándola á la faz

(1) Antología de Poetas Hispano-Americanos, publicada por la Real Academia Española.—Tomo IV.

del mundo como una virgen espléndida, de rostro risueño, de dulce carácter, llena de méritos escogidos y dones admirables, propios de su alma inmortal. Su figura es simpática y se atrae las miradas de todos. El amor que la humanidad le tributa, como corriente eléctrica poderosa, va de uno á otro confín, desde las soledades del polo al corazón de las ciudades populosas, del árido y triste desierto á la fértil llanura, al oasis del progreso.

PERO hay un monstruo que se anda por ahí consumido por la fiebre de la ambición, ardiendo en pasiones de la peor especie—la tiranía. Engendro del abismo, es la enemiga irreconciliable de la libertad, es el bruto feroz que ataca á la tímida paloma, la perfidia que persigue al bien, la mentira que odia á la verdad, la licencia en riña con la justicia. El rugido de esa tigre es pavoroso y por do pasa deja sólo ruinas. Prolongado charco de sangre, lágrimas y cuitas son los sig-

nos que avisan la presencia de aquella bestia: sus inequívocas huellas son el vasallaje, la corrupción, el aniquilamiento, la muerte.

CUENTA con aliados repugnantes. Según con los que se une, va tomando diversos nombres. En consorcio ilícito con la hipocresía, llámase jesuitismo; con las falsas religiones, superstición; con el fanatismo, idiotez; con la ceguera sectaria, intransigencia, esclavitud de conciencia; con los codiciosos y sanguinarios gobiernos, despotismo, dictadura; con las pasiones desenfrenadas, vicio, y con todo lo que subyuga, tiranía.

Los actos de Sarmiento—enérgicos los más y algunos violentos—no pueden bautizarse, con todo, de tiránicos. Tiranía es obscuridad, y mal se aviene con ella quien fué faro de la instrucción desde su primera juventud. Con tesón bregó más bien contra la tiranía, atacando el régimen

de terror impuesto por el sombrío gaucho Juan Manuel Rosas que en una proclama declaraba esto: "Sabéis hoy que las teorías democráticas son peligrosas utopías, que conducen á la servidumbre. Mi convicción será mi guía, hacerla prevalecer será mi deber, y el vuestro ejecutarla".

De Rosas, que se hacía llamar también Ortiz, para arrancar su abolengo de una noble familia asturiana, cuentan que paseó á su hija Manolita en un carruaje tirado por nobles damas argentinas, en castigo de las burlas que éstas dirigieron á la descendiente del dictador.

Las medidas de fuerte rigor de Sarmiento, sus revanchas políticas, sus venganzas de partido, sus salidas de tono idiosincrásicas, tal vez fueron necesidades del momento, males de la revolución que ansiaba apagar, con toda su secuela de escándalos y matanzas.

"¿QUIÉN no sabe que las represalias legítimas son el freno saludable de los desafueros de la guerra?", pregunta Felipe Larrazábal, el apasionado y dulce cantor de las glorias de Bolívar. ¿Hasta dónde lo fueron las de Sarmiento? La historia dará su fallo definitivo é inapelable, aun cuando los biógrafos y admiradores del gran hombre las justifiquen.

PINTA Sarmiento con subidos colores, en su obra *Civilización y Barbarie*, el negro cuadro de tiranía que había presenciado desde su juventud en la funesta época de Juan Francisco Quiroga, José Félix Aldao y del citado Rosas.

LA libertad en gran parte de la America latina es aún despreciable juguete: sírvense de ella los políticos de relumbrón hasta alcanzar sus fines codiciosos y proditorios, y después lo destripan como á ridículo rorro de trapo que les ha divertido un rato, sin

recordar, ingratos, que por ella llenaron sus bolsillos con el oro del pueblo en forma de contribuciones, impuestos de guerra y pingües empleos para los individuos todos de la familia ó causa, inclusive la servidumbre.

Y, á pesar de todo, la libertad es un bien. Procurar que impere en el globo, he aquí la consigna de los hombres honrados.

EDUCANDO á las masas inferiores sociales habrá menos esclavos; procurando que trabajen habrá menos miseria y, por tanto, más ciudadanos libres.

EL trabajo es palanca que mueve al mundo. Por él es menos dolorosa la lucha por la vida. Sin él, sería imposible cualquier sombra de felicidad que en sus ensueños acaricia el mortal. Las naciones adelantan por medio del trabajo y donde éste florece son raros los ilotas, porque el trabajo es el carro del progreso.

Los hombres que trabajaron sin descanso han llegado al fin á

ser los más grandes y los más útiles á la humanidad.

CIERTO día, en 1845, el talento práctico de un trabajador asiduo inventó un maravilloso y sencillo aparato para multiplicar las labores domésticas. Con él, se redimieron los desheredados de la fortuna que, agobiados largas horas, tras miniscula é interminable faena, ganaban muy poco; con él mejoraron las condiciones de desgaste físico de las pobres costureras, mártires de la aguja. De la máquina de Elías Howe nació la redención femenina de las clases, librándolas de la muerte por exceso de actividad, ó de la tiranía de la miseria que fatalmente les impulsaba á la prostitución y, en ambos casos, á ser devoradas por la tuberculosis en sus diversas manifestaciones. El humilde hijo de Spencer llegó á ser merecidamente ilustre y fué condecorado con la gran cruz de la Legión de Honor por tan humanitaria invención, que se había propagado

tanto, que hasta el año de 1859 Howe pudo fabricar más de cincuenta mil máquinas.

PORQUE el hombre que trabaja goza de vida propia y está á mucha distancia de los horrores y claudicaciones de la empleomanía, endemia de los países americanos, levantiscos y, con todo, pobres de espíritu.

QUIEN trabaja se siente con energía para desechar las tentaciones que mancillan su dignidad; quien trabaja adquiere la fuerza moral de su personal iniciativa.

Y de las corporaciones dedicadas al trabajo, en naciones serias, brota la plétora de bienes públicos, más que de las arterias administrativas.

EL Libertador, poeta y filósofo, orador y soldado á la vez, consignó este pensamiento: "En el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide,

sino que la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política".

¿CÓMO adquirir aquella fuerza? Por medio de la educación, por medio de la apología del trabajo, que honra y enriquece.

QUIEN se educa con ventaja está en potencia de vencer: por su carácter será libre, por su ilustración poseerá la ciencia.

¡QUE ésta viva, palpite en el corazón de la juventud, á la que hay que repetir siempre, como Colón y Galileo, aplicando sus frases á la verdad y á la quinta esencia de una convicción íntima é inquebrantable: "¡Y, sin embargo existe": "*E pur, si muove!*"

VIII

ABUNDANTE fué la correspondencia que mantuvo Sarmiento.

CON especialidad, la atendió en los últimos años de su vida, en los que "escribía muchos artículos para la prensa de Buenos Aires y de la Asunción, y cartas amenas para sus amigos de media América".

EN sus íntimas confidencias, en sus lejanas tertulias epistolares con periodistas, políticos de viso y viejos compañeros de dentro y fuera de la República Argentina, vaciaba sus proyectos,

sus impresiones, sus ensueños, con la misma franca llaneza que constituyó su temperamento, sin descuidarse, por tanto, del perenne y grato yo, pronombre personal que, sacudiendo su sistema nervioso deliciosamente, sonaba quizás como un himno en el interior de su corazón apasionado.

Curioso é importante sería estudiar las tendencias de los inmortales, trazar sus biografías, dar á conocer ocultas anécdotas, descubrir sus extrañas aberraciones, sus recónditas quejas, sus insaciables y olvidados anhelos, en sólo las ideas que, descarnada y categóricamente, confían al papel en el sigilo sagrado de la correspondencia particular, cuando, descendiendo del Olimpo divino en que se hallan colocados, se acuerdan que son caducos alguna vez y se muestran humanos, es decir, débiles. Porque son las cartas "especie de expansiones íntimas, en que, solo uno consigo mismo, derrama sobre el papel todo el

fondo de su corazón, en la seguridad de un secreto inviolable y con más libertad todavía que en una conferencia privada. Con más libertad sin duda, porque hay cosas que no acierta á decir la lengua y que sin dificultad declara la pluma, lo cual se explica muy bien con el ingenioso dicho popular: *el papel no se pone colorado.* Pudieran definirse las cartas: *familiares conversaciones entre personas ausentes;* pintan al hombre como le pintan su propia conversación; ó mejor, basta para conocer á una persona, lo mismo que si se le tratara íntimamente, leer sus cartas confidenciales". (1) ¡Qué mundo de reflexiones y de descubrimientos hay para el observador en las íntimas letras del genio!

IMPRESIONADO con los progresos de la América del Norte, escribía Sarmiento á un compatriota y amigo sanjuanino en 1866:

---

(1) Eugenio de Ochoa.—Introducción al *Epistolario Español.*

"Ya estoy muy entrado en años para acometer la parte más importante (de la instrucción pública), y es vaciar al castellano, que es un lindo vaso de porcelana vacío, el espíritu que vivifica y anima á las otras naciones". En el anhelo por esparcir la lectura, quería Sarmiento que la América Latina formara una liga, un tratado, ó alguna convención á fin de verter de las otras lenguas al habla de Cervantes todo lo que de nuevo y científico publicasen los escritores de extraño idioma. Comprendía que son muy pobres los libros educadores y científicos que en español llegan á la América del Sur. Guillermo Silmore Simms, poeta de Charleston, autor de "La Atlántida", perdió su fortuna en empresas literarias. Otro tanto hizo Sarmiento que agotó sus modestos recursos en obras, no sólo literarias, sino principalmente pedagógicas. Consideraba á la ignorancia como el peor de los males, más desolador que el harmatán del Sahara.

EDUCAR, instruir al pueblo á todo trance, tal era su lema; salvarlo de las garras de la intransigencia, engendradora de tantas tiranías. La intransigencia llevó á José de Sigüenza, historiador español, al tribunal de la Inquisición, en donde fué acusado de luteranismo por su libro *Jesus heri et hodie et in sæcula.* Vióse forzado á traicionar sus propios sentimientos, es decir, á vindicarse, para que se le abrieran las puertas de San Lorenzo del Escorial. ¡A cuántos desafueros arrastra la falta de tolerancia!

LA rudimentaria educación infantil de Sarmiento careció mucho de esta virtud. Le impusieron libros y doctrinas, de manera que sus horizontes eran limitadísimos. Esto me recuerda lo que apunta Leonardo Eliz refiriéndose al inspirado cantor de los sentimientos populares chilenos, hijo de Colchagua y amigo de la libertad, D. Pantaleón Véliz Silva, de análoga educación á

la de Sarmiento: "Aprendió, dice, las primeras letras y algunos escasos rudimentos de instrucción *con un maestro de escuela* de su ciudad natal (departamento de Caupolicán). Los ramos que éste hacía cursar á sus alumnos eran la clásica *Cartilla* del padre Zárate, el *Catón Cristiano*, el *Despertador Eucarístico*, el *Ramillete de las Divinas Flores*, y otras del mismo jaez y que por esa época se obligaban en algunos colegios con todo el rigor de la no menos histórica *palmeta*".

No sorprende tan añeja educación, al meditar que, en pleno siglo diez y nueve, fué expulsado del gran Instituto Nacional, de Santiago de Chile, el célebre pensador Francisco Bilbao, á la edad de veintiún años, siendo estudiante de derecho. ¿La causa de medida tan violenta? Haber redactado un artículo: *Sociabilidad Chilena*, que publicó en el periódico *El Crepúsculo*. Además se le arrastró á los tribunales de jus-

ticia y la Corte Suprema ordenó que el verdugo, por sus propias manos, quemara todos los ejemplares del famoso escrito, en el que pedía la libertad de cultos, atacando al catolicismo. El jurado le condenó "por inmoral y por blasfemo".

En 1884, alcanzó Sarmiento que se le confiriera un cargo en armonía con sus ideales que dormitaban en su alma hace tanto tiempo y que revivieron. El general Roca le honró con la comisión de que celebrara con el gobierno chileno un tratado por el que correrían de cuenta de ambos países las traducciones y gastos de publicación de obras que, para ilustrar al pueblo se hubieran escrito en ajeno idioma. Desgraciadamente, tan útil Convención Latino-Americana fracasó.

¡Cuántos bienes habría reportado á la raza española del Mundo de Colón! ¡Cuán halagüeño estar al orden del día acerca

de la corriente de ideas que atraviesa por Europa conmoviendo hondamente su gastado Continente y participar de sus modernas dudas, inquietudes y doctrinas!

FRIAMBRES llegan todas éstas á muchos pueblos hispano-americanos. Cuando ya no son una novedad en los distantes emporios de civilización, las exportan en libros de pacotilla y traducciones abominables que destruyen el nervio y la intención de su primer autor y aparecen como obras de tercera mano, inexactas y desfiguradas.

NECESÍTASE vida intelectual y científica muy intensas para poder adivinar lo que pasa diariamente en los asientos de cultura apartados de estas tierras. El conciso cable y las reducidas revistas son lento vehículo si se comparan con la crítica y el libro de actualidad.

IX

SARMIENTO, ensanchando los horizontes de la educación, desterró los vicios de enseñanza, herencia de la colonia. La verdad por guía, la razón por consejero, en la escuela sembró buena semilla, dignidad y franqueza. No le gustaban los antros donde se encierra á la juventud para idiotizarla en vez de instruirla. "A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen".

¡QUÉ tiempos de negrura aquéllos, que ya van pasando de la faz de la América Española para no volver!

La estrechez de miras antaño estuvo al orden del día en este continente. Al *sedicioso* Miranda se le quemó siquiera en efigie por orden de Manuel de Guevara y Vasconcelos. Con pena de muerte prohibieron la lectura de la *Historia de América* por Robertson. Al americano Antonio Nariño se le expatrió por haber reimpreso los "Derechos del hombre". Por igual motivo se le arrastró á los presidios de Cartagena al impresor Diego Espinosa. El virrey Amar alcanzó que se perdiese la imprenta que en Filadelfia comprara Manuel Pombo. Podría multiplicar los ataques á la libertad en esos memorables años y en los posteriores, según he referido ya el caso de Bilbao. Los ejemplos abundan. Sarmiento fué enemigo de la enseñanza defectuosa que nos legaron los españoles. Clamando contra éstos y ella, pronunciábase en favor de los anglosajones. Quintana—que vino al mundo en Madrid allá por abril de 1772—para justificar á la inolvi-

dable España, rimaba, elevado y fogoso como Tirteo, en su oda á la vacuna, estos endecasílabos:

"Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crimen fueron del tiempo y no de España".

SARMIENTO no entraba en bondades ni razones y se expresaba así:

"UNO de los más poderosos cargos que como publicistas americanos hemos hecho siempre á España ha sido habernos hecho tan parecidos á ella misma.... Esto no quita que le hagamos justicia, dándole aquello que le pertenece, que en verdad era mucho para nosotros entonces, pues nos daba de lo poco que tenía, no teniendo para ella, ni para remedio, un poco de libertad. No pidamos, pues, peras al olmo, como no debemos esperar que supiese para gobernarnos á nosotros lo que ignoraba para gobernarse á sí misma".

SU odio á España era de raza. Habíase empapado en la cultura

norteamericana, que estudió de cerca en sus viajes á los Estados Unidos.

El coronel Monteagudo que residió en Quito,—ciudad de la que decía que estaba "lleno de gratitud por la hospitalidad que ha recibido en este país, célebre por su patriotismo y por la sobreabundancia de buenas cualidades que distinguen á sus habitantes", añadiendo al rememorar á Quito que "su memoria aumentará en él el número de aquellas reflexiones que sirven de descanso al alma, cuando se fatiga de recordar las calamidades incesantes de la vida";—el coronel Monteagudo, hacía la siguiente observación: "Las principales colonias de Norte América recibieron sus primeras leyes de los filósofos más célebres de aquel tiempo. Guillermo Penn fundó la Pensilvania á sus espensas: Lock, el padre del entendimiento humano, fué el legislador de Carolina; y ambos establecieron pacíficamente los principios que

habían costado á la Europa torrentes de sangre".

A nosotros nos cupo en suerte sólo bravos combatientes y aventureros, muchos de ellos oscuros y viciados. Quizás por esto, llevamos la guerra en la sangre: por nimiedades la revuelta lo arrasa todo, en vez de que nos seduzcan las conquistas del progreso, á la sombra de la paz. De aquí que, en la América Española, se han desarrollado escenas salvajes y criminales que nos harían exclamar como Fingal cuando contemplaba las ruinas de la antigua Balclutha: "Yo he visto sus muros desolados, el fuego ha resonado en el interior de sus edificios, y ya no se oye la voz del pueblo".

España nos educó muy mal; pero, al fin, nos educó. Fué responsable de lo primero, mas debemos serle agradecidos por lo segundo. Ella nos dió por herencia su hermosa lengua, aun cuando nos trajo también los ho-

rrores de su religión, con todas las intransigencias inquisitoriales y la ignorancia científica de sus representantes.

Hemos vivido en plena desorganización moral y política, tristemente condenados á las penas reservadas á los pecados mortales, por aquello de que la "anarquía es el infierno de los hombres".

El pueblo no conoce, en muchos países de Hispano-América, la libertad ni por el forro y no puede reclamar justicia, porque ésta no existe donde hay pasión política. Larrazábal, confirma la idea de Voltaire, que dice: "Nunca está un pueblo más cerca de su independencia, como cuando los tiranos extreman la opresión y hacen apurar el sufrimiento". Así es, pero ¿será de todo responsable la varonil Iberia, á pesar de que es atroz tiranía la de la ignorancia? Como quiera que sea, amemos á España y hagamos nuestras estas hermosas

palabras que la engrandecen y recuerdan su melodiosa parla:

"MIENTRAS aliente y viva esta bendita tierra española, que Dios nos concedió para nuestra cuna y nuestra tumba, sombreadas por los pliegues de nuestra iridiscente bandera, así en las tortuosas calles de la romántica Toledo, como en la encrucijada de columnas orientales de la mezquita cordobesa; así bajo las naves sombrías de la catedral de Burgos, como en los rientes valles que se extienden á la falda del Moncayo; así en las altérosas cumbres del Monserrat, como en las hondonadas donde se refugiaron los independientes, como también entre las sombras y misterios de la cueva sagrada de Covadonga; así en las sierras del Cántabro valeroso, como entre los arreboles de luz meridional con que se esmaltan las islas floridas y las costas azules del Mediterráneo; por todas partes, de todas y en todas, en las brisas que plañen al introducirse por

las frondas, en las palabras que á nuestros oídos murmura la mujer amada, en las borrosas escrituras que empolvadas yacen en nuestros archivos, en las melancólicas trovas que al tañer de su vihuela canta el enamorado; por las alturas de nuestras cimas, por las llanadas de nuestros mares, desprendiéndose de los ecos de nuestras ruinas, brotando de entre los mismos labios de piedra de las estatuas yacentes ó arrodilladas bajo los arcos bizantinos de nuestras viejas abadías; de todas, en todas, por todas partes oiréis resonar las frases y los versos de nuestro admirable romancero, que será siempre, por los siglos de los siglos, nuestra verdadera Ilíada, matalotaje de espíritus cultos y breviario de estudiosos en académicas aulas". (1)

SARMIENTO fué menos soñador, más práctico. Cuestión de

---

(1) Víctor Balaguer, en su obra *Cristóbal Colón.*

idiosincracia. No gustó de los ideales de la raza latina, á pesar de su ardiente fantasía de preceptor, literato y periodista inagotable.

He aquí otra pulla contra España, con motivo de la publicación de la obra del francés Bouillón acerca del dibujo lineal, traducida por don José Zegers: "En América, la enseñanza del dibujo lineal, popularizada por nuestras escuelas primarias, está llamada á obrar una revolución completa en nuestras costumbres, y á abrir las puertas, hasta hoy cerradas, á la industria. El dibujo lineal será un correctivo del vicio orgánico de nuestra educación española. Como la España, carecemos, no sólo de los conocimientos industriales que hacen la riqueza y la felicidad de otras naciones, sino que aun ha llegado á creerse que nos faltan índole y aptitudes para este género de trabajo. Carecemos de fábricas; pero, lo que es peor aún, es bien difícil crearlas. La

erección del más sencillo aparato mecánico nos muestra á cada paso nuestra impotencia. El que necesita construirlo, no sabe, en primer lugar, trazar un diseño de lo que quiere; el artífice, de cuyo auxilio necesitaría, es incapaz de comprender las más obvias explicaciones. Tenemos de esto un ejemplo notable. Muchas son las fábricas de muebles con que cuenta hoy Santiago, y millares los artesanos que ejecutan las obras más delicadas en cuanto no salen de la imitación servil de un modelo dado, sin que por esto haya un artesano chileno, entre ciento, que alcance al fin á rivalizar con sus maestros extranjeros. Nace esto de que el artesano educado en Europa posee el secreto del dibujo lineal, con el cual traza su obra en el papel, y después de ajustadas sus partes y conocidas sus proporciones, entrega á sus obreros los fragmentos que él sólo sabe coordinar y preparar. La falta de conocimientos en este arte sencillo inutiliza, en la

generalidad de nuestros artesanos, la habilidad imitativa que los distingue, y los condena á no dar un paso en su profesión, prolongándose así en una infancia duradera la industria nacional, no obstante hallarse en aptitud de hacer rápidos progresos".

ACERCA de este artículo, que no lo copio íntegro, dice don Domingo Amunátegui Solar que "brilla más que en otros la fe ardiente del educacionista y la elocuencia natural y fogosa del escritor". Y añade: "A Sarmiento podría aplicarse con perfecta justicia la figura de la Biblia: sus pies eran de barro, pero su cerebro de oro" (1), aludiendo, sin duda, á la forma incorrecta que le era peculiar.

ACERCA de pintura, expresa algo que nos atañe muy ligera-

---

(1) El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas, por Domingo Amunátegui Solar.

mente y que me recuerda la época de nuestros célebres artistas Miguel de Santiago, en lo antiguo, y en lo moderno, don Joaquín Pinto, don Rafael Salas y don Juan Manosalvas, á quienes ha tragado ya la tumba. Palabras de Sarmiento son las que constan en *El Progreso*, de 11 de Febrero de 1843. Dicen así: "Nuestros colegios no habían producido un retratista que hiciese profesión de su talento; ni hemos podido enriquecernos con cuadros de alguna extensión que mostrasen el pincel chileno. La educación pública en esta materia ha estado trunca hasta hoy; terminaba sus tareas en el momento mismo que se preparaba á dar sus resultados, y hasta ahora estamos á merced de pinceles extranjeros.—En el convento de los reverendos recoletos se encuentra una colección de cuadros sobre asuntos religiosos que han costado una gran suma de dinero, y cuya ejecución en manera ninguna favorece la capacidad artística de los pinto-

res quiteños que los han realizado".

En el mismo periódico, recomendando el estudio de la historia, escribe Sarmiento, entre otras cosas, el siguiente artículo, que aunque lo transcribo de un modo textual, no lo doy á conocer íntegro por la limitación de mi opúsculo:

"Ni la filosofía misma ha podido sustraerse á esta necesidad de reconocer los hechos, como manifestación de la marcha del espíritu humano en las diversas épocas de una civilización. Por medio de la historia, la literatura ha investigado los hechos para conocerse á sí misma en su origen y en su marcha, para estudiar los procedimientos por los que las ideas de una época pasan á los libros y á la escena; para aprender á ser tolerante, á no desterrar nada y á explicarlo todo. Por medio de la historia, la política ha investigado para observar de cerca los elementos

sociales, para contar su número, estudiar su giro, y darles á todos un rango proporcionado á su valor intrínseco; para hacerlos vivir en la sociedad de la misma manera que han sido producidos y han vivido en la historia. Por medio de la historia, la filosofía, en fin, ha investigado para encontrar las propiedades absolutas del sér, á fuerza de recoger y comparar sus manifestaciones, y para construir sobre el alma, sobre Dios, sobre este mundo y el otro, un sistema, el verdadero, universal sin multiplicidad de principios, unitario sin exclusión.—Tal es la altura á que se ha elevado en nuestra época el estudio de la historia, tan descuidado y aun despreciado por nosotros hasta hoy. Hijos del mundo europeo, abandonados en un suelo que no era nuestro, nuestra historia es la historia de la Europa, y por ella la del mundo culto. Nuestras costumbres, nuestras creencias, nuestras ideas, todo lo trajeron nuestros padres de ella, todo nos lo han

trasmitido; y aun nosotros, desde la distancia en que nos hallamos, nos afanamos por seguir con lento é incierto paso la marcha de los pueblos que allá se mueren, se agitan y engrandecen".

X

¿En qué consiste la preeminencia de la anglosajona respecto de la raza latina? En ninguna de sus cualidades étnicas, en ninguna de sus propiedades constitucionales, dirélo así: nada más que en la educación. Sin ésta, su sello volante sería idéntico para ambas, de manera que pudieran leerse, á través de él, todos sus caracteres y el papel que desempeñan en la historia.

Hasta en los hijos de común territorio, se observan diferencias notables debidas exclusiva-

mente á la educación. Griegos eran los esforzados espartanos, tan griegos como los atenienses, y, sin embargo, cuánto se diferenciaron. Tan descendientes del Lacio fueron los romanos cantados por Ennio en sus *Anales*, como los del período de Julio César y M. Tulio Cicerón, y como los que vinieron después de la muerte de Augusto, el autor del *Satiricón* entre ellos; con todo, qué líneas de separación tan visibles de época á época.

EL fisiólogo Charles Riche desafía á los sabios de más campanillas á fin de que, por sólo las señales del cráneo, se muestren aptos para conocer si éste perteneció á un habitante de Nueva York, de Atenas ó de Copenhagüe, en una palabra, la nacionalidad del dueño de ese conjunto precioso de huesos que guardan el cerebro; en tanto que, asegura, sería fácil á cualquier antropólogo reconocer un cráneo de la raza amarilla entre muchos otros de la blanca. ¿Qué demuestra

esto? Que no existen diferencias sustanciales entre los individuos de la llamada familia blanca.

SIGUIENDO la doctrina del citado fisiólogo y ampliando sus gráficos ejemplos, supongamos que un miembro de dicha familia, aun cuando hubiera salido del más olvidado rincón de Europa, vaya á matricularse en colegios de París, Londres, Roma, etc., y reciba en ellos el bautismo de la civilización por medio del estudio y de la disciplina del carácter. ¿Qué acontecerá entonces? Que este alumno se asimilará de tal modo al medio ambiente, que parecerá oriundo de la patria donde bebió las primeras aguas del aprendizaje, siendo difícil que, extranjero y todo, le alcancemos á distinguir, por su nacionalidad, entre sus condiscípulos de colegio. La educación le habrá fijado una marca tan indeleble, que el problema de su raza quedará, una vez más, anulado, sencillamente

por no descubrirse en el educando aludido diferencia étnica alguna.

PERO desde que se encuentra ésta, es preciso que naturalmente se halle también la intelectual, porque el sistema de alimentación, la medida del ángulo facial, etc., así permiten suponer.

EL profesor ruso J. Novicow, en una obra interesante (1) se burla del pesimismo contemporáneo, que va generalizándose, acerca de la decadencia de la raza blanca, y se encarga de contestar y refutar los argumentos de conocidos escritores como E. Faguet, D' Estournelles de Constant y Mad. Arvede Barine, quienes pronostican desfavorablemente sobre este punto. Así el primero asegura que cuando los obreros negro y chino entren

(1) El Porvenir de la Raza Blanca (Crítica del pesimismo contemporáneo), por J. Novicow.

en competencia con los blancos, serán éstos derrotados; el segundo dice que será un hecho la ruina de Europa, porque carecerá de manufacturas suficientes para cambiar con los artículos chinos, y por último, Mad. Barine que los mercados europeos serán bloqueados y sitiados por la invasión indo y china.

FELIZMENTE, nada de esto acontecerá, pues cuando llegue el caso, la raza blanca habrá adelantado mucho más en manufacturas, en máquinas, en medios de transporte etc., y el comercio habrá tomado incremento aun entre pueblos de idéntica producción. Mejorado su sistema económico, mejorará también su natalidad. Entonces su potencia genésica recobrará nuevos bríos y su transformación será eterna, obedeciendo á las leyes innegables de la Biología y de la Sociología.

CONCEDO que haya estancación, que haya aparente can-

sancio, que haya simulada decrepitud, pero muerte, jamás.

"NUESTRA madre común, la divina Grecia, ha dormido durante mil años un letargo muy semejante á la muerte, sin que la barbarie haya podido dominar en el mundo. Otro tanto acaecería si el fenómeno se reprodujese en Francia ó en Rusia".

Los que deploran la decadencia de los pueblos de la América Latina, en vez de sus elegías, deben robustecer su brazo para enriquecerla por medio de la agricultura, del cruzamiento, de la educación, de la idea viril.

HOY existe en la Argentina, en aquellas pampas infinitas, una Rusia en pequeño que, sin acordarse de su patria primitiva, vive feliz cultivando la tierra, aumentando la extensión de sus estancias y complaciéndose en que sus hijos aprendan castellano. Inmigración patriarcal que centuplica la riqueza de un pue-

blo grande. Sigamos el ejemplo. (1)

---

(1) Véase lo que acerca de la colonización rusa en la Argentina dice el Sr. Arturo Reynal O' Connor en la importante *Revista Nacional* del Sr. Rodolfo W. Carranza (Tomo XXXIII.—Entrega I): "¿Conviene, pregunta, el ruso al país? He ahí la cuestión.—Como hay que juzgarlo como colono, es decir, como inmigrante destinado á poblar los desiertos que se convertirán en colonias y fuentes de producción agrícola, diremos que es, por el momento, inmejorable, tanto más que, dado el estado de inseguridad en la campaña y la falta de justicia, no tenemos derecho á desear nada mejor. Sano, fuerte, ágil, es un trabajador incansable; de una actividad extraordinaria, se hace ayudar por su esposa é hijos en las faenas del año; es el colono que obtiene mayor saldo á su favor, y como su sobriedad es incomparable, siempre saca, aunque la cosecha haya sido pésima, algún rendimiento. Con un instinto voraz del dominio, atávico de su raza subyugada, economiza humanamente cuanto puede y lo guarda en moneda de alto valor y nueva para comprar tierra. — ¡Comprar tierra! Es su delirio. Unidos, compran chacras contiguas, pero las habitaciones las aglomeran en un sitio aparte, y forman esas aldeas silenciosas y pintorescas, rodeadas de aguadas y gansos, que se descubren

INDISPUTABLEMENTE, con el libro de actas de la humanidad en la mano, la raza blanca se ha perfeccionado más que todas las demás, y á la raza blanca pertenecen lo mismo un inglés que un italiano, de igual modo que á la amarilla corresponden tanto un japonés como un chino. Sin embargo, aquél es superior á és-

---

desde lejos entre las cuchillas por las copas de sus elevados árboles. Allí viven con sus respectivas familias; la mujer se ocupa en los quehaceres domésticos, fabrica embutidos y amasa pan; los hijos crecen; poseen su huerta y monte de frutas; los galpones ostentan máquinas y forrajes; en la caballeriza piafan excelentes caballos de tiro, y en la cuadra picotean y chillan aves de corral, quedando así la porción de tierra comprada, ó la chacra, como ellos dicen, únicamente para la agricultura. Allí se encaminan todos en carro en cuanto sale el sol y con todas sus herramientas. No duermen siesta, pero el domingo descansan, pásanselo en la aldea al lado de la familia, y al pasar, véseles bajo los corredores, rodeados de sus hijos, de visita en la vecindad, paseándose, solos ó acompañados, en la única calle, conversando, fumando y muchas veces leyendo una revista alemana".

te, como lo probó plenamente en la magna guerra con la Rusia. ¿A qué se debe la superioridad de los japoneses respecto de los chinos? A la educación únicamente. Los habitantes del Celeste Imperio, encerrados han permanecido por siglos, dentro de su gran muralla, egoístas y testarudos, sin permitir comercio de ideas y de mercancías con los bárbaros hijos del Cáucaso y los descendientes de Rómulo y Remo.

El yanqui es un tipo cosmopolita, mezcla de todas las naciones europeas: por sus venas corre tanto sangre latina como angla, tanto eslava, como teutónica. La supremacía del yanqui se basa sobre su educación vigorosa, práctica, avezada al *struggle for life*. ¿Cuáles serán los rasgos típicos de la raza anglosajona? No los hallo. Sólo la educación se impone, con la elocuencia de los hechos.

Nobles representantes de la olímpica grandeza de la raza

blanca son (permitidme, lectores, este rápido desfile) Homero, Aristóteles, Fidias, Tácito, Kepler, Kant, Leibnitz, Shakespeare, Colón, Magallanes, Newton, Voltaire, Lavoisier, Pascal, Víctor Hugo, Beethoven, Goethe, Galileo, Dante, Bolívar, Sucre, San Martín, Washington, Morelos, Hidalgo, Hernán Cortés, Rocafuerte, Olmedo, Montalvo, Rivadavia, Caldas, Sarmiento, etc.

NINGUNO de estos grandes luminares, que forman la constelación humana, pertenecen á la raza amarilla, menos á la negra, á pesar de que creo, como afirman los antropólogos, que no existe sobre la tierra una raza completamente pura. De aquí que la nobleza de una raza, ó lo vil de otra, son utopías, si hemos de admitir, según el transformismo, un común origen animal. Educar y tan sólo educar es vencer, como lo han hecho los arios respecto de los turanios.

AHORA examinad las obras de arte, lo que conmueve el espíri-

tu con las dulces vibraciones de lo bello y de lo sentimental, los descubrimientos asombrosos, los vuelos atrevidos de la inteligencia, casi todo es propiedad de la raza blanca, esto es, lleva la patente de latinos y sajones.

¡SALVE, inmortal Hélade, asiento de la sabiduría y del arte!

¡SALVE, Eneas, á quien los dioses inmortales te confían la heroica empresa de fundar en Italia la sagrada Ilión!

¡SALVE, mansa y augusta loba, que alimentaste á los hermanos creadores de Roma y en especial al que instituyó el colegio de los *Arvales!*

¡SALVE también remota Anglos, pueblo de bravos y primitivos germanos!

¡SALVE todas las estrofas del himno que se denomina raza blanca!

FORMÁIS un solo anillo, noble y soberano, pese á Confucio, Buda ó Sakiamuni.

El ángulo facial, repito, el volumen del cerebro, el peso del encéfalo, el cubicaje del cráneo, la estructura de algunos músculos, otras investigaciones anatómicas, en fin, sacan en limpio que aunque, en general, es apreciable la diferencia que existe entre los ejemplares de la raza blanca y los de la amarilla y negra—pero no la de la latina con la anglosajona—la educación, el medio ambiente, el hábito se sobreponen triunfalmente á todo lo demás.

En un chimpancé no pueden descubrirse puntos de contacto con el blanco ni con sus adorables costumbres arianas.

Hablar de ellas es asemejarse á los perros de Zurita. No decantemos, pues, la preponderancia de la raza, sino de la educación que tanto recomendaba Sarmiento para sus compatriotas argentinos, de esa educación valiente y práctica que forma del *ayúdate* una Biblia para las oraciones del trabajo cotidiano.

XI

AFIRMAN los que se han dedicado á estudios de este jaez, que el genio viene á ser algo así como una degeneración, un *estado neurapático*, un verdadero cretinismo nervioso que se ha desarrollado en cerebros que, á la postre, hay que dolorosamente bautizarlos de semimorbosos, cuando menos.

MUY conocida es la obra (1) que Max Nordau escribió al res-

---

(1) Degeneración.

pecto y que la dedicó al profesor César Lombroso, cuyas doctrinas sigue en ella, como también las de B. A. Morel, introductor de la noción de *degeneración*, de J. Roubinovitch, Alfred Binet, Legrain, Tarabaut, Brunet, Octavio Delepierre y otros.

En aquélla, el autor de *Las Mentiras convencionales de la civilización* pone de oro y azul á Tolstoy, á Ibsen, á Zola, á Nietzche, á Wagner, con el canto de los Nibelungos y todo, etc., etc.

He leído, no sé donde, que César, Pedro el Grande y Mahoma, "el restaurador de la unidad de Dios en la cuarta parte del globo", fueron epilépticos. Imprudentemente denuncia la historia que Alcibíades, el simpático y vigoroso, y Turena, el insigne guerrero hijo de Sedán, eran tartamudos. A Lutero, de Eisleben, le hacen víctima del alucinamiento. Enrique Julio Condé fué tan inhumano que su crueldad rayó en locura. El Gran Condé, el

célebre ganador de la batalla de Rocroy y vencedor en Friburgo, es pintado por alguien como ignorante, colérico y traidor. Dicen que Lucrecio estuvo afectado de manía intermitente; que Tasso fué nada menos que un enagenado; que Swift, el conocido humorista irlandés, falleció loco; de igual modo el extravagante Conde de Lautréamont, autor de "un libro diabólico y extraño, burlón y aullante, cruel y penoso; un libro en que se oyen á un tiempo mismo los gemidos del Dolor y los siniestros cascabeles de la Locura". (1) El hábil pintor español José Balcells y Sendil fué sordo-mudo. H. Balzac, temperamento aquejado de hondas amarguras y desalientos, sin duda por el fantasma de los acreedores que le perseguía, murió de afección cardiaca. Chatterton, Gilbert, Mariano José de Larra, José Asunción Silva, Dolores Veintemilla de Galindo se

(1) Rubén Darío.—Los Raros.

suicidaron. Igual suerte corrió el poeta mexicano, autor de esas dos grandes poesías *Nocturno* y *Ante un cadáver*, "en las que puso toda la sustancia de su alma enferma y atormentada": (1) Manuel Acuña, el joven materialista, bajó á la tumba á los 24 años de edad. Manuel Molina Vigil, médico y poeta hondureño, suicidóse también á la temprana de veintisiete. El bardo apasionado Manuel María Flores, hijo de San Andrés, murió ciego, como Milton y como Mármol. Guy de Maupassant terminó sus días en un manicomio de París, como Juan Coronel en uno de Santiago de Chile, tísico y atacado de la monomanía de grandeza. Fedor Dostoyeuski padecía de enagenanación mental. Consta que Alfredo de Musset y Edgard Poe, estos dos grandes poetas, fueron dipsómanos. El alcohol y la anquilosis reumática perseguían á Pa-

(1) Antología de Poetas Hispano-Americanos.—M. Menéndez y Pelayo.

blo Verlaine y á Walt Whitmnn. Aseguran que Mozart fué neurópata; que Handel sucumbió con enfermedad cerebral; que Beethoven, el padre de la música alemana, fué caprichoso y melancólico; que Donizetti bajó al sepulcro con parálisis general; que Schumann y Chopin dieron en insanos. También atacó la parálisis al novelista irlandés Juan Banin. Tanto él mismo, como algunos de sus admiradores, afirman que Lamartine vivía atormentado por el suicidio, de igual manera que Jorge Sand, desde los diez y ocho años, la que también tuvo tendencias á la melancolía, como la profunda del célebre pintor inglés Ricardo Parkes Boningtón, víctima de la fiebre cerebral.

SIGUIENDO esta lógica, Montalvo, lo mismo que otros genios, fué caprichoso, colérico y misántropo; García Moreno, iracundo, adusto y nervioso; Federico Proaño melancólico, sin duda por sus largas nostalgias que le rin-

dieron en la lejana Quezaltenango (1), á pesar de sus artículos literarios humorísticos que revelaban un espíritu "vibrante, festivo y sutil"; Sarmiento, vanidoso, irascible y difuso, sobre todo en sus últimos años. Murió presa de perturbaciones nerviosas, de decadencia senil y delirio.

Su simpático y laborioso biógrafo chileno, á quien con tanto cariño presenté desde mis primeras líneas, se expresa así, en los últimos renglones de su interesante libro: "Sarmiento se extinguía visiblemente, é iba á

---

(1) Federico Proaño murió en la ciudad de Quezaltenango (Guatemala). Vivió en la República de El Salvador cinco años, "desempeñando el honroso puesto de Secretario Particular del Presidente de la República, y fué el primero que en las columnas de los periódicos abrió cátedra de buen decir, llegándose á hacer de admiradores devotos y también de encarnizados adversarios". (Palabras del Sr. Vicente Acosta, Director de *La Quincena*, revista de ciencias, letras y artes de San Salvador. - Año IV.—Tomo VII.—Nº 74).

morir instalado con probeza en un reducido cuarto de hotel, como viajero sorprendido por las leyes naturales en el curso de una larga y fatigosa peregrinación. En la noche del 10 de septiembre (1888) permaneció sentado en su sillón, hasta las once, hora en que pidió que lo trasladaran al lecho. Realizado ese deseo, cayó en un letargo intranquilo, interrumpido á largos intervalos por movimientos bruscos. Una profunda perturbación debía trabajar su organismo, pues algunas palabras incoherentes revelaban el delirio. Dijo: "He escrito un libro tres veces y lo he vuelto á romper: tenía cosas muy buenas"! A las dos y cuarto de la madrugada, hizo señas para que lo dieran vueltas, y satisfecha esa indicación, se agitó bruscamente con un movimiento espasmódico, y quedó inmóvil con la rigidez de la muerte! ¡Había dejado de latir aquel corazón privilegiado, máquina motriz de impulsos generosos y grandes, de nobles ambiciones

y de fecundas iniciativas! Había dejado de ser un hijo predilecto de los tiempos heroicos de la América, un soldado del progreso, un heraldo del libre pensamiento, un adalid de la reforma y del bienestar de los pueblos y uno de los más honrados políticos de la República Argentina!" (1) Así termina el libro.

VOLVIENDO á la tesis de que el genio es una degeneración, ¿de que serviría entonces la gimnasia moral educadora que modifica los caracteres, de qué el principio de severa disciplina que reprime los temperamentos? Como la higiene en un enfermo, así la educación en el hombre: aquélla le dará, ya que no espiritual siquiera vida corporal; ésta, ambas.

MAX Nordau clasifica á los genios en sanos y degenerados: á los que no están rematadamente

---

(1) Sarmiento, su vida y sus obras, por J. Guillermo Guerra.

locos les llama "degenerados superiores"; pero creo que la degeneración de suyo es síntoma de enfermedad, de decaimiento, de postración intelectual, de algo que *degenera* y que, como la palabra lo indica, nada tiene de *superior*.

Con la educación de la voluntad, con un régimen moral de hierro, con la ilustración sana, se consiguirá dominar los vicios, los atavismos, los delirios que las pasiones ó la poca salud causan al talento.

Los personajes más eminentes han adolecido de algunas debilidades; pero el esfuerzo propio ha triunfado al fin, gracias á la esmerada educación.

Sarmiento, como ellos, tuvo unas pocas imperfecciones; pero su fuerte voluntad y su inmensa acción pusieron de relieve las virtudes del educador y del estadista, ocultando las incorrecciones del político y del sér humano propenso al error.

XII

Al concluir estas breves líneas consagradas al infatigable maestro argentino Sarmiento y, por ende, á la educación, deseaba decir algo acerca de los numerosos libros de tan ilustre pedagogo y pensador sudamericano, obras que, en la mayor parte, reunió su nieto, confidente y secretario D. Augusto Belín Sarmiento. Forman una colección de cincuenta volúmenes en cuarto mayor.

El gobierno del general Roca presentó al congreso nacional un

proyecto de ley contraído á señalar veinte mil pesos para la edición completa de ellas. El decreto legislativo fué sancionado en mil ochocientos ochenta y cuatro. Comenzó á cumplirlo el señor Luis Montt, dando á luz, compiladas, en siete volúmenes, las producciones que Sarmiento escribiera en Chile.

TAREA amplia y grave, que requiere estudio detenido y fuerzas mayores que las mías, es la de analizar, siquiera en forma de reseña, las obras del fecundo Sarmiento. Ni he podido, para ilustrar más la materia, conseguir el libro *Sarmiento y sus doctrinas pedagógicas* de don Manuel Antonio Ponce, funcionario chileno en el ramo de instrucción pública.

AL escribir estos someros capítulos, quise tan sólo corresponder á la honrosa invitación que la *Caja Escolar Domingo F. Sarmiento*, de Santa Fe, se dignó hacerme, con motivo de la inau-

guración de un monumento á la memoria del ilustre preceptor Domingo Faustino Sarmiento en dicha capital.

De paso, he dedicado ligeras observaciones - que son sinceras aunque no una novedad - á la educación, porque, como latino-americano, me intereso por el adelanto de los pueblos de esta raza que sentaron los reales en el Nuevo Continente, y he llegado á convencerme que su futura grandeza, ó su decadencia, depende del sistema de educación que reciban las generaciones venideras.

A ellas, y también á las actuales, quisiera decirles de corazón: Acabáis de presenciar en este modesto estudio, debido al entusiasmo que me inspira la juventud y al amor que profeso á la educación, las luminosas huellas que ha dejado en la América Española el esclarecido polígrafo y educador Sarmiento, patrono de muchas instituciones escola-

res argentinas. Nada ennoblece más ¡oh, pueblos latino-americanos!, que las lides de la idea, del trabajo y del carácter. Sería espéctaculo halagador el de los jóvenes pueblos reunidos por unos mismos ideales, grandes por medio de la paz y de la unión, impulsados por idénticos motores, que se encaminaran, á paso de gigante, al excelso alcázar del progreso, sin pensar en guerras internacionales, menos en revoluciones. Con la constancia se allanan todos los escollos de la vida: con la educación se forman las naciones viriles, las razas conquistadoras y fuertes. Lo de la palanca de Arquimedes, que en el terreno científico resulta una utopía, en el campo de la práctica es el bello símil de la enérgica acción individual que todo lo realiza, que es el más firme punto de apoyo y el corolario de lo que puede alcanzar una voluntad inquebrantable y un profundo amor al estudio, al trabajo, al orden, secretos de la felicidad en la tierra.

El gran Camilo Henríquez trazó, con caracteres imborrables, con las luminosas letras de la inmortalidad, esta divisa en los muros de su prisión: *Nihil desperadum.* Nosotros, pueblos jóvenes, colectividades de ayer, procuremos gozar de la encantadora libertad; tracemos, en la grandiosa historia de los respectivos países, ese mismo lema, que sintetiza la energía imponderable de una raza que siempre fué viril, fuerte para acometer las mayores empresas, como heredera de la tradicional bravura castellana y que no tiene por qué desesperarse, por qué venir á caso de menos valer, por qué desconfiar de sus propias facultades para ponerse á la altura de naciones más felices sólo por la educación. Sigue cantando su palingenesia con dulces notas de un himno colosal que ora se llama Buenos Aires, ora México, ora Santiago, ora Montevideo, ora Lima, ora Bogotá, ora Quito, ora Caracas, grandes estrofas de la epopeya latino-americana.

"QUIEN no espera vencer ya está vencido", dijo el divino Olmedo. Y este verso de un canto épico no debemos olvidar los latino-americanos. No desmayemos un instante. Lugar común es ya repetir que la juventud es la esperanza de la patria. Ahora digamos que el carácter, la acción individual son la esperanza de las naciones, y que la juventud moral, trabajadora é instruída es el brazo más robusto de ellas.

EL hombre ignorante y holgazán no es hombre, sino ente digno de lástima. Por esto, hace siglos, el célebre Temístocles expresaba que más prefería un hombre sin dinero que dinero sin hombre.

LA educación, como un cuerno de la abundancia, derramándose sobre todas las industrias, sobre todas las fuentes de riqueza nacional, sobre todas las agrupaciones y sobre el carácter de cada individuo, llenaría de bienes-

tar y poderío á los más débiles y menospreciados pueblos latino-americanos.

UNA educación serena y práctica, que no ponga en prensa al pensamiento ni eche cerrojos sobre la conciencia, que no amengüe el vigor individual y la pujanza de la raza nos es necesaria, de toda necesidad. ¡La libertad ante todo, sobre el pedestal de oro del trabajo, iluminando las inteligencias desde el templo de la paz!

NO permitáis que vuestros hijos deban su educación á esas castas exclusivistas que "convierten al hombre en una especie de palimsesto; obliteran del cerebro la Razón para grabar la Fe, como los copistas de la Edad Media borraban del pergamino un discurso de Cicerón para escribir la crónica de un convento". (1)

---

(1) Paginas libres, por Manuel G. Prada.

¡Oh, generaciones latino-americanas, no permitáis que os arranquen el juicio so pretexto de que la obediencia es ciega y de que la ciencia ha fracasado!

¡Oh, juventud, abrid el corazón á las cosas grandes y claras, dirigid la razón, no hacia el país del misterio, sino hacia el reino de la verdad!

Imitad á Sarmiento, hasta en lo que no se humilló jamás. Sed, jóvenes americanos, altivos y emprendedores y trabajad siempre por la educación, como lo hizo Sarmiento hasta en los años de su decadencia senil.

¿No sería ridículo contemplar á un puñado de jóvenes que hubieran hecho la firme resolución de morirse de hambre, en cambio de algunos minutos de gloria efímera? Pálidos, nerviosos, con el estómago exhausto y la cabeza enardecida, creyéndose unos verdaderos genios monopolizadores del talento, con el desdén en los labios, sin dar cuartel á

nadie, encerrados en su tabernáculo de arte (al que sería una profanación mirar, no digo introducirse en él), sin conceder un ápice de sentido común á nadie, menos de ingenio ó una migajita de gloria, crespa la melena y los ojos hundidos, por ahí andarían cantando lástimas y comiéndose los codos.

¿No serán éstos los tipos de la degeneración y de la pobreza de miras, á quienes el bien ajeno entristece y lloran de rabia cuando otro se levanta por esfuerzo propio y goza de sus riquezas y su inteligencia?

¿No sería risible que estos mismos jóvenes se negasen resueltamente á recibir un poco de dinero honrado en cambio de algunas horas de trabajo, de un instante de cultivo de la tierra, de unos días de ejercicio corporal que les volviera el apetito y regenerara sus pujos de gloria hambrienta? ¿Cómo hablarles de trabajos manuales, de sembríos,

de calidades de granos y semillas á esos pálidos enamorados de la inmortalidad, sensibles como las mimosas, de almitas delicadas como alas de libélulas, incapaces de empuñar, no diré el hacha ni el martillo, pero ni siquiera la escoba para barrer racionalmente sus habitaciones, iba á decir sus buhardillas? En cambio, ocultan la segunda intención perversa en el fondo del pecho: la fiebre de engrandecerse sin contribuir con la acción; el prurito de verlo todo descolorido y malo.

¡JÓVENES: al trabajo, para adquirir sanas y nobles ideas!

¡QUÉ los ferrocarriles—lazos de hierro que aten por medio del comercio y cambio de ideas á los pueblos latino-americanos — no pasen por desiertos tristes en los que, esparcidos aquí y allá, como un sudario, blanquean los huesos de nuestros hermanos, por regiones inhospitalarias donde apenas, de trecho en trecho,

se alza la misérrima cabaña del indio bravío y torpe, sino por ciudades populosas, por campos fértiles, por parajes en los que la vida, derramándose á raudales, convida al trabajo y la salud!

¡QUÉ así como sembramos ideas, plantemos árboles, de manera que no encontremos un sólo individuo, por minúsculo que sea, que no haya echado su semilla en la tierra, que no haya creado!

POR el trabajo, por la salud, por el carácter, por la seriedad, por los prácticos pensamientos impregnados de amor y no de odio, demostraremos al mundo que no hay degeneración en la raza latina, ¡oh, juveniles pueblos!, que ayer rompisteis con valor el sistema de educación colonial—que era un grillete—con la espada de Bolívar, San Martín, Sucre; con las leyes y reformas de Benito Juárez, Porfirio Díaz, Andrés Bello, Vicente Rocafuerte, Rufino Barrios, y con la

pluma de Juan Montalvo, Justo Sierra, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y cien obreros más de la civilización.

MUÑECAS

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACION

POR

Alejandro Andrade Coello

MUÑECAS

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACION

I

HÁGANME fisga, desde luego, los de mala intención; echen sus pullas sobre mí los críticos descorazonados; suene la carcajada atronadora, con visaje tan burlesco que dé en qué pensar al mismo Voltaire; maldíganme acaso los genios privilegiados que, por el hostigamiento de la vida, convierten sus almas

en un infierno, á fuer de apurar la almibarada copa del deleite y se lanzan entonces á apocar á la mujer, ente angelical tras del que corremos los prosaicos y negados, sin sentir un ápice de vergüenza, porque la mujer es inspiración y poesía. Otra cosa es que corrijamos sus vicios de educación y dediquemos palabras severas á las que, desacreditando su sexo, degeneran en muñecas, juguetitos de salón sin solidez ni mérito propio; sin más galas que las que se compran en los almacenes y joyerías, galas materiales y aparentes que nunca pueden competir con las sólidas de la moral. Y quien por esto se quemare, que sople.

Dudo que el artista que haya conferenciado con Apolo sea enemigo de la mujer. Minerva, personificación de la sabiduría, mujer es y muy amada de los mortales privilegiados. Venus, la de líneas impecables, la diosa de la belleza, mujer es que trae loca á media humanidad.

ESPRONCEDA, con la embriaguez de la pasión y por halagar á ese poderoso caballero de que nos habla Quevedo, se atrevió á denigrar á la mujer; pero acabada la orgía y gastado el dinero, acordóse de su madre y abrió su corazón á las ternuras de la virtud por tanto tiempo dormida en su alma; lloró, pidió perdón y cantó á la que le había dado el ser, cantó á la mujer.

VENGA, en buena hora, Severo Catalina. Abro su libro, lo leo con gusto, aunque se rían los teólogos que pusieren en duda la existencia del alma de la mujer.

¿ACÁSO no he llorado en el silencio leyendo *La Mujer* por Michelet? ¡Cuántas miserias, cuántos sufrimientos, cuántos martirios están reservados á las que pertenecen al bello sexo!

AUNQUE sea sobre las aras del dolor, bello sexo es, bellísimo. La abnegación lo engrandece.

LA Baronesa de Wilson, comprendiendo cuánto vale una mu-

jer ataviada con las riquísimas joyas de la virtud y educacion, dice: "Si la mujer desconoce su verdadera misión en la tierra, deja de ser el ángel de las familias y de dominar con ese sublime corazón, que la presta influencia en todo el Universo".

SUBLIME ideal es el de la educación de la mujer. ¡Cuánta satisfacción sentimos siempre que dejamos correr la péñola para obrar con rectitud! Si todos los escritores, después de encomendarse á la verdad y al honor, pusieran en juego sus facultades para procurar la felicidad de sus hermanos, el mundo sería un paraíso y las virtudes saldrían á relucir desde su rincón humilde, porque entonces habría paz en el universo. Escribir para alcanzar la única meta deseada, el progreso humano, es ser hombre de provecho, ente moral y justo. Mas cuántas veces acontece que habla el mal en lugar del bien; que, detrás del escritorzuelo, asoma el demonio de la calumnia;

que la hidra de la envidia está obrando á la zapa. Cuántas veces periodistas, con hambre del vil metal—mil veces vil cuando corrompre y tienta al talento para que se degrade, venda y traicione,—procediendo con interés, fatigan su cálamo preñado de corrupción y de veneno, que suda sangre en lugar de tinta. Cuántas veces por alcanzar mentida fama, por embriagarse con el incienso de la lisonja, se prostituye el escritor sin carácter y tiene la audacia de esparcir á los cuatro vientos cosas que debería sepultar cien codos bajo tierra. A éstos, viéneles de molde la consabida letrilla de Quevedo: "Poderoso caballero es don dinero".

La mujer que ha dejado evaporar de su corazón el sagrado perfume del pudor, puede exclamar con cinismo: "Madre, yo al oro me humillo, él es mi amante y mi amado". (1)

---

(1) Quevedo.—Letrilla citada.

TENGO para mí que aun cuando el oro "ablanda al juez severo", no puede vencer á la virtud; de no ser así, diría, desde luego, que somos ángeles caídos, condenados á llenar el tonel sin fondo de la codicia. Pero no, todavía la humanidad no es tan perversa; pecadora, sí; pero no impenitente ni renegada.

MUJERES hay virtuosas, seres privilegiados que traen suave bálsamo para los males, tiernas sonrisas para el infortunio, dulces consejos para las desgracias y buena compañía para las horas de soledad y de tedio; mujeres que calman la tempestad que se desata en el alma, ángeles que esparcen flores cuando vamos en pos de las espinas, diosas que nos guían en las noches lóbregas de caídas y desmayos. La mujer de nobles sentimientos es faro que nos salva del naufragio, conduciendo la pobre barca del corazón, á través del mar rumoroso y agitado de las pasiones, al puerto seguro de la paz.

Era un día sereno: las nubes blancas y puras, en copos primorosos, dejábanse ver en campo de límpido azul. Misterioso silencio, calma augusta se notaba al principio. Después, el paisaje cambió por completo: vino la hora del terremoto, de la confusión, del miedo. Jaurías de perros hambrientos atronaban las calles de la ciudad homicida; ruidos extraños iban retumbando por el espacio; las piedras descuajadas de las sillerías; las rocas desgajadas de sus moles; los guijarros desprendidos de sus alvéolos; los cimientos removidos; todo contribuía á infundir espanto. Destemplado hormiguillo se apoderaba del más fuerte. ¿Qué acontecía? Levantemos la vista á la altura; hagamos plegarias llenas de fe; demos gritos atronadores y caigamos desplomados. ¡Ay!, no sólo la tierra se agita en espantosa confusión; el cielo, el cielo antes hermoso, se ha cambiado: nubes negras le cubren, como inmenso manto de luto. Formi-

dable es el fragor del trueno. Los rayos, en gigantescos ziszás, cruzan el espacio, rasgando en todas direcciones la bóveda que antes fué azul, y cayendo sobre la tierra como saetas inflamadas y amenazadoras. ¡Tantos surcos, ruidos y fantasmas entre las densas nubes, tanto horror, tanta sangre, tantos ayes en la tierra! Pero, al fin, ¿no es ese el último día de los tiempos? ¿No han salido los espectros de su infernal escondite? ¿No andan por ahí espantables escuadrones de espíritus malignos agitando sus tridentes? ¿No se ha abierto la tierra formando profundos despeñaderos y simas espantables? Lo que ha sucedido es peor que esto.

ALLÁ, en la cumbre de estéril y escueto monte, vense tres árboles. Fijaos bien: son tres cruces, negras é inmensas. De una de ellas, despréndese tenue claridad que alcanza á alumbrar el cuadro del Gólgota. Es la aureola de Jesús que, inclinando

su frente al peso del dolor, agoniza. Ha muerto el justo. ¿No se hunde el universo? ¿No chocan entre sí los astros, como en un cataclismo universal, por el asesinato pronunciado contra el gran transformador? Jesús ha muerto. Queda el mundo huérfano y vacío. Todo le falta, porque le falta la caridad, el amor, la virtud, personificados en Jesucristo. ¡Justo, Santo, Mártir!: acabas de expirar.... La tierra será desgraciada. ¡Verter la sangre del inocente es sacrilegio!

Si se me permite la comparación, cosa igual sucedería al desaparecer del mundo la mujer. Eliminad del escenario de la vida á este ángel tutelar, y sólo monotonía, sólo tinieblas, sólo tristeza reinarán por do quiera. Sin la mujer, sería un caos el globo terráqueo. Esta bella criatura toma tanta parte en nuestra existencia, se cruza tan á menudo por nuestro camino, se interesa tan vivamente por nosotros

que imaginar su desaparición sería un absurdo. La madre, esta mujer sublime que se sacrifica por la felicidad de sus hijos, que derrama sobre ellos el bálsamo de los consejos y de las caricias, que cicatriza las heridas del corazón; la madre es la prosopopeya de la mujer. Un autor se expresó así: "El día que murió Víctor Hugo, pasó algo de lo que pasó en el Gólgota cuando murió Jesús".

PARODIANDO estas palabras, yo diría: "El día en que muriese la mujer, habría tinieblas en el mundo". Pero tal hipótesis repugna á la razón.

LA corriente del feminismo es poderosa.

ASUNTO trillado sería ponderar esta tendencia moderna. Lo que quiero es, aunque sea en frases comunes, poner de manifiesto lo que he alcanzado á observar en colegios que no han dado frutos de provecho para la sociedad y en los que la mujer ha ad-

quirido tendencias á la vida de clausura más que á la de sociedad, encerrada en un egoísmo lamentable ante los rumbos positivistas de este siglo que ya no quiere alimentarse de quimeras ni de obras de un misticismo estéril.

La mujer no morirá nunca.

Al contrario, merced á la educación, irá en progreso, conquistando más gracias cada día y haciéndose acreedora á más bendiciones. Apoyémosla para que no se menoscabe, para que no manche su amor en el lodo de la infidelidad, para que no sea débil presa de la ignorancia. Necesita protección: raras veces levántase sola. Quien se yergue victoriosa desde su humilde y solitaria morada, es un genio, alto ejemplo de heroicidad. Ha menester, en ocasiones, de un esposo que le saque de la miseria, de una luz que ilumine su camino. Bajad á la plebe y os haréis cargo de la verdad de es-

te aserto. Suele la pobreza hacer flaquear á la mujer de humilde cuna y de aparente valor, si no tiene un árbol en qué apoyarse. Pero luego que ha aspirado las gratas emanaciones del hogar, se transforma en mujer de provecho, en salvaguardia del marido, siempre que la educación haya dejado en ella base sólida, capaz de que no permita que se confunda á la mujer de carácter, por inferior que sea su nivel social, con la muñeca pobre y mal traída, más que por su ropaje, por sus inclinaciones y hábitos.

II

He aquí algunos heroísmos ignorados, que practicaron mujeres pobres, las que, como un talismán, llevaban en su pecho la fidelidad y la perseverancia en el bien. Ejemplos oscuros, pero prácticos; hechos verdaderos que el bombo no les anunció, ni publicó la vocinglería á grito herido.

En apartado barrio de la ciudad de Quito,—casa de arrabal á la extremidad de calle sombría, cercana á olvidado cementerio,—vivía una pobre mujer.

CHIRIBITIL, húmedo y obscuro, era su morada. En ella veíanse algunos utensilios de barro, una tarima vieja, pocos instrumentos de carpintero, unos cajones en pedazos, una silleta desvencijada, dos cuadritos imperfectos: el uno de la Virgen del Quinche, el otro del Señor de la Buena Esperanza. He aquí la riqueza de ese á manera de estrecho corral en que habitaba. Consumida por la ictericia, aquella desgraciada mujer parecía un espectro. Llamábase Otilia. Era joven aún y, á pesar de su destrucción, notábase vagar alguna simpatía, como genio imperceptible, por el rostro de esta casi moribunda. Un muchacho, sucio y rotoso, con cara de lástima y hambre, se entretenía jugando en un rincón entre virutas, retacitos de trapo y astillas. Otro mamoncito astroso hacía esfuerzos por alimentarse, chupando, hasta más no poder, el pezón de su triste madre. Era ésta la personificación de la mujer mártir. Su marido, hara-

gán brutazo, carpinteaba de vez en cuando como ayudante en taller portaventanero, desperdiciando en el aguardiente toda la soldada que ganaba. ¡Ay de Otilia cuando este monstruo iba borracho!: palos y puntapiés, bravatas y tacos eran los medios de subsistencia que le daba; tal su salario cotidiano. Hasta donde sus fuerzas le permitían, trabajaba en la costura para alimentar á sus hijos. Jamás se le oyó proferir palabras descomedidas cuando su marido le estropeaba. Otilia parecía trasto inútil á la vista de éste. En tan aflictivas circunstancias, sintióse madre. La infeliz hubiera perecido de necesidad sin los auxilios de una vecina caritativa. Su marido no entendía de obras de misericordia. Recostada en el suelo y casi desfallecida de ánimo, Otilia lloraba su infortunio, en tanto que el brutazo de su pariente, acomodado en el tarimón, dormía la mona á pierna suelta, sin compadecerse de la enferma. La vecina dábale un plato de comida

del que, á pesar de su escasez, guardaba ración para sus hijos. A los ocho días, como una esclava, dedicábase ya á los quehaceres domésticos con inaudita resignación. Otra mujer, ¿no habría acudido á la desesperación ó á la venganza? Otilia, modelo de madres y esposas, no. Dirigíanse sus quejas á lo alto, de donde esperaba alcanzar remedio para sus males.

El carpintero feroz murió alcoholizado. Quedóse Otilia viuda y rodeada de hijos. Una allegada suya, viéndola en tal situación, llevóla á su casa en calidad de costurera. Asegurada la mantención, pudo economizar en favor de sus hijos, fiel á la santa consigna de madre.

Paso á otro modelo inédito.

Sabina, bella como la figura de Higgia, protectora de la salud, — cuya bien tallada estatua fué colocada en el templo de Esculapio, junto á la de Lampetia, formando trinidad hermosa, digna de

la adoración de los atenienses;—Sabina, mujer pura y de seductoras formas, fué tentada por un demonio representante de la lúbrica riqueza, hombre de elevada alcurnia, porque era dueño de caudales; pero de alma muy baja, como la de tantos que explotan á la necesidad, sacan partido de las desgracias humanas, escarnecen la miseria honrada, y encubren después sus desnudeces morales con vestidos de seda y ropajes delicados. Atrevióse el tal á turbar el silencio de la virgen, penetró en la buhardilla infecta, donde se consumía esa flor, falta de alimento, de la sustancia que da vida, el pan. Con audacia la hizo proposiciones vergonzosas, prometiéndole, en cambio, riquezas y abundancias. Indignada se levantó, como una diosa sobre su pedestal, ceñida la corona de su pureza y en sus manos la palma del valor, rechazando la vil oferta. El corruptor se retiró, indicándole al mismo tiempo que se vengaría.—Menos sacrílega la propuesta de

Qudrico Filauponte, quien trató de aprovechar las osamentas de los cementerios para abonar los campos, que la del infame tentador que, aprovechando la miseria, esa osamenta pútrida despreciada por la sociedad, quiso manchar la azucena virginal con el lodo de una violación para abonar sus vehementes pasiones. La virgen se resistió con energía creciente. Fué calumniada, fué vencida en apariencia; pero en el fondo quedó pura, intocable. Hubo premio al fin para su virtud; la mujer vencedora fué madre distinguida: le tocó en suerte casarse brillantemente, llevando el valioso patrimonio de su conducta limpia. Ahora es feliz. Fué virgen invencible y á la sazón es modelo de esposas.

OTRO ejemplo de oculta fortaleza.

COMO poderoso vitálmetro que, con fuertes campanillazos, anunciase los latidos de un corazón con vida, pero enterrado ya, así

la niña, cadáver ambulante, daba pruebas de que su alma no salía aún de su cuerpo esqueletado, sólo por la tierna expresión de sus dulces ojos, que eran elocuentes promulgadores de los sufrimientos de esa naturaleza púber. Su mirada, llena de dolor, llamaba la atención de los transeuntes, y parecía la única manifestación de la vida de esa pobre abandonada de la fortuna. En un ángulo del atrio de algún suntuoso palacio, á las puertas del templo, en la gradería de los portales, ó en la vereda de las calles, se la veía implorando la caridad pública: pedía socorro para su madre moribunda. Cuando quisieron arrancarla de su seno y llevarla lejos, brindándola un risueño porvenir, lloró mucho y no aceptó la oferta. Sabía que, al separarse, su pobre madre moriría: deseaba velar, como un ángel guardián, junto á su adorada viejecita, afanándose por su salud y por su vida. Dejarla sola, por un puñado de dinero, era inicuo para la recta concien-

cia de la niña. ¿Qué allá viviría de su trabajo? ¿Qué ya no mendigaría por las calles? ¿Qué, lejos, se le preparaba un porvenir? Nada le importaba. Su deber era, como el del centinela que cumple fielmente su consigna, mantenerse de pie firme en el oscuro hogar que tan sólo su madre iluminaba. Marchándose distante, ya no podría acariciarla dos ó tres veces al día, imprimirla un santo ósculo en la frente las noches, y quedar mirándola con amor hasta que el sueño cerrase esos ojos tan queridos. ¡Oh! la hija se engrandecía: su culto era divino, profesaba la más alta de las religiones, la del amor á la que le dió el sér, á la madre, estrella fulgente de la vida.

Un caso más para concluir este capítulo.

La conocía muchos años atrás. Me inspiraba ligera simpatía su rostro complaciente y de líneas delicadas. Pero no pasaba de esto. Vivía la ejemplar criatura cerca

de la morada de mis padres. Con la frecuencia de transitar por esa calle fuí tomándola afecto, poco á poco. Al fin logré visitar su casa. Por circunstancias casuales llegamos á ser buenos amigos. Desde entonces, comenzó una época distinta para mí. Me sentía feliz. Iba, sin sentirlo, dulcificando el carácter y perfeccionando el espíritu. ¡Qué mujer aquélla! La profesaba profundo respecto y cariño á la vez. Era una madre modelo. En ese santo hogar se practicaban todas las virtudes domésticas. Parecía una morada celestial. ¡Cuántas veces con el alma llena de sinsabores y martirizada por múltiples decepciones me dirigía á encontrar consuelo junto á esa angelical familia! La joven esposa infundía gozo en torno á los suyos y derramaba el dulce bálsamo de la bondad por doquiera.

No he hallado otra mujer igual. Feliz matrimonio cuyo recuerdo me edifica.

PARA tomar estado y no arrepentirse después hay que estudiarlo científicamente y escoger bien, como el dichoso mortal de mi relato. Quien se equivoca no se queje. Quien escoge con madurez ha encontrado una fórmula aproximada á la ventura en medio de los dolores de la existencia.

HE ahí el modelo de las mujeres que se divinizan por las virtudes prácticas. La buena madre, la fiel esposa, la respetuosa hija, ángeles son. La mujer inteligente, escudada por el bien, consigue grandes cosas y es capaz de proezas que asombran. Oíd lo que dice E. Rodríguez en su *Panorama literario*, á propósito de la más bella desgracia de este mundo, como epigramáticamente la llama Ricardo Palma: "La mujer, ese mártir eterno que viene del dicterión, del giníceo, del lupanar, de la sereona, de las catacumbas, del serrallo, de la esclavitud, de la degradación y del martirio á ocupar su puesto

en el concierto universal, con los ojos llenos de lágrimas, las vestiduras desgarradas y los pies chorreando sangre, pero alta la cabeza, serena la mirada, tranquilo el corazón, porque ella, en la medida de sus fuerzas, y aún más, ha dotado al mundo de sabios y de mártires; y no pareciéndole aún bastante, ella, por su soberana voluntad, y á un soplo del artífice divino, ha vestido la armadura y ha esgrimido la espada del guerrero, ha llegado á sabia y se ha entregado al martirio". Cobarde el que insulta á la mujer: no sólo se olvida que tiene madre, sino también finge ignorar que el hombre es su perdición.

María de Zayas, se queja así: "¡Ay, hombres! ¿por qué siendo hechos de la misma masa y trabasón que nosotras, no teniendo más nuestra alma que la vuestra, nos tratáis como si fuéramos hechas de otra pasta, sin que os obliguen los beneficios que desde el nacer al morir os hacemos?".

Frases de verdad. La mujer, educada y pura, es diosa; pero la que se corrompe es Satanás-Teresa de Cabarrús, llamada la *Virgen del 9 Thermidor*, puede inspirar valor, aunque sea para una acción vituperable: el asesinato á Robespierre; porque la mujer triunfa, y cuando triunfa criminalmente, es terrible. Tiene una arma de poder grandioso: la belleza. Y si es bella y malvada, es como la serpiente bíblica: tienta para dar la muerte del dolor, arrojando al hombre del paraíso de la tranquilidad. Pero hay mujeres sublimes, mártires sempiternas. Madama Roland Juana de Arco, Policarpa Salavarrieta, nobles mujeres son. Esforzada es la hermosa quiteña Manuela Sanz que salvó la vida de Bolívar y magnánima Luisa Cáceres, varonil caraqueña, esposa del general Arismendi. Merecen estatuas de oro y eternas alabanzas de la humanidad.

En vista de estos sacrificios de la mujer, ¿no es obligación de

gratitud hablar bien de ella? ¿No se debe pedir fecundo numen para dirigirle un canto? La mujer virtuosa, la buena madre de familia, son luminares inextinguibles.

III

TRIVIAL costumbre de los poetas chirles ha sido, antes de la himnología de cosas elevadas, invocar á las Musas, para que derramen esos suaves perfumes que emanan del Olimpo y que se esparcen dando vigor á las ideas, levantando el corazón, comunicando virtudes é infundiendo constancia al humilde mortal que quiere establecer sus relaciones con los dioses, que desea ser presentado á Apolo ó tener una entrevista con Minerva. ¡La inspiración! Sí, la inspiración pedimos todos. Pero este licor celes-

tial es de tan alto precio que no nos es dado saborearlo, ni mucho menos embriagarnos con él, porque no tenemos la copa de oro con la que los genios, que se sientan en la mesa de los dioses, suelen hacer sus libaciones inmortales. Para ensalzar al Ciego sublime, ansiamos lira de cuerdas de oro y un plectro incrustado de diamantes, que suelen manejarlo con primor las deidades del Parnaso.

MANOS como las de Estratónico, Mentor, Antripaton ó Nedas pudieran fabricarlo con primor, grabando hermosas figuras y dándolas el brillo de la plata y los multicolores rayos del diamante. Homero es genio y á los genios se trata con admiración y respeto. Numen grandioso se necesita para cantar á los inmortales. Artistas del lienzo y del mármol á lo Zeuxis y Parrasio, grabadores en piedra caliza á lo Fidias, Almacenes, Oricias ó Nescles, autores de obras colosales á lo Cares, pintores y

escultores otra vez á lo Miguel Angel ó Rafael, poetas como Píndaro, poetas en lo moderno, como el cantor de Bolívar; verbosos como Coliodoro, asombro del foro trajano; elocuentes como Castelar, cantad á la mujer. Estos mimados seres, fecundos partos de la naturaleza, estos son dignos de poder hablar de los privilegiados. Para genios, genios. Cada uno en su oficio, dice el refrán. El que quiere entrar en el sagrado taller de los dioses debe asirse del hilo de Ariadna, que, en este caso, es la prudencia y la sabiduría, y así podrá penetrar en ese como Dédalo de las ciencias. La mirada de los sabios es profunda: si no lleváis acopio de conocimientos en la mente, buenas intenciones y virtud en el corazón, os quedaréis siempre á la puerta: el templo de la gloria nunca se abrirá para vosotros. Cuando queremos ocuparnos del Dante, apostrofador enérgico, rayo que pulveriza á los malvados, deseamos, no ya la trompa de Píndaro, sino la

mismísima lira de Homero, porque tengo para mí que cantar á la virtud, poner de relieve sus prendas y castigar el vicio son cosas de alta esfera. La virtud es la primogénita de Dios: quien la posea y sepa comprenderla es mortal dichosísimo. Preguntadle á Flaxman qué halago inexplicable sintió al dibujar al Dante, Flaxman que dibujó también á Homero. La estatua radiante de Newton, la que salió de la mano de Sheemakers, uno como Miguel Angel inglés, lleva en su base estas inmortales palabras: "Honra del linaje humano". Y Newton fué sabio y virtuoso. La virtud es "honra del linaje humano": se encarna en almas como las de Newton y otros seres que están de pie en el último escalón de la gloria, brillando siempre. Las obras donde entren Dios y la religión se levantan sobre las demás, dice Montalvo. Por esto, cuando se va á hablar de Jesucristo, lo hacemos con profundo respeto. ¡Jesucristo! ¡Jesucristo! Funda-

dor de una religión, llamado el hijo de Dios; Jesucristo, filósofo el más grande, santo el más excelso, fuente de virtud la más pura, perdón, perdón. Para hablar de tí, se debe recibir de antemano las bendiciones de lo alto. Me contento con apellidarte Dios, último recurso, palabra que todo lo encierra, voz la más alta que la admiración y la impotencia humanas, en su descolorido lenguaje, ha querido aplicarla á Jesucristo, como igualándole al ignoto sér que todo lo puede. Jesucristo nos ha enseñado, con máximas sublimes, que el hombre debe morir, si es posible, por la virtud. De sus doctrinas, como de una mina, se extrae este lema: "talento siempre para hacer el bien", que fué el mote de Enrique, príncipe de Portugal.

PERO por nadie los infantes creen con más fe en una primera causa que por la madre: ella es el sér esencialmente religioso, esencialmente sensible, que nos

inculca desde la niñez sanos principios, nos hace mirar el cielo y nos da consejos llenos de ternura. La mujer sigue siendo religiosa, y lo será siempre. ¡Ay de ella el día que reniegue de sus creencias! Verdad que muchas las profesan exaltadas, pero esto no es una razón para denigrar su fe. Todos los extremos son perjudiciales. Existe una senda que nos lleva al éxito: el término medio. Ahora la mujer es la que acude al templo, el hombre se ha retirado avergonzado: si se encamina á él es por otros fines. Eugenia Niboyet, se expresa así: "A nuestras espléndidas basílicas en que el arte, alentado por la fe, había economizado la luz y dado á las entrecruzadas naves un tono misterioso que llenaba de recogimiento el alma de los fieles, hoy asisten los hombres por costumbre. Hoy el cristianismo no se arrodilla para orar, se arrodilla por respeto humano. Si tocan los órganos, si se oyen voces suaves y armoniosas, escucha con la misma atención que

escucharía una ópera en el teatro". La mujer, por la exquisita sensibilidad que le distingue, necesita una religión tierna y conmovedora que la contente si sufre y la arranque lágrimas en el fervor de su misticismo. Y como no hay una escena tan dolorosa y poética como la del Calvario, esa tragedia sublime, la mujer gusta de meditar en tan doliente historia. Por esto las mujeres son cristianas: viven enamoradas del Justo, tan paciente, tan humilde y tan patético, que muere en un leño miserable, después de distribuir la buena semilla á manos llenas. La principal virtud del pobre es la resignación; á ella puede llegar por medio de la esperanza, y ésta lo llevará á la fe, dice la Condesa de Remusat. Así predicó Jesús. La mujer que piensa que "la primera virtud es la justicia, que se compone del sentimiento de la igualdad moral y del deber que de él resulta", es acreedora al respeto universal. Hermancia Lesguillón emite el siguiente be-

llo concepto: "Cuando una mujer ama á un sér que merece ser amado, y es fiel, sincera y buena madre, es para mí virtuosa y digna". Una buena madre es todo: reune en sí millones de virtudes: su alma, como una bujeta prodigiosa, rica en joyas valiosísimas, guarda la fidelidad para su esposo, el verdadero amor para sus hijos, el sacrificio y cumplimiento del deber para la felicidad del hogar, y el martirio, si es posible, para la tranquilidad de sus allegados. ¡Oh, la madre! Si hay un cielo, para ella será sin disputa. Todas las alabanzas que en la tierra se la puedan tributar, nada son: la apología de la madre debiera escribirse en el Empíreo, orgullosos de tan admirable creación. Un pintor que se había quedado á dormir en Posadorio, exclamó al contemplar los primores de la Naturaleza: "Estas cosas no caben en la pintura; además, por lo que tienen de *casuales*, de inverosímiles, tampoco caben en la poesía: no caben más que en el

mundo.....y en los corazones que saben sentirlas". Así la madre. El mejor pincel no acertará á formar ese cuadro asombroso con todos sus primores y detalles. Llega á tal punto su abnegación, que la creeríamos inverosímil; es tan intenso su amor que no entra en los dominios de la poesía, porque esta diosa se considera impotente para describirle. La misión de la madre recorre la redondez del mundo: sus frutos son inmensos y lo están denunciando el millar de corazones sensibles que han comprendido tanto bien, tanta virtud, tanto cariño, pero que no lo han podido expresar con palabras, porque tienen éstas su límite.

CIERRO con broche de oro este capítulo, gracias al grandilocuente Emilio Castelar. Del eximio orador es el símil que copio:

"CUENTAN los naturalistas, que la hembra del precioso insecto

conocido con el nombre de cochinilla, cuya existencia se reduce á lo necesario para chupar el jugo de la pàla ó cactus donde vive y muere, da toda su interior sustancia, al entrar en la madurez de su edad, á los gérmenes que han de conservar su especie, y cuando ya no tiene qué darles, porque ha encontrado la muerte de puro comunicar la vida, los protege y los ampara y los abriga con el tegumento de su helado cadáver. Así es la madre: da la primera vida con su sangre al feto; da el primer alimento con su leche al niño; da su corazón en sus besos; da su alma entera con su educación; nos sigue como el ángel de nuestra guarda en vida, y después de muerta pliega sus manos é hinca sus rodillas, y está en la bienaventuranza de perpetua y mística oración por la salud y la felicidad de sus hijos".

IV

La mujer, pues, juega importantísimo papel en la vida, no sólo de los hombres aisladamente considerados, sino también de los pueblos. Las más de las veces ella, á unos y otros, les aparta de los peligros, les corrige sus vicios y les muestra el buen camino. ¿Quién no se doblega á sus ruegos? ¿Quién no se enternece con sus lágrimas? ¿Quién no escucha gustoso sus consejos? ¿Quién no se rinde á su hermosura y

atractivos? La historia está llena de hechos que prueban su influencia y poderío. Célebre tribunal absuelve á una mujer, porque se presenta ante él desnuda: el tribunal es indignamente grande, inicuamente poético. Friné se retira triunfante, y, en un acceso de su orgullo, ofrece con insolencia la reedificación de la ciudad de Tebas, poniendo ella todo por su cuenta. El Senado, más grave que el tribunal vencido, no admite la proposición de la altiva cortesana. Los moralistas juzguen el caso; pero, mientras tanto, la mujer ha dominado con sus armas invencibles: la hermosura tentadora.

La baronesa Camila de Valberg ha obtenido siempre la victoria.

No basta que sea una estrella en el arte hípico, además es mujer: argumento Aquiles. Píndaro, el poeta clásico, el lírico inspirado, atrás se queda; una mu-

jer le gana: la bella Corina. Aclamada por los griegos, se pasea con el lauro literario. Es el tribunal que absolvió á Friné: reprodúcese al favorecer á Corina: brillante urbanidad, garbosa injusticia.

La célebre amazona francesa Fernanda Lorey que fué discípula escogida de la citada baronesa, arranca entusiastas vítores. Si la destreza es loada, en la mujer es ovación más noble. El engrandecimiento del bello sexo produce dulces y extrañas fruiciones en las almas templadas al calor de distinguida educación y sólida virtud.

Lo que en los juegos olímpicos hacían las mujeres con el vencedor, se repitió con los héroes del Mérrimac y de las luchas en Cuba, allá en ese gran pueblo de progresos sin cuento, en los Estados Unidos. Las hermosas griegas solo aplaudían con frenesí y devoraban con la mirada á los atletas que llegaban prime-

ros á la meta; las apasionadas norteamericanas, besan los bigotes encanecidos, las frentes rugosas y las tostadas mejillas de los bravos titanes en la perla de las Antillas: hermoso premio. – Píndaro mismo, el rival de Corina, bebió su inspiración en la mujer. Este bardo excelso, que tanto respeto infundía,– de manera que el gran Alejandro, en la destrucción de Thebas, sólo dejó en pie su casa y conservó á su familia,–aprendió de Myrtis, notable dama griega, el arte de la versificación. ¡Píndaro, encumbrándose á las regiones sublimes de la poesía por una mujer! Si bien Laso de Hermiona hizo conocer los versos al poeta en embrión, se entusiasmó más al leer los de la poetisa. Myrtis maestra de Píndaro: la mujer dando alas al genio.

La leyenda bíblica cuenta que la mujer salió de una costilla del hombre: luego es para él carne de su carne, sangre de su sangre. El hombre debe respetar-

la como se respeta á sí mismo; debe amarla como cosa propia, marchando por el camino de la vida siempre unido á ella. Así lo quiere la naturaleza, y cuando ella lo quiere, es, sin duda alguna, para nuestro bien.

UNA mujer purísima,

"Rosa á la orilla del Jordán nacida,
Inmaculada virgen de Judea,
Estrella de los cielos desprendida,
Aura del manso mar de Galilea,
Lirio del valle de perenne vida,
Luz que los ojos de Jehová recrea", (1)

bella como los rayos de la luna, dulce y virtuosa, estaba en oración. De repente, se ilumina su sagrada estancia que el dios de la virginidad velaba, su estancia silenciosa guardada por los geniecillos de la inocencia: baja á ella un hermoso ángel, envuelto en espléndida nube, un ángel del empíreo que despedía lampos de vívida luz de su cabeza y que ba-

(1) Mujeres del Evangelio. — Cantos religiosos por Larmig.

tía sus límpidas alas en señal de regocijo. Con voz celestial habla á la doncella en un lenguaje incomprensible para los míseros mortales, la saluda respetuosamente cumpliendo las órdenes de su Rey. "*Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio*". La Virgen turbóse al escuchar tales palabras, y estaba entre sí pensando en la salutación. Pero el ángel añadió: "*Ne timeas, María, invenisti enim gratiam apud Deum*". No temas, María, pues tú has hallado gracia delante de Dios. Pasaje encantador que prueba, alegóricamente, el valor de la mujer. Esta *halló gracia delante de Dios;* se divinizó su progenie, porque un Dios se inclinaba hasta ella. ¡Salve, mujer! Salve paloma bíblica que traes al mundo el olivo de paz! ¡Salve, ave celeste, que vienes á nunciarnos que ya el diluvio de la barbarie ha terminado! ¡Salve, mística mensajera, que, saliendo de una arca desconocida para el hombre

prevaricador, nos das la nueva feliz de que el reinado del amor y de la civilización, la éra de ventura comienza con tu engrandecimiento! Porque de tu mayor ó menor educación depende la felicidad de los mortales: porque de tu virtud está suspendida la humanidad: porque eres el arco iris que en el cielo del progreso aparece sonriente: porque tu honor es nuestra vida: porque los hijos bendecimos á las madres: porque nos das el alimento y, pequeñuelos, del pezón de tu pecho asidos, aprendemos la base de la moral, las primeras lecciones para el porvenir: porque jugueteando en tus rodillas, hemos soñado con dichas indescriptibles, divisando horizontes de agradable perspectiva, ilusiones inolvidables, ¡salve, mujer! El himno que las generaciones venideras te cantarán será inmortal. Porque entonces tú ya llegarás al cenit: educada y virtuosa, amada y respetada, ennoblecida y pura, te pondrás á la altura de los siglos que ca-

minan á paso de gigantes al encuentro de la ciencia. Los pueblos que más te santifiquen con sus obras dignas, serán los más prósperos; las naciones que cuiden de tu honor serán sabias, las repúblicas que no te esclavicen ni prostituyan serán la palabra y la fuerza del mundo. Día llegará en que, al contemplar la colosal manufactura de la educación femenina, se bendecirá su obra; y el canto, como el de la Virgen de Belén, será: "Gloria, gloria á Dios, al Dios de las alturas, porque él miro la humildad de su sierva, y he aquí que desde ahora la llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque hizo con ella cosas grandes el Todopoderoso cuyo nombre es santo. *Quia respexit humilitatem ancilæ suæ: ecce enim ex hoc beatam dicent illam omnes generationes. Quia fecit illa magna, qui potens est: et sanctum nomem ejus*". ¡Salve, mujer! Tu estatua, como la de la Libertad en la bahía de Hudson, iluminará el piélago profundo de

la vida. Porque la mujer será faro seguro que, despidiendo rayos de fúlgida luz, nos irá anunciando la deseada costa de la felicidad. Como las antiguas espartanas, engendrara héroes. Ordenará que antes mueran en el campo de batalla que, vueltos de ella, vivan sin honor. Serán como otras sublimes Lucrecias que votarán por el anonadamiento en caso de brutal profanación. Porque la madre que alimenta á todos los séres es el honor; sin él, nada existe. Sin él, la mujer no podrá decir con orgullo: "*Ego sum mater pulchræ dilectionis, et agnitionis, et sanctæ spei*". "Yo soy la madre del amor hermoso, de la ciencia y de la santa esperanza". La Biblia es rica en alabanzas á la mujer, respira, en ocasiones, un aliento voluptuoso: de entre sus páginas se derrama una pasión ardiente por ella, pasión que llega al erotismo. El Cantar de los Cantares es un soplo que abrasa; un soplo de fuego, una hoguera donde se quema incienso á la mujer.

¡SALVE, mujer! Gloria eres de la Jerusalén terrenal, de la ciudad maldita que arrancó lágrimas al que tantos bienes la consagró, á Jesucristo. Alegría eres de Israel. "*Tu lætitia Israel*". Porque sin tí esta tribu miserable sería una horda de forajidos, sin tí la existencia una noche prolongada, sin tí la juventud un infierno, sin tí el hombre una bestia de instintos sanguinarios. Tú eres el honor del mundo, tú la abogada de los indefensos. Cuando el último recurso se agota, cuando las lágrimas se secan, cuando lo inexorable se cierne como un buho siniestro presagiando la tormenta, sólo una criatura remedia el mal; sólo un sér débil se hace fuerte, la mujer. Ella obtiene el perdón para el reo sin auxilios; ella suplica, y el pecador se redime; ella llora, y el culpable se vuelve santo. Abogada es la mujer, abogada grandiosa que abre su manto misterioso y cobija al desgraciado. Lo que ella toca, como un

Midas prodigioso, lo convierte en alegría, en bienestar, en consuelo, cosas que valen un tesoro. Faltando ella, las tentaciones nos acosarían sin misericordia. Los diez mil demonios que, según la leyenda, martirizaron á San Andrés Avelino en su lecho de muerte, despedazarían nuestras almas sin compasión en ausencia del ángel que ahuyenta los espíritus infernales.

De una costilla de Adán tomó forma la mujer; y, á su vez, en el vientre de ésta tomóla el hombre; y de esta cadena infinita va saliendo la humanidad. Sus eslabones son estrechos: romperlos sería un crimen: la naturaleza quiso que, en esta armonía universal, viviesen unidos, se ayudasen mutuamente, para que la cadena vaya creciendo, como aquella de oro macizo que nos cuenta el divino Homero, y llegue al cielo, colgando la humanidad de ella; ascienda á las alturas levantada por el que todo lo puede. ¡Salve, mujer!: de tu

vientre brotó el hombre. Y la que solícitamente nos guardó en su seno bien merece la pena de ser respetada y amada con predilección. Afirman los fisiólologos que el hombre hereda el talento y carácter de la madre y la mujer del padre. Si fueron grandes los Gracos, los Catones, los Cicerones es porque tuvieron en la familia Cornelias, Porcias y Tulias, mujeres eminentes. Si perversos fueron Calígula, Cómmodo y Nerón es por la licencia de Julia Drusila, Faustina y Agripina. Son ilustres Cuvier, Walther Scott, Byron, Chenier, Rousseau, Lamartine, Mozart, Van Dyck, el notable pintor del género histórico, y otras celebridades más, porque les cupo en suerte madres buenas é inteligentes que supieron estimularlos y desarrollar su genio. El gran Jorge Washington debió á su noble y virtuosa madre, María Ball, su educación. Esta inmortal mujer supo hacer más que los deficientes maestros de la heroica y

austera figura de Virginia: influyó la grandeza espartana de tan egregia madre y ejemplar viuda en el carácter de Washington y en su magna obra de liberación.

La mujer es la semilla de la humanidad: si es buena su producción será opima; si se deteriora, sus frutos serán pútridos y dañosos.

V

He intentado la apología de la mujer en su legítima acepción y en la esfera de sus merecimientos. Réstame hablar ahora de la que es sólo remedo de mujer, de la muñeca. Hay de varias clases, desde la muñeca aristocrática y de *biscuit*, hasta la de moyuelo, la *chullita* de pretensiones, orgullosa en medio de sus deficiencias y nulidad. Unas se distinguen por el vestuarito de seda que ostentan, otras por la simpatía del rostro; pero todas, en su interior, son de factura despreciable: almitas

de trapo, armazones superficiales de alambre, cuerpos de cartón, cabezas huecas, aire, vanidad, apariencia. La educación en ellas es un mito: despectivamente la suelen hacer la mamola. ¿Qué educación podemos pedir á las muñecas, si valen sólo por el ropaje, por los adornos que llevan? ¡Ay del hogar representado por una muñeca que no aporta más mérito que el de la elegancia inconsulta! Todos estos males se deben á la falta de una sólida educación. Entregadas las muñecas, como un trozo de masa ó de cera, á la elaboración de gente que no procede á las claras y que ignora de la vida casi todo, salen de sus manos anuladas para las lidias provechosas y cotidianas de más tarde.

DESGRACIADAS las naciones en las que la dirección de las niñas se encuentre monopolizada por personas ligadas con votos y en donde sean éstas las únicas motoras del porvenir de la mujer, las que jueguen con ella, amol-

dándola á su voluntad y sabor ó dejándola más blanda que unas martas.

SEGÚN su estrecho criterio, impropio sería obligarles, por ejemplo, el aprendizaje del baile, del arreglo y cuidado de un menaje, de las correctas recepciones sociales, de algo que revele pesquis y gusto, como la organización de una fiesta, paseo, banquete, asistencia á teatros, etc.

¿PARA qué enseñarles tales cosas?, preguntarán los timoratos. ¿Para qué? A fin de que se manejen como verdaderas mujeres cuando salgan del encierro y entren en sociedad, sin sufrir sonrojos; á fin de que estas notas de urbanidad, estos conocimientos, que no significan meros adornos, sean joyas más aquilatadas que las que tan campantes lucen sobre sus vestidos, cual si llevaran el mundo por montera.

SUMINISTRARLES, igualmente, nociones de culinaria, de costu-

ra, de aplanchado, lavado, crianza de niños, desinfección, uso de la aljofifa, etc., para que las futuras madres de familia sirvan de consuelo en el hogar, de ayuda para los suyos, inscribiéndose en el rol de las mujeres prácticas, de las verdaderas esposas.

EXIGIRLES, además, el estudio de la gimnasia y su aplicación, con diarios ejercicios, que son el secreto de la salud, la amiga predilecta de la higiene y la madre del desarrollo corpóreo.

LA intransigencia de secta guarda á las veces ojeriza á la gimnasia, la cree práctica inmoral, impropia de la delicadeza de las ninfas mimadas ó quizá alguna pasión vesánica. En países que van á la vanguardia del progreso, da gusto contemplar los múltiples aparatos gimnásticos de los colegios de niñas y el asombroso desarrollo muscular de éstas, gracias á la diaria aplicación de aquéllos, que bri-

llan por su ausencia en muchos establecimientos que no corresponden á las aspiraciones del siglo y sufren de apnea moral y física.

La música, principal hermana de las Bellas Artes, enséñase allí á la barata. ¿Dónde la educación armónica, el conocimiento de las diversas escuelas, la parte científica de la enseñanza? Cinco y seis años estudian piano las alumnas internas, derrochando para tal aprendizaje sumas relativamente ingentes, y salen de esa clase de colegios sin saber nada á la postre. Las de escaso peculio, peor que peor.

Con todo, hallaréis muñecas que, con mucha coquetería, deslumbrándoos con su aire de afectación, recorren las teclas del piano para destrozaros los oídos y haceros rabiar.

Ni la dulce música sagrada poseen; este inefable raudal de armonías que despierta en el

alma remembranzas y ternuras infinitas.

CADA día resalta más la incompleta educación que dan ciertas congregaciones exclusivistas que se aislan del mundo sin recordar que viven en él.

LAS clases acomodadas buscan profesores particulares para sus hijas, lamentándose de la falta de método de varias maestras encastilladoras que no pasan del piano, y prescinden en absoluto del violín, de la mandolina, guitarra ú otro instrumento cualquiera.

PIANO y piano, pésimamente enseñado y puesto en ejecución á la diabla, hundiendo tanto los dedos en el instrumento, como si las teclas fuesen cangilones de noria!

LA pintura, no la nombremos. ¿Habrá todavía horror al desnudo en plena invasión del arte espléndido del siglo XX? ¡Qué

paseen por los museos de Europa, que visiten sobre todo el Vaticano las púdicas enamoradas de lo bello, velado y deforme!

¿QUÉ cara pondrían al contarles que madama Von Doenhoff, hoy condesa Von Buelow, esposa del canciller del Emperador Guillermo de Alemania, se prestó de buen grado para servir de modelo al gran Makart en su cuadro "La entrada de Carlos V á Antwerp", en el que dicha dama aparece desnuda?

UNA legión de señoritas, en anuales exposiciones de pintura, han trabajado santos y cuando más copias vulgares, sin indicios de coloración, á no ser la del carmín con que embadurnan sus pómulos dignos de lástima; pinturas sin originalidad ni expresión, á no ser la de la crema de perlas con que untan su sedosa tez de muñequitas de porcelana.

Lo curioso es que, una vez ya en la casa, no son capaces de de-

corar las habitaciones del hogar ni poner de relieve el aprendizaje de alumnas internas que cosecharon aplausos en la exposición anual.

¿DÓNDE las creaciones hijas del estudio detenido y del buen gusto; dónde la floración del arte; dónde la escuela de estética que, como valiosa simiente, han dejado las manufactureras del corazón de la niñez en tántas generaciones que han pasado por sus manos?

¿Y el canto? Saben á maravilla gritar las letanías, entonar con voz chillona villancicos ó graduales.

¿TAL vez han aprendido las niñas á tararear alguna pieza clásica, algún fragmento de ópera ó siquiera de zarzuela en aquellos colegios?

SI tal sucedió, de vez en cuando, fué para salir airosas de las horcas caudinas del examen público, al que rara ocasión asis-

ten personas dignas de la garnacha. ¡Una piecita traqueteada todo el año!

¡DECLAMACIÓN! ni nombrarla. El imprudente que á tanto se avance retrocederá víctima de acre censura.

¿HABÉIS oído declamar una poesía ó pronunciar un discurso á las educandas? ¿Os acordáis de aquel tonito machacón y del mecánico movimiento de brazos, de aquellas ansias de volar y de aquellas congojas como de intoxicación? ¿Hay propiamente clases de declamación en esos planteles de enseñanza femenina? ¿Tienen derecho las alumnas á solicitar el aprendizaje de materia tan importante? Desde la correcta pronunciación del idioma castellano se descuida. En el trato familiar, en especial, ¿os habéis fijado como hablan, cómo estropean la gramática? Sin ésta, ¿qué literatura podréis exigir?

Como conversan, escriben. ¡Qué cartas, qué ortografía, qué garrapatos, voto al Chápiro! Tan primitivas son, que me recuerdan los benditos tiempos á que se refiere el gran Juan León Mera, en los que no querían las madres de familia que sus hijas supiesen leer y escribir á fin de que no mantuvieran correspondencia con los enamorados.

¿Y la lectura? Da risa oir leer á muchas muñequitas. Mientras tanto, en los templos, con garbo y coquetería, devoran en sus devocionarios lujosos oraciones y epifonemas, como cotorras. ¿Qué clase de lectura es ésta? Sin buena lectura no puede haber correcta declamación. ¿Habéis presenciado las representaciones de colegio, las comedias cursis de algún literato ratón de convento?

Con estos antecedentes, no se cultiva la afición á los espectáculos, á las honestas diversiones, á los teatros, centros moraliza-

dores de reunión, escuela de costumbres, que dijo Olmedo.

No me cansaré de increpar severamente á quienes son responsables de tanto atraso y mojigatería.

¿Descuidarán de bregar por la enseñanza de la niñez los que se precian de progresistas, liberales y humanitarios? ¿Permanecerán impávidos en presencia de lo que constituye la felicidad de las naciones—la educación de la mujer?

¡Oh, varones que tanto declamáis bellas teorías de *feminismo*, filósofos que anheláis la autonomía de los pueblos por medio del engrandecimiento social de la mujer, soñadores que miráis los horizontes de la patria clareados ya por la aurora de la instrucción del bello sexo, por la perfectibilidad de su espíritu, no desatendáis la propaganda siquiera de la instrucción primaria para estas adorables criaturas

que imperan con tanto derecho en el mundo, á fin de que sean legítimas reinas de él, á las que miremos con respeto y no con curiosidad, como á las muñecas ó á las ninfas de Henner, del que dicen que pintó cien veces el mismo cuadro, multiplicando de este modo una sola figura en todos los salones!

VI

Siempre que la indiscreta realidad levanta el velo de lo que la intransigencia considera todavía como no atacable y sagrado, suelen los falsos prosélitos de una religión cualquiera poner el grito en el cielo y ver prevención ó mala fe en la honrada y franca exposición de hechos que, apoyándose en la verdad, sacan triunfante á la prolija observación. Por esto, me abstengo de nombrar, con sus pelos y señales, los establecimientos docentes femeninos á cuyos vicios de educación he aludido muy á la ligera.

PARA continuar con una labor que conjeturo plausible y leal en el fondo, por más que la forma carezca de amenidad y galanura, sírvame de ejemplo algún plantel de educación, regentado por maestras que, encerradas en las estrecheces de conciencia, como en las de un claustro, ignoran los combates de la vida práctica, los conocimientos que para vencer son precisos y el rumbo que en países florecientes la civilización imprime á la mujer.

ATRAVIESA una niña el vestíbulo del colegio á donde va á internarse. Entre otras cosas que modifican su carácter, lo primero que aprende es á amar. No se crea que esta noble pasión es como lo exige la naturaleza, ó siquiera afecciones puras de una alma soñadora y virginal: su amor es místico, excéntrico, absurdo. Teresa de Jesús expuso que el infierno es el lugar donde no se ama; pero el amor de las precoces educandas, aunque po-

blado de quimeras, está lejos del de la divina Doctora carmelita.

Ámanse las alumnas entre sí, buscando, en la más simpática, una confidente á quien confiar sus sueños infantiles, en medio de la pantomima amatoria, de los requiebros, de las cartitas, del mal recado, de los celos y ósculos pudorosos. Suele enfriarse el amor y ábrese entonces la válvula del enojo baladí, por la que respiran las pasiones en embrión. Codeándose en las clases, juntas en la capilla, vecinas en el dormitorio, no se hablan ni quieren verse. El resentimiento de juego, fermentando poco á poco en el alma, conviértese en odio serio y duradero.

El afecto que se dedicaban las alumnas, trasmítese á las profesoras. Según su mayor ó menor bondad y simpatía, transfórmanse éstas en inconscientes ídolos de sus discípulas.

—Leocadita, ¿quién es tu *querida?*

—Mi nena Niquito, amorcito, tan buena que es.

—¡*Atatay!* qué ha de valer la motilona! Mi *querida* es la Zutanita, tan agraciada y de buen carácter.

—La mía es la Perenceja, de ojos tan vivos y de genio tan complaciente, y por ella estoy como alma en pena.

DIÁLOGOS parecidos se escuchan, á diario, en las adorables charlas juveniles é intimidad de las amistades de internado.

NO sé cómo califique la ciencia á esta fiebre amatoria, á esta monomanía del cariño, á esta casta impudicicia, fisiológico y temprano despertar de la naturaleza; pero lo evidente es que las enamoradas colegialas ejecutan actos de abnegación, de locura increíbles por complacer á á sus queridas. Cítanse casos, que he oído de boca de varias protagonistas de estos dramas amorosos, que sería inverosímil,

imprudente y hasta ridículo reproducir. Cualquier prenda de vestir, flequito, hilacha, cabello de la estrella de sus insanas visiones y febriles pensamientos tiene mágico poder y es talismán de mayor eficacia que la maravillosa lámpara de Aladino. Lo guardan con veneración y le besan con tierno afecto. Los mendrugos que desprecia la adorada los devora con avidez quien por ella muere en el silencio. ¡Una niña bebióse el agua sucia de la aljofaina donde su querida se lavó la cara!

No son raros los juramentos á la manera de los escitas y los ensayos de primitivo é inocente tatuaje con la sangre de la vestal á quien aman.

Con una palabra convencional, con una reticencia de tres letras que todo lo allana, alcanzan las alumnas lo que quiera.

Por,.... por....; y esto basta para, de rebato, obrar prodigios. Ese *por* esconde una *Fulana*, un nombre elíptico á cuya

velada evocación se abren las puertas de lo imposible. Por,... por.... quiere decir, por la idolatrada Barbarita, Teresa de Jesús, Eulalia, etc.

De estas reconcentradas inclinaciones brotan, como causa para agrandarlas más, los regalos fomentadores de la pasión, que empiezan por ser piadosos: ora un recuerdo, he aquí la palabra favorita; ora un símbolo de cumpleaños; ora un testimonio de felicitación por cualquier acontecimiento ó fiesta del plantel, con arreglo al martirologio de la institución ó la idiosincracia de la profesora predilecta: alegorías religiosas que representan ya santos del calendario, ya emblemas de la eucaristía, ya pasajes de la pasión, ya retratos de fundadoras de archicofradías ó de la causa del sacratísimo corazón de María, del diligentísimo pastor Jesús que lleva sobre sus hombros á la mansa y blanca ovejilla que se descarrió por zarzas, andurriales y ajenos arriates.

CRÚZANSE, entre maestras y alumnas, las oraciones selectas, las máximas cortas, los lemas místicos, con rasgos biográficos y anécdotas de beatas en camino de canonización; las estampitas, unas de seria factura, otras de orla, calado y cintas relumbrantes, todas de pacotilla, que llevan al reverso la consabida inscripción ó dedicatoria, que envuelve, aunque con letra garrapateada, alguna declaración amistosa ó galantería de cándido tenorio invertido.

¿CORRESPONDEN ó no las favorecidas con tanto cariño al amor de sus ciegas devotas?

¿DESCIENDEN ó no de lo alto las disimuladas preferencias, so pretexto de premiar la aplicación, la buena conducta, el exacto cumplimiento de los deberes de las súbditas?

MAS también como, lógicamente, los superiores son más positivistas que los inferiores, la bon-

dad *gratuita* que aquéllos demuestran por éstos es un reclamo comercial.

SIN sentir, se enseñorea la propaganda del culto. Lo recomiendan con milagros recalcados hasta la saciedad, portentos acaecidos en lejanos países.

PARA mejor disimulo del negocio, rezan de continuo, entre las devociones comunes, las que notan que van surgiendo en particular, aquí y allá, en el campo místico.

UNA vez preparado el terreno, siguen desempacando las grandes remesas de artículos religiosos procedentes de mercados europeos: santos flamantes con mil títulos de valía por las obras taumatúrgicas que ejecutan etc., etc. rosaritos de concha de perla, chucherías benditas, cuadros fantásticos de terciopelo, esculturas diminutas, libros piadosos con guarnición dorada, devocionarios, la mar.

DISTRIBUIDOS á buen precio entre las escolares, ilustran, edifican y educan mucho más que un cuaderno de historia, de moral, ó un tratadito de cocina. ¡Ya lo creo!

A fin de que no se resfríe la predilección, las obsecuentes alumnas compran aquellos objetos que fueron importados para la pingüe reventa.

AÑADIENDO á esto la afición provocada de antemano, el éxito es completo. Del colegio al hogar, media sólo un paso. Extiéndese el comercio é inunda, como un torrente, á la sociedad que heredó idéntica educación.

LOS confesores ayudan el beneficio, dando, desde el saludable tribunal de la penitencia, orden terminante de encomendarse á tal santo, consagrarse á esotro, ponerlo á un tercero de guardián á la cabecera del lecho, listo á velar el sueño y evitar las pesadillas.

CONVIÉRTESE, pues, en necesidad de conciencia el consumo de aquellas *espirituales* mercancías.

ESTUVO en boga (y juzgo que, hoy por hoy, no ha cesado la demanda) el *Niñito de Praga*, artículo que se agotaba, tan productivo era para la alcancía de las comunidades que, sin escrúpulos, ejercen disfrazada simonía.

AUN andan por ahí minúsculas esculturas del *Niño de Praga*, que son la novedad y la delicia de las chiquillas. Compran el bambochito venerando para proclamarlo, entre las muñecas, como ángel tutelar.

¡FETICHISMO sin culpa de la brillante y cándida imaginación infantil!

¡SANTAS bujerías de oriental efecto entre las pequeñuelas!

LLÁMASE la atención de las más grandecitas por otro lado.

PICÁNDOLAS el amor propio, se las enseña á confeccionar *detentes* ó agnusdéis artísticos.

VENDIBLE es la mercancía, sobre todo si se la anuncia como antídoto contra las tentaciones mundanales, símbolo sagrado que nos pone á cubierto de toda insinuación diabólica y nos protege cuando amurca el bravío Satanás. Llueven las leyendas piadosas, las consejas edificantes. Ayer la viejecita Mengana resbalóse al pisar un cuesco de aguacate. Fuése de bruces contra las piedras y se abrió el cráneo. Por fortuna, ocultaba, prendido al pecho, un *detente* soberano. En efecto, la mano de Dios se detuvo, se aplacó su ira, paralizóse el brazo de su justicia, y obrando la misericordia infinita, la anciana averiada no sufrió gran cosa: revocóse la dura sentencia de muerte repentina, pues falleció á los quince minutos del suceso, en memoria de los quince sábados y misterios.

DIFÚNDESE además el amuleto por ser obra de la fulanita, *que ha salido tan hábil;* especialidad de la perengana. Así el artículo adquiere más reputación y simpatía.

FILIALMENTE lo pespuntean bajo la solapa inferior de la levita ó americana del papacito, como un recuerdo. Después, circula el *detente* entre los hermanos y demás miembros de familia, en las diversas piezas de indumentaria apropiadas, escondido convenientemente. Y con sólo esto, la ciencia adelanta en automóvil, la ilustración camina en ferrocarril, los quehaceres domésticos obran por ensalmo, el arte viaja en aeroplano, se llenan las necesidades de la casa, los guisos resultan más sabrosos, expontáneamente y sin preparación alguna humea el puchero, las habitaciones se desempolvan y engalanan de por sí y la ropa remiéndase de suyo. ¡Oh, prodigio!

VII

Mientras tanto, la juventud femenina no se educa práctica y sólidamente: se le pegan, con suavidad, no sólo muchos defectos que adulteran la lengua vernácula, sino también vicios del lugar—en el que marchitaron los esplendores y gastaron las energías de la primera etapa primaveral de la vida—como zalamerías, encubrimientos, despilfarro y nulidad de acción.

La solapada chismografía, como un vientecillo sutil, se cuela por donde quiera que las agru-

paciones, *huyendo del mundanal ruído*, se encastillan en las torres de hierro de la adhesión, ciega y egoísta, á determinado sistema de ideas.

ADULADORAS no faltan que se vuelven trazas por halagar, constantemente y por escala jerárquica, á las representantes de aquellos principios, á costa y esfuerzos de los recursos de la parentela, que se agotan.

CUANDO se acerca el tiempo de andar novenas, de cualquier fiesta ó conviene aprovechar de la coyuntura, piden, con la mayor confianza, la cooperación eficaz de adictas tan aparatosas y bien portadas.

SEGURAMENTE la hija del rico fulano de tal posee bonitos cortinajes, la otra vistosas colchas, la de más allá elegantes candelabros, floreros, alfombras, colgaduras, y es indispensable que, en obsequio á María y por decisión á la causa, nos los pres-

ten. Muy bien; esto es darles en la tetilla, y Cristo con todos. Las obras de arte, los arreos del hogar van, derechamente, á tomar parte en los trisagios, meses de patronazgos, funciones y melodramas, públicos y privados.

NUNCA acontece redonda negativa.

COSTARÍA caro la terquedad en la otra y también en esta jornada, el día tremendo de las cuentas.... de exámenes. ¡Cuidado, además, con hacerles quedar mal á las niñas de los ojos, dominadoras del corazón, que se están educando y con las que sería un absurdo andar al morro!

OTRO día es el onomástico del capellán y no sabemos en la comunidad cómo festejarlo, humilde, pero originalmente, expone con estudiada distracción la superiora. La respuesta: ¡una cuota para regalarle algún objeto místico-profano, un postrador ó dedicarle una tarjeta!

La casa paterna paga la generosidad sugerida por las omniscias maestras, que son brava, linda pesca.

¿Es moralizador y económico este sistema de constante absorción espiritual y material, en nombre de una enseñanza mediocre, que no sabe de toda costura?

Adquirir gratuitamente lo necesario para la vida, recibir adulos y alabanzas, para trasmitir, á la postre, escasos conocimientos, he aquí el secreto de ciertas viandantes regeneradoras de la mujer ecuatoriana.

Con esto, el país, gana; la niñez se engrandece y los padres de familia más saturninos se alegran, como quiera que palpen el vano prestigio de tal pedagogía.

Contar la odisea de las pobres madres que se desviven por la educación de sus hijas y sacrifican sus alhajas y economías, sería muy doloroso.

ALMOHADONES, florecillas y otras zarandajas que cuestan—para aprenderlas á mal y mal cabo—un sentido, son su ciencia; en cambio, no saben pegar un gafete, soletear una media, zurcir un traje, cortar una camisa para la más pobre lencería. ¡Utiles y aparatos para fabricar una bicoca; carencia de una aguja y un dedal para hacer cosas de legítimo provecho!

ANSIA de sobrepujar, de jactarse, aunque la desventurada que le llevó en su seno agonice al peso de angustias y martirios sin cuento para que no sufra bochornos su descorazonada hija, educada en la escuela de la farsa por algunas muñecas legas que violentaron el corazón y defraudaron á la naturaleza, llenándose de cosas indigestas el cerebro, no así el estómago insaciable.

NO termina aquí el filón explotable, ni cesa el abuso. Padres de familia que os cuesta un ojo de la cara la decantada educa-

cion del bello sexo, ¿ha llegado á vuestras noticias las rifas de casa adentro? Son éstas un escándalo que pasa inadvertido. Con cuatro bujerías, regaladas á veces por las mismas niñas, reúnese un capital muy apreciable.

Á propósito de alguna festividad, es decir cuando se avivan los deseos de enviar considerable remesa de libras esterlinas á Europa, aunque sea en forma de pastillas de chocolate, ó cuando alguna visitadora de muchas campanillas ansía pasearse por estos mundos de Dios que son panal de miel para hambrientas moscas y El Dorado para lépe-ros aventureros, se descuelga la rifa de cajón.

Con destreza, valiéndose de los mismos trabajos de las discípulas, instalan la disimulada subasta, que asciende á un dineral, siendo postores ¡oh, maravilla! las aludidas pupilas.

Es obligación, siquiera por pundonor, suscribirse con una cantidad tal de boletos. Queda entonces la competencia establecida. Las que toman abundancia de números en la cuota común, esas valen más que las otras. Sus adorables directoras saben estimular el lado flaco de la niñez, aguijoneando su amor propio y aprovechando de la fruición que á la vanidad produce la lisonja. Las suscripciones del colegio se extienden á las familias. Personas extrañas empiezan á interesarse del asunto, imbuidas por quienes, aunque fuera ya del plantel, respiraron su atmósfera. Las ex alumnas arriman sus hombros á la empresa y se encaminan al establecimiento á cooperar con lo que pueden, una vez que en el hogar supieron cumplir á satisfacción el encargo de sus antiguas superioras y queridas de otro tiempo.

Con plácida negligencia, toleran los padres de familia semejante especulación, y no sólo la

toleran con sonrisa amable, sino que tácitamente la apoyan. ¡Influencias de la mujer en la vida social! Contemporizaciones debidas al empuje irresistible del elemento femenino!

Y así la moral, el cariño, el amor paterno sirven de pretexto para esprimir los bolsillos en beneficio de extranjera industria.

La pantalla mística aparece en todo.

"Nos vemos precisadas, dicen humildemente las organizadoras de tan ingeniosa colecta, á crear rifas para el sostenimiento del culto, á fin de ayudarnos en el ornato de la capilla y en las obras pías que hacemos. Contamos con la ayuda de gente decente y pródiga. La familia tal se ha portado en esta última rifa con laudable generosidad. Ella sola se abonó á la mitad de los números emitidos".

¡Qué gloria! La alabanza, como una corriente de incienso,

pasa de boca en boca, de las instituidoras á las alumnas, y en volutas caprichosas circula primero por los rincones del establecimiento para terminar en el seno de las familias.

ENTONCES viene la apoteosis ¡qué orgullo! para la niña cuyos padres se desempeñaron tan regiamente.

EL celo, la envidia cunde: nadie quiere ser menos; todas tratan de sobrepujarse. Hasta las pupilas pobres de fortuna intentan cualquier sacrificio en aras de la fatuidad. Las ricas derrochan, con exceso de santa prodigalidad, algunos reales, en cambio de la distinción, de la fama.

¡QUÉ argucias! ¡Y dirán que no se perpetran judiadas en América! Caballeros de industria no faltan aun en el bello sexo, notabilidades de lejanos países que ejercitan el arte de sacar la tripa de mal año.

Pólipos arraigados en este fecundo pedazo de tierra americana, propáganse con ligereza, absorviendo la savia que nutre á los más simpáticos arbustos de la República atada todavía al carro de la ignorancia. Hagamos esfuerzos desesperados por librarla de esa coyunda, á despecho de los astutos amigos que le conducen por los cerros de Úbeda al bello país donde se suele estar en eterna Babia.

No permitamos que se eleven más aquellos aeróstatos que engordan con el gas espiritual extraído de las fortunas de gente crédula y bondadosa, en tanto que quienes son óbice para sus planes de codicia van por extranjeras playas á consumirse con la nostalgia de la patria, lejos del hogar y de la familia.

Siguen las rifas. Tres cuartas partes de los números aparecen en blanco. El resto es premiado con disparates: rosarios de pacotilla, estampitas de

tres al cuarto, prendedores, alfileres, broches, que cuestan una bicoca, salvo los regalos de las educandas, son los premios gordos de tan descarada lotería sin autoridad pública.

Así, lejos de la economía, van educándose en la escuela del desperdicio del dinero y de la ostenta inconsulta.

¡PERO por algo la rifa ha sido con buen fin!.....

¡QUÉ el señor de la Justicia les premie en el cielo con el ciento por uno!

OTRA manera de elaborar la aurífera vena: las labores de mano. Aludí á los detentes ya. Restan las flores artificiales, las frutas de cera abultadas como mamblas, los almohadones, tarjeteros, consolas, jardineras, alfombras, etc., etc.

PARA darse el lujo de exhibir un objeto de esta naturaleza, con tarjetita al pie que acredita que,

de cabo á rabo, fué factura de la colegiala, se sacrifica considerable suma de reales. Cada objeto de arte trabajado en ciertas casas de educación cuesta tres veces más que si se comprara en el almacen de un judío.

SUAVEMENTE se va aumentando el desembolso de dinero: hoy para alamares, mañana para sedas, ayer para cintas y forros de raso, antier para brillantina y azahares. La canción se repite en variedad de tonos: pinturas, corchetes, papel de seda, abalorios, lanas. Cada día un nuevo pretexto, á fin de poder concluír la *alta y singular* obra maestra.

EN el hogar, esto es lo lamentable, no sirve de modelo para análogas obras, porque.... porque.... falta la piecita tal, el aparato cual, la maquinita de prensar, que no les ha llegado sino á las maestras; y quienes llevan las obladas que tañan las

campanas, aunque la familia se quede aderezada y sin novio.

Un tarjetero llegó á valer diez veces más del precio corriente, tantos viajes hizo á la casa en busca de dinero para los útiles. Vendido, no sacaba de apuros, ni mucho menos.

Mi fiel y honrada exposición es general: recalco este punto. Los institutos docentes que en ella se vean retratados que modifiquen su plan de enseñanza y no hagan más ese pan como unas hostias. A ninguno señalo con el dedo, menos lo nombro.

Que mis palabras no levanten una cantera, ni á causa de éstas haya filípicas y averiguaciones entre las alumnas, juzgándolas como á delatoras del espejo que exhibo, arrancándolo del más oscuro rincón de los planteles anormales. Por esto, no he querido singularizar algo más ciertas magistrales incorrecciones ni he ponderado el caudal que

los padres de familia emplean para educar á sus hijas, quienes todos los días llevan dinero al colegio, porque el gasto es como el santo pan de cada día, ya en forma de dulces y golosinas que ahí se ponen á la venta, ya de sorteos para extraer del mágico tambor un cucurucho de caramelos, un cromo, ó un ejemplar del *Boletín Eclesiástico*. Es un chorro incesante de plata que va cayendo en el fondo de esas casas docentes.

¿Os calumnio, mártires padres de familia? ¿No es verdad que invertís un Potosí para no sacar fruto alguno y para que todo el año escolar se vaya en fiestas, que es como gastar vuestra pólvora en salvas?

VIII

CUANDO, no solamente en los colegios de señoritas, sino también en los hogares, es tema obligado de las conversaciones la murmuración y la política, después del consabido exordio acerca del castigo de Dios á los disidentes, de las lluvias, de los casos fortuitos, terremotos y estados atmosféricos; cuando es marcada, en los planteles de enseñanza, la distinción de no-

bles y ricas entre profesoras y alumnas; cuando las estudiantes burguesas, las hijas del pueblo, las desheredadas de la fortuna son víctimas de la injusticia; cuando hay en la cabeza un mixtifori de conocimientos incompletos é indigestos; cuando la virilidad de la nación no cuenta con el apoyo del alma femenina, magna, heroica, emprendedora é ilustrada; cuando la economía, la modestia, la diligencia en las faenas domésticas no son los genios que alientan al espíritu mujeril, acerando su carácter y afiligranando su corazón; cuando la intransigencia sectaria aisla á las niñas entroncadas con personas de credo opuesto, hay derecho para llamar viciosa y de estrechos horizontes tal educación. No impera el espíritu magnánimo de generosidad, sino el de egoísmo y desprecio latentes. Las clases en reserva y especiales para las alumnas encopetadas que pasean con orgullo sus prendas de vestir; el odio á los periódicos de indife-

rentismo que, si asoman por casualidad quebrantando la cuarentena, son hechos girones, por más que sirvan de envoltura á confites, vayan como forros de libros ó se destinen para tapetes de un escritorio; el prurito, sin ton ni son, de hacer que los miembros del sacerdocio aparezcan como eternos mártires, como víctimas inocentes; la rápida transmisión de estas noticias por el teléfono del chisme; los comentarios despiadados y el rencor profundo contra todo lo que huele á reprensión de algunos abusos clericales por razones que haya para ello, pruebas son de intolerancia. De ahí que resulta nulo el principio de educación, porque desconocen tales partidarias las luchas por la vida y la preparación oportuna para afrontarlas. Son pura farsa aquellas escuelas de relumbrón, como el de las preciosidades que ostentan en exámenes y exposiciones y que casi todo es obra de extrañas manos, inservible para los casos prácticos.

Las consecuencias son tristes. Acostumbradas en los internados á tener todo á la mano, fácil y ya hecho, es hondo el desconcierto y falta de conformidad para los sufrimientos de más tarde. Les derrelinque el valor para sobrellevarlos. Adquieren desamor á la familia y olvido de ésta, porque la única predilección es el encierro. De aquí los malos matrimonios, la deslealtad al consorte so pretexto de ideas opuestas, las delatoras conferencias é intrigas bajo el título de sumisas hijas de confesión. El afecto va creciendo para el que preside el tribunal de la penitencia. Las cartas al director de las conciencias no respetan entonces distancias, lo mismo que las consultas cariñosas en todo lo que se relaciona con el hogar, con los parientes, amigos y vecinos. Del hogar, así lo dispone el ordinario, se sustraen los libros prohibidos por mediación de las hijas de familia. Suele aquél visitar casas y haciendas y mezclarse en todo, con paterna-

les caricias y consejos dulzones. La sugestión es poderosa. Asoman los falsos consuelos religiosos, la fingida misericordia divina, el histerismo, las hipercrisis, las escenas neuróticas que se desarrollan con la lectura de los héroes de novelas místicas, con los éxtasis y supremas melancolías. Engéndranse tal vez la predilección á la iglesia, los halagos y correspondencias epistolares para el confesor, los regalos de obras de mano: una relojera, una bufanda, cuando no objetos más costosos; el abandono de los quehaceres domésticos, la crítica á la familia, las correrías á los templos, el canje de eucologios y libros piadosos, el tiempo desperdiciado, las disputas para ganar el primer puesto en el confesonario. El sacerdocio, en fin, como un hilo de la hija de Minos, lo envuelve todo en el hogar, dejando en él su funesta influencia y encerrando á las familias en lóbrego laberinto, en vez de sacarlas de allí cual á Teseo.

Las misticonas cabecitas huecas forman castillos en el aire, que la rudeza y realidad de la vida los desbaratan al instante. Bajan del cielo que se forjaron á llorar su decepción, empampadas en la mísera tierra.

Triste desencanto. La educación que recibieron les encumbró á metafísicas imposibles y la evidencia de los acontecimientos, demostrándoles lo contrario, les hundió en mil contrariedades que no sospecharon siquiera, por falta de racional preparación.

No quiero, de propósito, hablar de la instrucción. Mayor bochorno para las muñecas sería penetrar en estos misterios. Me basta con la ligera ojeada acerca de la educación.

"En Inglaterra, dice el Conde de Chandory, no se emplea la palabra instrucción y no se conoce más que la de educación,

que se aplica á formar, á la vez, el espíritu, la conciencia, el corazón, la voluntad y el cuerpo mismo".

Ni educadas ni instruidas las muñecas. Algunos loritos pedantean de todo, causando risa por sus disparates. Una muñequita decía con mucho garbo en presencia de varios convidados, siendo ella la anfitriona: "De los *mariscos*, lo que más me gustan son las aceitunas". Imagínense si causaría hilaridad y lástima.

Esto me trae á la memoria la anécdota que cuentan del inmortal Franklin cuando estudiante de filosofía.

Corrigióse, muy joven, el sabio y justo norteamericano de la manía de alardear erudición, porque su padre, con sinceros aspavientos, llenóle el vientre de agua tibia, á causa de haberle oído decir que había comido moluscos acéfalos.

¡QUÉ diablo se ha metido en el estómago mi hijo Benjamín!, exclamaba alarmado el sencillo anciano. Hay que, á todo trance, hacerle arrojar eso, porque el muchacho está envenenado. Y lo que Franklin comió fueron simplemente ostras. Desde entonces, en sus obras científicas usó el lenguaje más sencillo.

No basta la ilustración para andar derechos por la senda del deber. Sin la educación, que moralmente hace el papel de fagocito, dirélo así, no es posible contener las tendencias viciosas, destruir los micrófitos del alma, formar ciudadanos de provecho, madres ejemplares, esposas modelos, verdaderas mujeres y no grotescos remedos de éstas.

"GRADUALMENTE, poco á poco, va desapareciendo de la sociedad aquel tipo de mujer tan admirablemente pintado por Matilde García del Real: "aquel tipo de mujer modesta, pudorosa, dulce, laboriosa, que cuida con

amor al marido, que alimenta á sus hijos con sus pechos, que se levanta con el alba, hila, cose, que ama y sonríe á todos siempre, que acude á la tertulia del hogar y al socorro del pobre", y al mismo tiempo intrépida, enérgica y abnegada hasta el sacrificio, como Agustina Ramírez, heroína de la segunda independencia de México, que al quedar viuda después de un combate, corre con sus doce hijos huérfanos en busca del jefe independiente: "Os los entrego, le dice, porque cuando la Patria peligra, los hijos ya no pertenecen á sus madres".

"Y en lugar de esos nobles caracteres descritos, gradualmente, va avanzando sobre la sociedad moderna el tipo del hombre nervioso, alcoholizado, díscolo y desconfiado, de ojos inquietos, atrevido y audaz, impaciente, frío y egoísta, sin familia, sin amigos, sin vínculos con sus semejantes, sin amor, sin corazón.

"Los hombres estudiosos, los autores de los mejores libros modernos, los hombres de estado que se preocupan por la suerte de los pueblos que les están confiados, todos los pensadores, en fin, están de acuerdo en que la situación nada halagüeña de la sociedad reconoce por origen, en parte, el sistema actual de educación, y que la escuela no da ya todo el fruto, todos los resultados que de ella debían esperarse, porque, si bien es verdad que el mundo marcha en el sentido de su perfeccionamiento científico y que diariamente nos sorprende un nuevo invento, un descubrimiento asombroso, estos pasos de gigante, no se deben, propiamente hablando, á la escuela, sino al esfuerzo individual, á las energías propias de pocos genios que nacen de cuando en cuando, de esos espíritus superiores y privilegiados que vienen al mundo, armados de un organismo especial y con la misión de mantener vivos los fueros de la razón humana y viva la

ley universal del progreso indefinido". (1)

Y en cambio de las figuras espartanas, de las madres de corazón y cerebro privilegiados, de las hijas obedientes y hacendosas, la defectuosa educación va engendrando temperamentos enfermizos, mujeres superficiales que no conservan otra ilusión que las modas, el personal aparato decorativo, la ruina de la familia, el derroche, el engreimiento, la fatuidad en progresión alarmante que algún día ¡ay! les hunde en el cilanco, cuando no en la coluvie.

PARA Teodoro Roosevelt, escritor y cosechero, político y cazador, militar y periodista, el carácter importa más que la inteligencia, y aconseja que se escoja aquél antes que ésta, si se ha de mirar por el progreso de las naciones y de los individuos.

---

(1) El Licenciado Arturo Ubico, Presidente de la Asamblea Legislativa de Guatemala, en su discurso de inauguración de la Escuela Práctica de Varones.

SIN carácter, que es fuerza de acción que salva de cualquier atrenzo, no hay salud para el alma ni para el cuerpo, individual y colectivamente, porque el gobierno de la voluntad, esa como rígida disciplina del espíritu, son cual la higiene y la gimnasia de los actos de la vida práctica.

A una muñeca de resorte, autómata, juguete mecánico, se le puede cargar de libros, desalojar el aire que contiene y llenarlo de la mejor sustancia, pero también se le puede uncir á un cochecito, darle cuerda, pararla de cabeza, modificar sus contorsiones y visajes para diversión de los muchachos. Manejada por otro, la pobre muñeca no es dueña de sus actos ni de sus voliciones que impriman carácter á sus menores deseos.

DESAPARECE el papel de ente racional, de mujer, para presentarse como carantamaula, rorro de trapo, sin conciencia ni firmeza de ánimo.

IX

QUE sobresalgan el carácter, la eficacia de acción, el valor moral á través de las tribulaciones y dolores terrenales.

"CREER que somos débiles es influir en nuestro organismo para hacernos débiles. No se puede llegar á la cima si se mira de continuo el precipicio. Las fuerzas activas necesitan medios activos. La corriente positiva de la dínamo no puede trasmitirse por el alambre de la corriente negativa. Tener la certeza de que somos inútiles, es desperdi-

ciar la mitad de nuestra energía", dice un autor moderno. (1).

PARA surgir hemos menester de la práctica, más que del idealismo infecundo; de la técnica de los oficios y artes manuales, más que de los de la metafísica; de la penetración real de la vida más que del ensueño místico.

CON la noble é inteligente combinación del altruismo con lo utilitario, ¡oh, mujeres! os engrandecerá el sufrimiento, el trabajo, la educación, el dulce consuelo, sin que lleguéis por completo á la obliteración personal, al último anonadamiento.

CON plegarias no se llena el estómago.

¿DIRÉIS que expongo ideas muy materiales y prosaicas? Son las de la faz común de la existencia. Revelan buen sentido y se basan sobre la lógica irresistible de la experiencia.

---

(1). Maximiliano Avilés.—Fuerza de acción.

Un cuerpo bien nutrido goza de sangre abundante en glóbulos rojos; la normal secreción de su humor, le pone á cubierto de la murria y de la irascibilidad; posee riqueza de fósforo en el cerebro y, por tanto, piensa bien y se siente con fuerzas, no sólo para los combates y peregrinaciones en busca del pan cotidiano, sino también para las nobles tareas de la inteligencia, porque discurre con racionalidad y no atenaceado por obseciones é ideas extravagantes, hijas de la neurosis.

Los cerebros anormales, los morbosos, los estómagos vacíos han sido arrastrados, en todo tiempo, al éxtasis y á las divagaciones que, á los ojos serenos de la ciencia, son enfermedades, como quiera que se las llame.

En capítulo separado me detendré algo más, reclamando la conservación de la salud. Hasta entonces, considerad las influencias de un estómago satisfecho

y que funciona bien, observad, en cabeza propia, el bienestar que hayáis sentido cuando el calor vital vigoriza los órganos digestivos.

La humanidad nos cuenta dramas sombríos, escenas espantables, en nombre de aquella víscera que os parecerá despreciable y que, sin embargo, tiene tiránicas exigencias y habla con verbo revoltoso y blasfemo. Ejemplos: las huelgas, las revoluciones, las calumnias, los infinitos dramas del hambre. Unos piden aumento de salario, otros empleo, los de más allá trabajo, los de acullá alta jerarquía en la sociedad, no tanto por la gloria como por la remuneración.

¿Por ventura las negociaciones diplomáticas no se ventilan con menudeamiento de banquetes, actos que acarician y abrigan los intestinos?

Nuestros padres, empapados en las altruistas ideas de libertad, de amor fraternal, de

unión y engrandecimiento popular, que hoy quizás parecieran un escarnio; nuestros padres, todo abnegación, todo inteligencia, todo espíritu, no se acordaron del vientre. Bolívar, desprendióse de su colosal fortuna por servir á la causa de la independencia, hasta el extremo de no tener una camisa para su mortaja, allá en San Pedro Alejandrino. Fueron al sacrificio, con desinterés, ya personal, ya colectivo, para decirnos: "Aquí tenéis la patria libre, hacedla venturosa. Terminó nuestra obra. Ahora es de vosotros la tarea".

Y nosotros, ¿qué hicimos? Ponernos á pelear, y á pelear sin descanso; matarnos, de padres á hijos, por nimiedades, ahogándonos en sangre hermana, cegando los manantiales de adelanto. Y en esa lidia de ogros consumimos nuestras más vigorosas energías.

De aquí que hemos vivido en la inopia y en el servilismo.

Eternamente se quejan los estómagos y vencen éstos á la cabeza. Por esto cometemos locuras y villanías.

Nos hemos ocupado, lustros de lustros, en bagatelas, desatendiendo el problema capital de nuestra educación. La mujer, sin estímulos, sin medios de encumbramiento, sin porvenir, sin guardarla respeto, no ha podido ascender á la cumbre de su perfección, desde la que colabore al poderío patrio.

Una mujer de grandes y negros ojos y alma viril abandonó su país natal en busca de educación. Fuése á los Estados Unidos y encerróse en el Vassar College, de Washington. Su aplicación fué tal que obtuvo el honor de ser una de las designadas para dar conferencias, entre cuatrocientas alumnas del plantel. Sólo diez alcanzaron esta distinción. Lo primero que hizo fué defender y elogiar á su patria. Ahora bien, esta pa-

tria para ella es el Japón. La educanda era nada menos que la señorita Jancakawa, hoy la marquesa de Oyama, esposa del Generalísimo Iwao Oyama, mujer que ha ejercido profunda influencia educadora en su país.

¡CUÁN sublime es la esfera de acción de la mujer altiva, ilustrada y de magnánimo corazón!

¡Oh, pueblos venturosos, en los cuales la mujer forma ciudadanos de provecho, hombres de bien y de brazo incansable para las contiendas del trabajo!

¿QUÉ felicidad es capaz de esperar una tierra, por fecunda que sea, donde la mujer, entre un cortejo de prejuicios, bebió desde la cuna el egoísmo sectario, la absorción de las preocupaciones, el espíritu de intolerancia, la falta de caridad evangélica, el exclusivismo más absoluto, todo cuanto miramos retratado en esta máxima autocrática del dogmatismo romano: "No hay salvación fuera de la

Iglesia?" ¿Es decir que, por fas ó por nefas, estamos condenados á seguir su mismo camino, porque, por poco que nos desviemos de él, no acertaremos á encontrar otros campos florecidos, otras regiones de luz? ¡La inteligencia y el corazón puestos al servicio de una sola causa, aun cuando muchas otras sean buenas! Esto no es lógico. ¿Puede haber mayor tiranía? ¡Fuera de la iglesia no hay salvación! Tremenda máxima, despotismo espantable, dominio de muerte.

El cielo es sin límites, y doquiera que dirijamos la vista, alcanzaremos á contemplar el brillo de una estrella. Así acontece con el bien. Doquiera que haya un campo benigno y fértil, un corazón sano, lucirá el bien. ¿Por qué restringirlo?

Partidario de la educación de la mujer, de la perfectibilidad de su sensible corazón, quiero para ella la piedad, entre un cortejo de virtudes. Que ame,

que crea, que ore. ¡Es tan grandiosa la fe de una mujer de noble alma! Lo que ataco es la exageración, el exclusivismo, la intolerancia de secta. ¿Acáso la flor del bien no puede brotar en cualquier pensil cultivado con esmero? La moral es universal, cosmopolita: no la hagamos propiedad de un imperio sólo, porque sería loco monopolio, ridículo *acaparamiento*.

Las ideas de paz y de amor son tan antiguas como el mundo. Como Brahma, como Sakiamuni ó Buda, como Purna, como Confucio, como Sócrates, Platón y Aristóteles, como Hillel (1), Jesucristo predicó esa augusta moral cristiana, por sí y por me-

---

(1) "Antígono de Soco, Jesús, hijo de Syrah y, sobre todos, el dulce y clarividente Hillel que precedió medio siglo al Nazareno, profesaban ya ideas muy elevadas acerca de la igualdad y la fraternidad, del amor y la confianza en Dios, de oposición al carácter oficial y á la hipocresía del culto dominante".—Juan Rosadi.—El Proceso de Jesús.

dio de sus doce apóstoles, como el hijo de Tsen por medio de sus diez sabios y sus setenta y dos preferidos. En aquéllos, como en éstos, la consoladora doctrina derrama los mismos exquisitos perfumes que ya aspiraron los innovadores y filósofos de otras edades.

Lo esencial es educar á las generaciones en la escuela práctica del bien, del trabajo, del carácter, del cumplimiento de los deberes, cualquiera que haya sido la límpida fuente donde humedecieron los labios sedientos de verdad.

Lo importante es formar buenas madres, excelentes esposas, sobresalientes hijas.

Hace más de veinticuatro centurias, Confucio apuntaba este precepto: "Respetad siempre ¡oh, hijo! á tu padre y á tu madre, si quieres que el Sér Supremo te dé un día hijos respetuosos y sanos, y una vejez tranquila y serena".

Esto dedica á los hijos; para el marido escribió el siguiente versículo: "Adora á tu esposa como la flor más bella que crezca en tu jardín, ámala tanto, perfúmala al nacer y al ponerse el sol, cúbrela de rosas y de lirios, inclínate ante sus consejos y sabias palabras; defiéndela hasta verter tu sangre si alguien pretende ultrajarla; de esta manera, te harás digno de su amor sincero que es la perla más preciosa de la vida conyugal".

Tiernas y poéticas palabras, á las que la mujer debe hacerse acreedora siempre, por el ejercicio de sus virtudes y el atesoramiento de méritos duraderos.

No es de glorias, de triunfos, de sonrisas y de flores muchas veces su camino. ¡Cuántos sinsabores, derrotas, lágrimas y espinas encuentra á cada paso! Su misión es ardua. Saber llevarla con inteligencia y resignación, he aquí la guirnalda á que debe aspirar, sobre todo si

es madre modelo. Necesita de la valentía de la acción y de la ayuda de sus fuerzas, no sólo morales, sino físicas. Su salud es un tesoro que, más que á ella, pertenece á sus hijos; por esto debe cuidarla, á fin de no dejarlos en angustiosa orfandad, tanto más tremenda cuanto menos educación les haya proporcionado; y además porque, alterando su salud, está en riesgo de perder el supremo bien que es la vida.

QUE haga lo posible por llevar á la práctica y penetrarse de este pensamiento de Leibnitz: "La virtud es el arte de hacerse feliz con la felicidad de los otros".

X

Un punto hay demasiado sencillo; pero no por esto menos importante: el verdadero bienestar, es decir, la salud, con la que, en el incesante tráfago de la existencia, se puede arribar siquiera á la relativa felicidad personal.

Con la salud crecerán las fuerzas para el trabajo; con el crecimiento de éstas, probablemente conseguiremos más dinero, en virtud de la economía; consiguiéndolo honradamente, lo disfrutaremos como es debido, y

disfrutándolo con mesura, nos acostumbraremos al ahorro, para, por medio de este prudente cercenamiento de los gastos ordinarios, asegurar los días inciertos del mañana y prever la tranquilidad del hogar, la paz doméstica, la comodidad para los hijos y, por tanto, para vosotras mismas, ¡oh, santas madres!, que os sacrificáis por ellos.

¡CUÁNTOS bienes se derivan de una salud completa!

¿PARA qué citaros una multitud de prescripciones higiénicas que, aunque necesarias, ya las conocéis, madres ejemplares, que sois una especie de manual de medicina casera, domésticas doctoras por la experiencia y el sacrificio, á quienes deseo vida más larga que la de los monjes del monte Atos?

NO podéis, por lo mismo, negar la influencia de la salud en vuestra moralidad ¡oh, reinas del hogar! No ignoráis que, como reza un antiguo y sabio aforismo,

sólo el cuerpo sano puede pensar bien, es decir, saludablemente. *Mens sana in corpore sano*. Pensando bien, se imprime rumbo laudable y provechoso á los actos más insignificantes de la vida; rumbo apartado de las sirtes engañosas del mal, de las emboscadas del odio, del torcedor de los arrepentimientos.

En vuestra condición de obreras del progreso, que en el taller del trabajo, con la doble misión de madres y educadoras, dáis vida al pensamiento de vuestros pequeñuelos, derramando sobre ellos el bautismo de las primeras ideas é impresiones y desempeñando un santo sacerdocio, necesitáis cerebro rico en materias que lo robustezcan, por lo mismo que la naturaleza de vuestras labores no es únicamente mecánica.

Todo desgaste os sería perjudicial, porque la tarea de vosotras, ¡oh, madres modelos!, no se concreta á manejar la coberte-

ra y dar movimiento á las ruedas de la máquina de coser, como en una noria: esto lo hacen los aparatos sin alma ó los animales sin razón; ni se limita vuestro cometido tan sólo á agrupar piezas de costura y trastos de cocina, sino á discurrir, á hacer primero una operación mental, leyendo el corazón y estudiando el carácter de las criaturas que lleváis en vuestros brazos, á fin de reproducir después fielmente en ellas, hasta donde su desarrollo intelectual lo permita, todo lo que discurrís en bien de las mismas, para dar á la blanda pasta laborable, al arbolillo flexible, forma y dirección convenientes.

Dos son, pues, los actos que ejecutáis en vuestra empresa educadora: uno completamente mental, es decir, función del cerebro, y otro material, que por la costumbre, por el diestro desempeño de los repetidos quehaceres domésticos, pudiera convertirse en maquinal, si no le precediera el de la inteligencia.

No creáis, por esto, que aludo á una psicología basada en la experiencia ó voy á deshojar algo como una rama de la pisco-física en embrión, que diría Fichner.

Si invoco el alma, si nombro al cerebro, no quiero significar tampoco que entraré á tratar de estos grandes agentes de la Biología, fuerzas poderosas, fuentes de vida.

Mi único fin es sostener que sin salud completa no hay moralidad absoluta.

El cuerpo humano, como que es extenso y se mueve en el espacio, pertenece á la esfera de lo material. Ahora bien, ¿qué relación hay entre el alma, es decir la conciencia, y el cuerpo? Para responder á esta pregunta de manera satisfactoria, se necesitaría ser sabio, conocer todos los fenómenos de la materia, todas las leyes del calórico animal, todas las causas que imprimen el movimiento interno, todas las acciones conscientes y

todas las que no lo son: en una palabra, distinguir claramente las limitaciones del mundo palpable y del desconocido, de la materia y del espíritu. Mientras esto no se descubra del todo, queda en pie el problema de la conexión enunciado, y sólo las hipótesis, más ó menos atrevidas, fatigarán la imaginación. Sin embargo, la ciencia ha adelantado hoy día mucho y llega hasta sentar el siguiente principio: "Todo fenómeno material debe ser explicado también por otro material". Sobre aquél se basa, sin duda, el corolario de un gran psicólogo, que dice: "La verdad y el bien no pueden determinarse sino desde el punto de vista humano y no se comprenden sin el conocimiento de la naturaleza real del hombre".

ESTA obedece á leyes, es decir, á fuerzas, desde que es materia organizada. Analizar esas fuerzas, que son gérmenes de vida, es del dominio de la Biología. A mí no me toca sino ex-

presaros que debéis conservar esas fuerzas en todo su vigor, es decir, que debéis cuidar vuestra salud. ¿Para qué remontarme á su origen?

"En primer lugar, ¿es cierto, pregunta Juan Finot, que no podemos vivir más de cien años? ¡Lástima que uno de esos filántropos que profesan el amor á la humanidad no haya pensado en procurarla pruebas convincentes de lo contrario! Dígase lo que se quiera, siendo considerada la vida, por la mayor parte de los humanos, como nuestro mayor bien, hubiera sido dulce saber que sus fronteras son más extensas de lo que siempre se ha pensado y creído. ¡Qué importa la opinión de los pesimistas, si para la gente sencilla y normal la vida encarna la quinta esencia de la felicidad aquí abajo! La felicidad de las muchedumbres rara vez la comprenden los filósofos. Dejemos á éstos sostener que la vida es una calamidad, un mal, un dolor, y

ofrezcamos á la mayoría el consuelo de que esa supuesta calamidad podría durar bastante más de lo que se supone". (1)

PUESTO que hemos sido lanzados á la vida, es menester, á brazo partido, bregar por mantenerla. Esta ley es poderosa. Traspasa los linderos de la razón y se transforma en instintiva en todo sér orgánico. Los reinos animal y vegetal presentan, diariamente, ejemplos de desarrollo de energía para guardar su especie, para vivir, en fin. Desde la planta que se pone de cara al sol para no marchitarse, hasta la hormiga que se abastece; desde el más humilde arbusto hasta el gigante de las selvas; desde el insecto hasta el rey de la creación, todos hacen derroche de fuerza para no morir. Y como todo vive en la naturaleza, ¿quién puede saber los

---

(1) *Filosofía de la Longevidad* por Juan Finot, Director de la *Revue*, antigua *Revue des Revues*.

esfuerzos desesperados que en los distintos reinos y en las diversas constituciones físicas hace la materia para perpetuarse? Si el calor se convierte en movimiento y si éste, á su vez, tórnase calor; si el agua que choca contra las piedras se transforma en otra fuerza; si los explosivos, si los motores y propulsores de las máquinas son fuerzas, en virtud del calórico; si en el organismo humano los fenómenos de la combustión son el secreto del movimiento de la masa celular, como en un reloj el desarrollo de su muelle, ¿por qué el ente racional no ha de aprovechar ese calor que es para él patrimonio de vida? La falta de salud es carencia de calor. El hombre en estado anormal, pobre de fuerzas, tiene menor temperatura. Muchas enfermedades empiezan por el enfriamiento. Si otras, como la fiebre, experimentan aumento de calor es porque, saliendo del estado normal, comienza la combustión de la sangre hasta que se carboniza

y viene el frío de la muerte. Ese súbito desarrollo de calórico enfriará más pronto la máquina, que se descompondrá rápidamente, perdido su equilibrio dinámico.

Y así como por el estado de calor del calderó se juzga de la fuerza que lleva la máquina, del mismo modo, según la salud de un individuo, se puede juzgar de su psicología, que es la ciencia del alma. Por tanto, su moralidad tiene estrecha relación con las buenas condiciones de su cuerpo. La fina envoltura de un artículo prueba el valor y bondad del mismo. Las joyas suelen encerrarse en preciosas bujetas. Sólo un desequilibrado pondría una perla fina en trasto viejo ó enterraría un diamante en el lodo. El alma del perverso tiene fea envoltura. Miradle sino el rostro. El os revelará las negras entrañas del malvado.

Una histérica, una anémica, una ictérica, pongo por caso, son personas físicamente viciadas,

tienen envoltura repugnante: su cuerpo es deforme á veces, otras raquítico; su semblante está abotagado, ó lívido, ó cadavérico. ¿Creéis que gozan de salud? De ningún modo: todo en ellas funciona trabajosamente. Su organismo desarreglado, su parálisis, sus convulsiones epilépticas son imágenes de su alma enferma.

¡CUÁNTA relación entre su morbosidad psíquica y sus dolencias corporales, entre las lacerias del espíritu y las físicas! Principio conocido es que de la percepción externa se va á la interna. "Ocurre en la vista del espíritu lo que en la del cuerpo: empieza por dirigirse al exterior", dice Höffding.

PERMITID que os cite una sentencia risible á primera vista. Billart Savarin la escribió: "Díme qué comes y te diré quien eres". Esta máxima vulgar, prosaica, como queráis llamarla, encierra un fondo de verdad fisiológica y psicológica.

Los pueblos bien alimentados son vigorosos. Ejemplo: los Estados Unidos. El trigo representa un veintidós por ciento de gluten, el maíz un doce y el arroz apenas un siete por ciento. Según Horsford y Boussingault, cien libras de trigo valen, nutritivamente, como 228 de arroz.

CUÁNTO influyen, pues, la calidad y proporción de los alimentos en la salud. Cuidemos de ella á todo trance.

SIN la higiene en los colegios, adquieren el germen de muchas enfermedades que más tarde empecen á los años de la vida. Si por suerte se aproximan á la ancianidad, ésta es prematura, llena de achaques y de seniles degeneraciones, á pesar de que, según las estadísticas mundiales, la mujer supera en longevidad al hombre.

LA vista es víctima de la luz artificial y de la lectura de libros de papel satinado.

El estómago padece por la mala selección de los alimentos y falta de regularización del apetito. No hay descanso antes de las comidas, é inmediatamente después del recreo, en el que las agitaciones son quizás excesivas, se va al refectorio.

Pero por lo común la dentadura es la que más sufre. Da pena mirar á un escuadrón de señoritas, en el vigor de la juventud, ya sin muelas; esclavas de los dentistas, que á menudo les ocasionan agudísimos dolores con sus descarnaduras, remiendos, horadaciones, engastes y otras mixturas dentífricas.

Las jaquecas, anemias, dispepsias son males frecuentes que se adquieren cuando faltó la higiene desde la edad temprana.

Caras pálidas, ojerosas y sin la hermosa y emblanquecida dentadura; organismos débiles, constituciones enfermizas, sumamente delicadas, tal es la herencia de una educación mal dirigida.

La juventud se despide cuanto antes: pasado el primer alumbramiento están hechas un emplasto, quedan incognoscibles, con las anticipadas huellas de una vejez intrusa. Las madres mal alimentadas dan sólo hijos enclenques; las robustas, una hermosa sucesión femenina. Los países pobres y las revoluciones dejan el tributo de los nacimientos masculinos, porque, según una ley de la embriología, en la mujer hállanse más elementos de vida que en el hombre. Lo mismo que en el reino animal, obsérvase en el vegetal. Las larvas hambreadas de las mariposas producirán machos y los pulgones de los rosales con las privaciones del otoño procrearán también representantes masculinos, dice Finot.

Las reglas higiénicas debieran ser las diarias oraciones á la salud. Enseñarles hasta la manera de dormir, á fin de que el sueño aproveche. Según las prescripciones del higienista

doctor Freislander, conviene dormir del lado derecho y ocho horas de los once á los quince años, seis ó siete en lo sucesivo, aproximadamente.

HUBO un santo en París que se amoldó á las exigencias del siglo. Partidario de la educación libre para las mujeres, les decía franca y risueñamente:— "Sed coquetas, montad á caballo, id á las carreras, á los teatros, *flirtad*. La vida ha sido hecha para gozar, pero con moderación, *á causa de la salud*...." (1)

Los creyentes levantáronle una estatua no ha mucho, una artística estatua en el parque de Arcueil. Me refiero al padre Didon, gran orador á la moderna, aficionado á la gimnasia, alto, robusto, atrayente. Después de sus famosas predicaciones de la cuaresma en el templo de Nuestra Señora, solía recoger limos-

---

(1) Palabras citadas por E. Gómez Carrillo.

nas para sus pobres. Llovían las piezas de oro de las ricas damas parisienses, la aristocracia del Faubourg San Germán. Era un santo orador, que comprendía el espíritu del siglo y velaba por la salud.

CADA día son más raros los séres que la pierden por el ayuno, cilicio, rigurosas mortificaciones ascéticas. En cambio, los martirios de la moda, los corsés, las privaciones nada místicas, el lujo van arruinando la salud de quienes, por un minuto de admiración y aplauso, comprometen seriamente la vida. ¡Oh, el fausto matador!

XI

No sé si escribiera una elegía ó más bien una tragedia al hablar del lujo. Levántase un clamor general: la dificultad de subsistencia, la creciente carestía de las cosas. ¿Quién tiene la culpa de todo? El lujo.

MODERADOS presupuestos mensuales alcanzarían para una modesta conservación. Mas, ¿qué sucede? Que lo que de preferencia debía gastarse en alimentos se emplea en artículos superfluos. Asoma entonces la cara

de hereje de la necesidad, el desequilibrio, el déficit matador. ¡Qué desbarajuste en el hogar!

CUALQUIER sacrificio es tolerable al de salir por las calles centrales ó pasear por los grandes almacenes de moda sin botitas extranjeras, sin trajes costosos, sin abrigos de marca europea, sin boas, sin guantes finos, sin piramidales y suntuosos sombreros. El gusto es engañar, ostentar, fingir esplendor. Para conseguir este triunfal desfile fugitivo, hay que fiar en el mercado, hay que abusar del crédito. Viene en seguida la trampa, en la hora negra del vencimiento. A éste, siguen el rostro amenazante del juez que cita, y la fisonomía temible del alguacil que intima ó requiere de pago; el juicio ejecutivo y el feroz embargo. Nuevos apuros creados sin motivo, nuevos hábitos imaginados por la demasía en el adorno, ruina de las exiguas economías, pérdida del reducido capital, de la limitada

herencia. ¡Cuánto dolor desprenderse de las queridas joyas!

Me asombro, me confundo, ¿por qué?, inquiriréis. Por el problema siguiente: ¿Cómo con veinte, cuarenta pesos de entrada mensuales pueden gastarse ochenta, ciento sesenta fuertes en el mismo lapso de tiempo? Matemáticamente me parece un absurdo. Y sin embargo, tal fenómeno se produce con frecuencia. ¿Qué clase de alquimia, de milagro es aquél? Conozco familias casi indigentes que, á fuerza de mil y mil martirios, comiendo mal y morando en destartaladas y estrechas habitaciones, logran reunir unos pocos sucres al mes. Sin embargo, las veréis en público con atavíos que cuestan un dineral, arrastrando seda y simulando regio esplendor. ¿Quizás viven sin comer? ¿Tal vez les cae del cielo sumas providenciales? ¿Por ventura descubren algún entierro - eterna soñarrera de la inopia en Quito - de la época incásica ó de los restos del oro

de la colonia? Explicadme este prodigio.

De aquéllas, sin duda, no se podrá decir lo que el poeta de las mujeres evangélicas como Marta, para quienes

"Es la virtud al par cruz y corona.
Marta, si no feliz, vive contenta;
Los placeres del mundo no ambiciona,
A los cuidados del hogar atenta.
Es la violeta que en verjel murado
Casta se oculta y con su aroma encanta,
Es ave que en silencio cruza el prado
Y tan sólo en su nido amores canta". (1)

¡Oh! no quisiera ahondar los cataclismos del lujo, que causa mayores desgracias en la sociedad que la peste levantina ó el vómito prieto: matrimonios desbaratados, existencias truncas, ideales marchitos casi en flor, juventud escarnecida por el demonio de la sospecha ó temprana y dolorosamente destrozada por el hacha del deshonor, escenas de sangre, suicidios, desola-

(1) Larmig.—Mujeres del Evangelio.

ciones, vergüenza, miseria moral. ¡Cuántos secretos dramas con un sólo autor: la seda!

Los padres de familia que seriamente meditan en tales tópicos, interróganse á menudo: ¿qué haremos con nuestras hijas? He aquí la respuesta que obtuvo premio en un concurso americano abierto con este objeto: "*¿Qué haremos con nuestras hijas?*". Dadles una buena instrucción elemental. Enseñadles á preparar una comida conveniente, á lavar, planchar, remendar medias, coser botones, cortar una camisa y hacer todos sus vestidos. Que sepan cocer el pan que comen y tengan presente que una buena cocinera ahorra gastos de farmacia y médico. Decidles que para ahorrar es necesario gastar menos, pues se tiene la miseria en perspectiva cuando se gasta más que las rentas. Enseñadles que un vestido de algodón pagado, vale más que uno de seda no concluido de pagar. Que sepan desde niñas

comprar y sacar la cuenta de sus gastos. Repetidles que un honrado obrero con delantal y en mangas de camisa, es cien veces más estimable, aun cuando no tuviera un céntimo, que una docena de jóvenes elegantes, vanidosos, imbéciles y casi siempre depravados, que ocultan su podredumbre bajo apariencias amables. Enseñadles á cultivar el jardín y á cuidar las flores. Después de eso, hacedles aprender el piano y la pintura, si tenéis los medios de hacerlo, pero sabed que esas artes son secundarias y ocupan poco lugar en la existencia, tratándose de hacer ésta feliz. Que aprendan, sobre todo, á despreciar las vanas apariencias, y que, cuando digan que sí, sea sí, y nó, cuando dicen nó. Cuando llegue el momento de casarse, inculcadles que la dicha en el matrimonio no procederá de la fortuna ó de la posición que posea el esposo, sino de las prendas morales y del carácter de éste. Si habéis aquilatado todo esto y si ellas os

han comprendido, abrigad la seguridad de que vuestras hijas serán dichosas y hallarán vía".

Con estas observancias, prácticas y caseras, los matrimonios tendrán probabilidades de felicidad. La economía es una excelente lección doméstica. Si el presente es venturoso, hay que pensar en el futuro incierto. Careciendo de fortuna, es criminal la pompa. En ciertos noviazgos de personas indigentes suele imperar el lujo, sin consultar para nada la renta. ¿Véis aquel deslumbrante traje de raso blanco de perla, con larga cola como de princesa, con bello delantero ornado de encajes, de anchos volantes, que descienden en *baldaquines* á lo Luis XVI ó en *quillas* laterales que van á perderse al rededor de la cola? ¿Miráis ese lindo velo, prendido á la española, como una mantilla, sobre el peinado, ó esa elegante nubecilla de tul liso y blanco, cual una aureola sobre la *toilette?* Bien está guardar el rango, lau-

dable es la distinción cuando hay dinero suficiente. Mas ¿qué diréis si tanta majestad, que amarga después, la gasta una pobrecita? No hay adorno é irradiación mejor que la corona de azahar. Aparentar grandezas de muñeca oriental, de porcelana de Sevres ó china de Dresde, esplendores de *marionettas* de Séraphin es solemnemente ridículo.

El fulgor del diamante, los visos del rubí y la esmeralda, el oriente de la perla enloquecen á ciertas esclavas de la galanía. Por conseguir tales joyas no reparan en medios. Demonio tentador y victorioso, tenorio de suma elocuencia es el brillante, que hace naufragar á la débil honradez. Combato el lujo inmoderado, el ostentamiento irracional. Emplear bien el dinero, cuando la suerte nos legó en abundancia, es muy logico; pero, en caso contrario, una tontería. Las exageraciones son malas, como las de una piedad recalci-

trante, que no quisiera ni peinarse, menos estrenar un vestido, levantar la vista ó hacer frente á la mirada de un hombre.

A propósito, esta fábula de Lessing:

"Mis Furias van poniéndose viejas y torpes, dijo Plutón al mensajero de los dioses.—Necesito cambiarlas por otras más frescas. Conque así, Mercurio, anda á la tierra y búscame tres mujeres apropiadas para el oficio.—Mercurio vino á la tierra.

"Pocos días después, decía Juno á Iris: ¿Crees tú que sea posible hallar entre los mortales dos ó tres doncellas austeras y virtuosas; pero austeramente virtuosas, me entiendes? Citeres se burla de la humana especie, y asegura que toda virtud ha desaparecido de la tierra. Anda siempre, y procura averiguar lo que haya de verdad en eso.—Iris partió.

"¡QUÉ rincón de la tierra no dejó por explorar la buena Iris!—Y todo inútilmente. Desconsolada se volvió al cielo sola, y Juno, al verla, exclamó: —¡Oh, castidad, oh, virtud!

"DIOSA, – le dijo Iris – podría haber traído tres doncellas austeras, virtuosas, púdicas, tres de aquellas personas que jamás se han permitido la menor sonrisa á un hombre, tres vírgenes que han sofocado en su corazón la más ligera chispa de amor; pero, por desgracia, llegué tarde.

"TARDE?, dijo Juno. ¿Cómo así? —Acababa de conquistarlas Mercurio para Plutón!

"¡PARA Plutón! ¿Y para qué pueden servir á Plutón esas virtuosas? —Para Furias".

NI el amor es pecado, ni la decencia desatino. La cordura debe alzarse en la mitad del sendero hominal. Ni lujo, ni orgullo á medida de la carencia de recursos y de merecimientos, ni

tacañería cuando se flota en la abundancia.

PIENSO con Carlos Richet que en compañía de la civilización hace su entrada triunfal el lujo, que es el bienestar desarrollado y, por tanto, una cosa buena, excelente, pese á Tolstoy (1) que critica, como objetos de pompa, el uso de los anteojos y se empeña en que no comamos pan blanco ni usemos jabón. Tales privaciones, á lo Diógenes, que arrojó por superflua su escudilla, porque observó que podía utilizar para beber agua del río su misma mano, encogiéndola con habilidad, son severidades exageradas.

EL lujo no es malo sino para los pobres por vocación y definición, que, no teniendo que ofrecer en almoneda, engañan al público con risibles fantasías. Como madonas de Donnatello, cual vírgenes de Blanqui, vaporosas,

(1) Placeres viciosos - Placeres crueles.

delicadas como ondinas, sílfides, libélulas de diáfanas alas ó mimosas, que diría un decadente, ándanse por ahí con su belleza andrógina, pero falsificada, llevando de calles á los transeuntes. ¿Son princesitas de lejanos países, la flor y nata de la aristocracia, á quienes sonrió la nobleza y el dinero, graciosas como una Primavera de Botticelli ó una Salomé de Chirlandajo? Nada de esto. Pobres muñecas, chiquillas polichinelescas son que no tienen sobre qué caerse muertas. Entrad á sus habitaciones: si en la calle os deslumbraron, en el interior de sus huérfanos cuartos, os dará grima.

La apariencia, la ostenta por fuera es su única preocupación, en tanto que, dentro, no hallaréis nada confortable: ni el menaje, ni la vajilla indispensables, ni un pequeño botiquín, nada. La salud se menoscaba allí á fuerza de tiránicas privaciones y la higiene llora de vergüenza en medio de tanta miseria. Todo

cuanto ganan con el sudor de su frente, cuando siquiera el espíritu del trabajo les acompaña, lo invierten en telas finas, en trapitos costosos, aun cuando el estómago agonice.

MAL entendida decencia, lujo inmoderado y de pega que les arroja en brazos de la anemia y de la temprana postración, aun cuando las escarpias, los escaparates, cómodas y baúles (si los hay) rebosen de ropa cara y fantástica.

¿ABRIR un libro ellas, hojear una revista ellas, escribir cuatro renglones ellas, aunque no fuesen memorias ni impresiones, pero siquiera apuntes de gastos caseros, piezas de lavado y otras cuentas indispensables?

EL gran guatemalteco D. José Batres y Montúfar, en la primera estrofa de su cuento *El Reloj*, trae este consejo que viene de molde:

"Aunque el aconsejar á las señoras
Lo juzgo necedad y es uso añejo,
Hace tiempo, bellísimas lectoras,
Que estoy pensando en daros un consejo,
Y es el de que robéis algunas horas
A la ventana, al piano y al espejo,
Y os dediquéis un tanto á la lectura
Por prevención para la edad madura".

¿IR á la cocina ellas, ocuparse de tareas manuales ellas, barrer ellas, tender sus desmantelados lechos ellas?

FIERO rayo parta en canal al atrevido que tal piense. ¿Cómo ha de ensuciar sus manecitas, cómo se ha de encanallar, ocupándose en oficios bajos y de gente de servicio, la muñequita perfumada que se contenta con golosinas, que sale al balcón á exhibirse, como el encantador *bibelot* en vitrina de luz tamizada atrae las miradas de los transeuntes; que se nutre con bombones, aun cuando el hogar llore de frío y el estómago agonice por falta de algo reparador y humeante, siquiera fuese un mal puchero ó un tazón de caldo?

Con pena oí á cierta *chullita* de pretensiones, huérfana, *educada* por la beneficencia de las que se dicen madres de la caridad, por no decir más bien *idiotizada*, pobre, aun cuando de graciosa fisonomía y de alucinador vestido:

"—Yo, si me caso, ha de ser para subir, para mejorar de fortuna y de condición. Pobre de mí, si algún día fuese á emporcarme en la cocina y mucho menos á picar cebolla. *¡Loca es tuviera!*"

Infeliz del esposo que se hallara precisado por la fatalidad á cuidar semejante joya. Ni con las obras del sabio Pablo de Mantegazza (1) podría pasar bien su luna de miel menos el resto de su vida conyugal.

"El matrimonio debe ser una elección, y para escoger bien

---

(1) Arte de elegir mujer, por Pablo Mantegazza. Fisiología del amor, por id.

hay que estudiar, hay que comparar. En una palabra, hace falta tiempo. Cuanto más detenido y minucioso sea el examen que se haga, mayores son las probabilidades de acierto. No seas impaciente para decidir: la impaciencia es signo de debilidad. Un célebre general romano alcanzaba siempre la victoria, porque sabía esperar el momento propicio para triunfar. En los combates de la vida, este sistema es el más eficaz y seguro. Saber esperar es el secreto de la tranquilidad, y casi estoy por decir que de la felicidad humana. Largas y minuciosas observaciones que he hecho en los diversos matrimonios que he tenido ocasión de conocer y tratar, me han demostrado que los que se casan cuando tienen experiencia del mundo, son más dichosos que los que estrechan el eterno lazo en los albores de la juventud. Así, pues, en mi concepto, aunque tarden algo en contraer matrimonio, no se pierde tiempo. Con razón dice el

antiguo refrán: "Antes de que te cases, mira lo que haces". (1)

Estas palabras se aplican perfectamente á personas de uno y otro sexo, ó mejor dicho, á los jóvenes en general.

Ni el hombre debe casarse con una muñeca inútil como la de mi relato, ni la mujer con un joven insignificante, vistoso arlequín.

Oiga Ud., señorita que recién ha contraído matrimonio, estos consejos con atención:

"La mujer aspira y debe aspirar á que el amor de su esposo se mantenga siempre vivo y siempre nuevo. El que esto suceda no depende de la voluntad del segundo, sino del discreto y atinado proceder de la primera. No debe, pues, la mujer entregarse confiada en la sinceridad de las promesas y juramentos de amor eterno que haya recibido,

---

(1) Pablo Mantegazza - Arte de elegir marido.

porque aunque la sinceridad de esos juramentos sea lo más cumplida, la mujer no continuará siendo amada si no continúa siendo amable. ¿Qué deberá hacerse para llenar esta condición? He aquí, en verdad, la cuestión más importante á los ojos de toda novia, de toda recién casada; sin embargo, la mayor parte de ellas no se preocupan mucho de este asunto, porque el atolondramiento y la presunción, naturales en su edad, las persuaden de que sus dotes y sus prendas, que fueron poderosas para cautivar al amante, lo serán mucho más para dominar el corazón cautivado. Desgraciadamente, las más de ellas se engañan, y este engaño es la fuente de grandes amarguras. La primera condición, la condición esencial que hace á una mujer amable en todas las edades y en todas las circunstancias de la vida, es una virtud sincera; pero no es bastante la virtud encerrada en el corazón: es necesario que ella sepa mostrarse en aquellas exte-

rioridades dulces é insinuantes que atraen, que embelesan, que dominan. Para mantener siempre vivo el amor de un esposo, es necesario conservar en todas las relaciones con él, con exquisito esmero, la modestia y el pudor de una virgen, que engendran y alimentan el amor. La familiaridad descocada, lo agosta y lo disipa. Los sirios y otros orientales usan una preparación que, tomada en cierta pequeña dosis, robustece las fuerzas y aumenta el esplendor de la belleza; pero el exceso en la medida produce un efecto diametralmente opuesto; las fuerzas se aniquilan y una consunción lenta, pero incurable, es el último resultado. Así suele morir el amor en muchos matrimonios". (1)

¡CUÁNTA sagacidad, cuánto tino debe emplear la mujer que penetra en el templo del matri-

(1) Carta á la señorita María Josefa Ospina, la víspera de su matrimonio, por su padre Mariano Ospina.

monio, en donde, como el fuego inextinguible de las vestales, es preciso que arda el amor, con llama clara, perenne! Á los encantos del espíritu harán coro las habilidades y elegancias de la materia, á fin de que esta eternal dualidad, sea el dúo más armonioso, el himno más dulce de los desposados. ¡Qué la novia sea un sol, que, sin mancharse, vaya pasando por do quiera le llame su deber!

Tampoco las atenciones manuales del hogar se oponen al aseo. No hay necesidad de lujo para presentarse ante el mundo siempre en traje correcto, peinada y arreglada convenientemente.

Los quehaceres domésticos jamás desdoran.

Son célebres las escuelas denominadas *Menagéres*, en especial la de Carlsruhe, donde funcionan cocinas para la instrucción práctica á las alumnas.

LA hija del Emperador de Alemania se complace con *ennoblecer* sus blancas y augustas manos en refecciones culinarias. La princesa Victoria Luisa, según los atinados deseos de Guillermo II, es lo que propiamente se llama una mujer de su casa. En una cocina especial, en Postdám, recibe la imperial cocinera diarias lecciones de aquello que tanto repugnó á la *chullita* vanidosa. El chocolate que la princesa Victoria Luisa prepara diz que sabe á delicias.

LA mujer del Czar de Rusia pinta con primor. No se desdeña de ensuciar sus dedos soberanos con los útiles de su arte. Nicolás II se complace cuando la czarina se dedica á ejercitar sus aptitudes sobre todo en la caricatura.

ASEGURAN que en Escocia hay una ley en virtud de la cual, antes de casarse, han de probar los novios: que el hombre cuenta con una profesión, oficio ó renta y la

mujer sabe bordar, coser, remendar, cocinar, lavar, etc. Deben probar también, mediante certificados médicos, que ambos gozan de salud. Sabia ley, si realmente se ha promulgado.

PRUDENTE es consultar el problema económico, fundamento de la tranquilidad conyugal.

CASAMIENTOS de pura simpatía, de amor improvisado, han rendido frutos siniestros y provocado tempestades en el hogar, sobre todo faltando la sólida educación y el valor para sobrellevar las tristezas de la suerte.

XII

Al concluir este ligero ensayo, debo, categóricamente, manifestar que no ha sido mi intención enredarme en disquisiciones de alto vuelo, tópicos de flamante doctrina ni trascendentales teorías feministas, sino aludir de corrida á uno que otro vicio de educación—sin tocar siquiera los inextricables—, que redundan en menoscabo de la más bella porción de la humanidad, la mujer, á la que en mis primeros y desgarbados capítulos he puesto en el lugar que le corresponde, no con elogios ni cumpli-

dos despampanados, sino con palabras dictadas por mi entusiasmo y sinceridad.

Bien sabéis que cuando escribí el vocablo *muñeca*, no quise, ni remotamente, referirme á la mujer de pro, ideal criatura que llena el mundo con sus hechos de incuestionable influencia social, hermosa y medicinal flor de achicoria abierta en este arenal obscuro de la vida.

La pizpereta, la muñeca, es algo baladí, alhajilla curiosa y de efímera duración, sin alma ni libre voluntad, una especie de *sloughi*, si me permitís el vocablo, individua que tiene muchas camándulas.

Por antonomasia, he aplicado este título, no á la genuina mujer, sino al remedo de ella, á su falsificación.

Nada es más peligroso que sentar acres y pesadas afirmaciones de plano, que abarquen ciegamente una clase entera, to-

da una colectividad; duras generalidades, por más que tengan viso de ser verdad tan grande como un templo, sin dejar constancia de las salvedades del caso ni tomar en cuenta lo que no se roza con la censura en globo.

INNEGABLE es la existencia de seres nulos sin excrez, hembras y nada más que esto, á quienes he denominado *muñecas;* como soy también el primero en confesar que en el sexo feo hay igualmente sujetos á quienes cuadra el calificativo de *muñecos*, jóvenes superficiales, sin oficio ni beneficio, de engañosa catadura, puro relumbrón, agentes que son brazos muertos para la industria, una amenazadora plaga social salida de no sé qué rincón; jóvenes con el magín lleno de insaciables ambiciones y de ensueños locos, por conseguir los cuales van á la ruina y quizás hasta la infamia.

LA ociosidad los corroe, el vicio les consume y el lujo les pier-

de. Ponen á flote el dicho experimental, aunque callejero, de que quien carece presume. Sin embargo, qué brillante aparato decorativo, qué despotismo, qué prosa, aunque les falten nipos.

¿DÓNDE las fuentes de trabajo, la renta asegurada, el pan almacenado para el invierno de la vejez ó para la familia en ciernes?

FARSANTES, cínicos y desprestigiados, su único patrimonio es la osadía y su nítido vestuario la dote que aportan á la vida común.

LA holganza les lleva vertiginosamente al vicio, y la fiebre de gloria y boato al crimen. Los pocos que salvan del naufragio, resultan ineptos para todo: campean su incapacidad y vergüenza, como un sambenito, doquiera les empuja la aventura, al cuartel ó á la burocracia, al vórtice espantable ó á la cima inmerecida, desde la cual, como un meteoro que rápido surca el es-

pacio, después de brillar sólo un momento, caen al abismo, á asfixiarse en la mofeta social, cuando al fin clarea la justicia y abre los ojos el criterio imparcial.

PROPENDER á que unos y otros, muñecas y muñecos, queden borrados de la sociedad, para que sólo haya entidades de provecho, es laudable tentativa, por pequeños que sean los medios que se han puesto en acción para comenzar la campaña.

EL plan más humanitario y factible para que desaparezcan los muñecos es arrancarles la marca que les desacredita, mediante la educación. Así los autómatas serán seres conscientes y útiles por su propia volición, almas fuertes y de beneficio.

EN primer término, la educación; después, el hermoso complemento de ésta, la instrucción.

CUANDO caminan unidas estas hermosas gemelas, forman el más noble ideal de perfección

humana. De ningún modo es acto reprobable ansiar que la patria pasee de gala á aquella espléndida pareja.

ESCASO, pobrísimo, es el núcleo de mujeres intelectuales en esta deliciosa y fecunda floresta tropical.

NI el libro ni el périódico han abierto los amplios horizontes que exige el progreso, entre la mayoría del elemento femenino del país.

PUÉDESE contar por los dedos el reducido número de mujeres de espíritu esforzado que caminan por la senda luminosa del magisterio, de las ciencias y de la literatura.

NUESTRA producción literaria es muy escasa. ¿Dónde está el pensamiento de las nuevas generaciones distribuido en libros, revistas y diarios?

CADA libro que aparece, cuando no es saludado por la indife-

rencia lo es por la desabrida censura, considerándolo como un niquiscocio.

¿DÓNDE están los noveles pensadores, "la santa pigricia creadora, que vive acariciando ensueños, los indolentes que inmóviles conciben mundos é iluminan sombras? Cuando la raza ha muerto y los templos derruídos se hunden bajo el polvo de los siglos, cuando los guerreros y sus espadas se han convertido en barro ínfimo y los mármoles y bronces han perdido las líneas del cincel, cuando las islas se han hundido en el hosco mar y el terreno de los continentes ha cambiado de formas, esos morosos soñadores perpetúan aún el nombre de sus patrias ya olvidadas". (1)

UN carácter excepcional, Marieta de Veintemilla, mujer del hogar y del estudio, de la aten-

---

(1) Dionysos, por Pedro César Dominici.

ción doméstica y de la investigación científica, alma viril, rompiendo las viejas preocupaciones y sobreponiéndose á las arteras enemistades de la crítica mendicante y ruin que picotea los minúsculos granos de la mies intelectual, cuando no tiene ya más semilla que devorar; crítica que, sin apartar siquiera el grano de la paja, levanta sus trébedes sobre mentículo de arena deleznable, que cree ella son cátedra de sabiduría; que muerde en vez de enseñar, para desplomarse, á la postre, bajo el peso del recto criterio al que no acierta á rebatir con robustas razones y bases fundamentales; Marieta de Veintemilla, alzándose animosa sobre todos, empezó á ensanchar el trillado camino de la mujer ecuatoriana y á mostrarle desconocidas é infinitas lontananzas, cubiertas hasta entonces con la bruma de la ignorancia y cobardía.

QUIERO, aunque sea en este sitio, consagrar, como una guir-

nalda de terebintos y tímidas violetas, siquiera algunas sencillas palabras de recuerdo y admiración á esta dama gallarda, á quien—en la plenitud y lozanía de una vida prolífica en ideas generosas—tragó la tumba, con la voracidad del avestruz que se engulle un naife ó una perla. Marieta de Veintemilla me inspira respeto: fué una grande alma de mujer—excelente como el exquisito Astí—, que nos honra á los ecuatorianos. Sus méritos son oro puro y no similor: abren el camino á la ilustración femenil.

Si la señorita Cecilia Buttizac, natural de Lausana, obtuvo no ha mucho el título de ingeniera, siendo quizás la primera mujer que se ha dedicado á las abstrusas matemáticas; Marieta de Veintemilla, tan animosa como ésta, entróse, con espíritu sereno, por los campos fragosos de la psicología moderna; que no es un correverás, y de la historia experimental para, disipando la

calígine, hacer ora deducciones atrevidas, ora cosas de mieles, que hasta aquí ninguna de sus compatriotas había intentado, por miedo, más que al gehena, al qué dirán, y por falta de preparación.

Recorrió, sin confundirse ni evocar el abracadabra escolástico, el laberinto de la filosofía no hebén, que dirían los arcaicos. Mañana el Ecuador perpetuará por lo menos las siglas de su nombre en el bronce, para estímulo y norma de las mujeres que pensaron mucho, que amaron á su patria, que estudiaron á conciencia y que escribieron, como en extensos suras, profunda y sentidamente, con frase ingenua que ni fué papelona, ni echó cortadillos jamás. Mujer excepcional, de su merecida fama apropiadamente expresaría que aunque malicia obscurezca verdad, no la puede apagar. Murió abrumada por la gloria, que de ningún modo le dió papilla, y martirizada por la investigación cien-

tífica cuya explanación anhelaba en sus solemnes torneos, en los que sabía librar la espada.

A la que en vida los admiradores de su talento de mujer ilustre preparaban espléndida coronación, justo es que, habiendo traspasado ya los umbrales de la inmortalidad, la patria, si acaso no se come de polilla, le consagre un monumento digno de su nombre.

¡Oh, mujeres, oh, ecuatorianas!, enorgulleceos á la evocación de tan preclara compatriota que honró vuestro sexo.

Fué moralmente más guerrera que Jordamuska Pukovitzcharowo, la célebre amazona que se puso al frente de una insurrección contra el Sultán de Macedónia, á fin de vengar las matanzas de indefensos campesinos consumadas por las tropas del Sultán: Marieta de Veintemilla peleó contra la ignorancia, contra las preocupaciones, para redimir á la mujer ecuatoriana

y vengar á la patria, matando los andróginos y estériles prejuicios. Vació con libertad, con audacia, cuasi con presciencia, su pensamiento, porque para hablar de lo noble y de lo grande no tuvo polilla en la lengua, como suele decirse familiarmente.

Ahí es un grano de anís lo que dejó escrito.

En tierra de envidias, cacoquimias y mezquindades, en donde no sólo al pobre el sol se le come, sino también á la mujer que trata de sobresalir, valor era producirse como lo hizo esa magnánima pensadora, ejemplo para muchas de su sexo que se contentan con papar moscas, cuando no las dejan, solas como el espárrago, vivir de motolito.

A cureña rasa resistió á la censura, que, si es innoble y de mal intento, no respeta nada y quiere, cual rugidor maelstrom, arrancar de cuajo las más firmes reputaciones literarias.

MUJERES de igual temple necesita la patria.

POR cada mujer que piensa, que observa, que trabaja, que enseña, que escribe sus investigaciones, que medita é inquiere, debemos sinceramente congratularnos.

QUE vengan en buena hora la mujer literata, la poetisa, la pedagoga, la de instrucción superior. Démosla paso, apoyándola de corazón.

¿POR qué enemistarnos con ellas, por qué hacerlas sistemáticamente guerra? Aun á riesgo de herir su modestia, citaría algunos respetables nombres de excelsas poetisas que honran á las letras ecuatorianas, si mi lema no fuera esperar, para las apologías, que los genios hayan recibido primero el óleo sagrado de la tumba. Esto no quiere decir que deje de admirarlas, de aplaudirlas, aquí donde no abundan las mujeres ilustradas, y no

sólo aquí, sino en cualquiera parte del globo donde se abre triunfalmente el alma femenina y nos regala con los perfumes de su virtud, de su inteligencia y de su carácter, aromas que son la quinta esencia extraída de las más raras flores. Por cada hembra extraordinaria como una Emilia Pardo Bazán, la humanidad debe batir palmas y enorgullecerse.

En medio del descrédito que el egoísmo envidioso y el magistralismo campanudo tratan de esparcir sobre la literatura y los versos, consuelan estas palabras, que apoyan lo que ya expresó Samuel Smiles en su *Ayúdate*:

"Pedir que en nuestros pueblos falten los poetas, es pedir al sol que no ilumine, á los ríos que páren su curso, á las brisas que no susurren. Faltarán el día que se haya extinguido la memoria de nuestra raza. Y en los bellos poemas, como en las

valientes epopeyas, está pintado el genio de nuestra gente. Conservemos los poetas. Que sigan cantando nuestros triunfos y nuestras luchas. Que hagan versos melódicos; que escriban cantares de amor. El verso inspira; su música encanta. Los poetas son nuestros, guardémoslos. Ellos retratan el fondo de nuestras almas y copian la grandeza de nuestros ideales. Sus cantos son en la lucha y en los esfuerzos humanos lo que el clarín de las batallas y el silbido de las fábricas. Deshacernos de los poetas es perder una fuerza útil. Créese que para tener artesanos útiles, obreros valientes, hombres de ciencia y de banca, precisa desarraigar de nuestros pechos el sentimiento intenso de la poesía. No. Podemos armonizar lo bueno y lo útil, lo utilitario y lucrativo, con lo bello y lo sublime. No es necesario perder antes nuestros grandes atributos, para asimilarnos luego los rasgos ventajosos que son patrimonio de otras razas.

Vamos á perfeccionarnos, no á cambiarnos". (1)

El grupo de poetisas, de escritoras es reducidísimo. Ensanchémoslo. Todas son manifestaciones de la vida nacional. Amo lo bueno y fecundo en cualquier terreno. Sólo la esterilidad es síntoma de cristalización, de muerte.

¡Bien venido sea lo que produce, lo que palpita, lo que da indicio de adelanto!

Donde quiera que pone su planta una mujer de talento, en cualquier género que emplee su energía y sus conocimientos, desaparece la muñeca que, en la generalidad de los casos, es fatua y no tiene una idea en la cabeza.

Es un error suponer que la mujer que se haya consagrado á

---

(4) Maximiliano Avilés.—Fuerza de acción.—1907.

las letras no esté también en potencia para dedicarse al hogar y oficiar en este augusto templo.

La inteligencia y la educación son capaces de todo. El hogar gobernado por mujeres de carácter y talento será mejor, lógicamente, que cualquiera otro donde todo lo que brille no sea con luz propia.

Los hijos de una mujer de talento y corazón, han de marchar seguramente por vía más sólida y segura.

Sea mi última frase, al despedirme de las graciosas muñecas, á fin de desagraviarlas por haber imprudentemente empleado el plural: "Nada es absoluto en el mundo, sino relativo".

Y conste, al final, que respeto y reconozco las excepciones que nos enorgullecen y honran.

ACUARELAS

LAS ETAPAS DE LA VIDA

POR

Alejandro Andrade Coello

ACUARELAS

LAS ETAPAS DE LA VIDA

En los momentos anteriores al nacimiento de la aurora, nada es posible presagiar del nuevo día: puede presentarse brumoso ó sereno. Un denso manto de niebla lo cubre todo, antes que vengan las primeras claridades del alba, antes que esos suaves rayos disipen tanto aglomeramiento de negras nubes. Todo es indeciso en aquella hora

de penumbra en la decoración. La mirada se pierde en uno como caos impenetrable, en una mancha borrosa, vaga, melancólica, que no acertamos á precisar.

No de otra suerte la niñez, primer destello de la vida, se presenta indescifrable, envuelta en las brumas del misterio. Tinieblas de ignorancia invaden las cabecitas adorables de los niños, ángeles diminutos que derraman múltiples gracias propias de esa cándida estación inconsciente, impregnada de ternura irresistible. Cada uno de ellos es difícil problema para aquel estrambótico calculador que se llama el porvenir.

¿QUIÉN puede leer, siquiera confusamente, el libro del mañana? Los niños son acuarelas en proyecto, obras maestras en formación. ¿Cómo saber si esos diluídos colores transparentes representarán perspectivas risueñas ó dramas sangrientos cuando el dibujo se acentúe y

cuando ese cuadro embrionario quede encerrado en el marco de la vida práctica?

CUANTAS ocasiones, al cruzar una calle, nos encontramos, sin advertirlo quizás, con batalloncitos de niños que desfilan perfectamente alineados, ya con sus monitores á la cabeza, ya á algún costado para guardar el orden. Es un cuadro que se repite todos los días y por esto no ponemos atención en él. Pasamos sin fijar quizá la mirada en esa banda de petreles que se aleja por los mares de la esperanza. Mas nosotros la hemos visto con detenimiento, llenos de ternura y simpatía, interesándonos en descubrir el menor detalle de la infancia.

MIRAD una larga hilera de alegres muchachos, mezcla de indumentarias y variedades, caracteres y rasgos—no distinguida por ellos, que guardan completa armonía con el candor de los primeros años, que no reco-

noce distinciones ni preferencias marcadas;—mirad ese rebaño infantil que pasa retosando, esa bandada de palomas blancas y sinpáticas: unos con el guarniel cruzado á la espalda, otros en bandolera, quienes con el atado de libros suspendido de una gruesa correa que pende del hombro. Algunos leen: van repasando en voz alta sus lecciones con tanto entusiasmo que parecen devorar el texto ó querer aprenderlo íntegro en un momento; registran otros con viva curiosidad las estampas de los libros. Llevan algunos colgando humildes bolsitas de trapo: son el modesto carriel de los pobres.

En esa gregaria aglomeración infantil hay niños con zapatos destrozados y ropa vieja; los hay más curiositos, con botitas de charol, chaqueta fina y calzón elegante; pero nadie se advierte, generalmente, de la suerte del otro ni se dirigen miradas de envidia y de codicia.

Todo en el niño es gradual. Camina lentamente y va subiendo, uno por uno, – como el ciego que para no caerse palpa con su pie y retiene en su memoria los obstáculos que se encuentran á su paso, – los escalones de la perfección humana. Al principio no conoce sino las impresiones materiales, lo visible, lo que le proporciona el espacio, lo que le ofrece el mundo palpable; tiene *experiencia externa*, cómo dicen los psicólogos; pero la conciencia no le acompaña todavía, de aquí que no son nada para él los sentimientos, las sensaciones, las voliciones. Sólo las necesidades nutrivas le punzarán con su acicate, mas no sabrá nada aún de las sensitivas, mucho menos de las cerebrales. Su vida es vegetativa, por decirlo así, ya que en su estado embrionario es un agregado de células y fibras. Un poco después, en el período de la gestación, se producen otros fenómenos y el feto se mueve y va adquiriendo energía dentro de la matriz. ¿Cuál

es el momento supremo, la hora precisa en que comienza la vida consciente para el hombre? ¿Existe algo de esto antes de su nacimiento ó mucho después de él? ¿En qué instante llega esa ráfaga de luz, siquiera de un modo vago, como un sueño lejano? ¿Cuándo en ese pequeño organismo nace la conciencia, aunque sea con rasgos oscuros, de un modo caótico?. . . .

CIERTO es que su cerebro se ha modificado un tanto, aunque paulatinamente; cierto que las impresiones luminosas y sonoras obran en el niño de un modo que los demás pueden observarlo desde el segundo día de permanencia en el mundo; cierto que con más detención se fija en marcados objetos tal vez desde la tercera semana; cierto que le acompaña sensibilidad cutánea y se mortifica con los cambios del aire y las modificaciones de la respiración; cierto que después el gusto y el olfato se perfeccionan relativamente; cierto que el

recuerdo, como un soplo, pasa por él y se acuerda de su madre, del timbre de su voz y se calma cuando va á saciar su apetito; cierto es que va conociendo su cuerpo, empezando por las manos que llega á su boca y las chupa; pero por esto, ¿podremos juzgar que ya funciona el sensorio común, que ya destella su conciencia? El recuerdo de que hablamos es una percepción externa, ya que no sabe apreciar las distancias y otras particularidades, – por más que extienda los brazos á su madre, sonría cuando ve la faz de la nodriza ó el codiciado pezón y se asuste en presencia de caras extrañas, – pues la percepción externa se produce antes que la interna.

"OCURRE en la vista del espíritu, dice H. Höffding, lo que en la del cuerpo: empieza por dirigirse al exterior. El ojo percibe los objetos exteriores, sus colores y sus formas, y solamente mediante artificios, aprende á

conocerse á sí mismo, con lo que contiene".

El niño poco á poco va despertando de ese como sueño embrutecedor, hasta que con los afanes de la educación y por medio del estudio, deja de pagar, cada vez con más conciencia, el grosero tributo á la vida vegetativa. Su vida es intelectual entonces, y la evolución de su cerebro va en progreso.

¡Cuántos sacrificios, cuántas atenciones, cuántos desvelos hay que dedicar á estos pequeños seres! Son como los árboles de los bosques. Si se les deja olvidados, se crían deformes, toscos, groseros; presentan feo aspecto y se les ve agobiados por el peso de sus ramas que se han multiplicado como quiera y han sido pasto de los parásitos, de los hongos, de las lianas, de agentes extraños que chupan su savia. ¿Dónde están sus frutos? Muchos no dan nada, son estériles, inútiles. Otros

producen de mala calidad, sin sabor, podridos. Si algo de regular ha habido, las aves rapaces se lo han llevado; y no sólo las aves sino también los demás habitantes de las selvas. En estos intrincados desarrollos hay de todo, pero domina el elemento dañado, torcido, encorvado, espantable por su configuración. ¿Quién puede pensar ahora en la suerte que les tocará? ¿Quién sabe si algunos árboles serán abatidos por la tormenta, destrozados por el rayo, desnudados por el huracán? Tal vez mañana el leñador los derribe con su hacha, el incendio los reduzca á cenizas, los trabajos agrícolas, el desmonte, la roza los aniquile; tal vez mañana de sus ramas salgan bordones para el peregrino, brazos, mangos para herramientas, apoyos para la industria en forma de tablas, pilares, vigas; tal vez sirvan de combustible en las fábricas ó de cebo en las hogueras revolucionarias y en las piras de los mártires; tal vez sean

carbón para que otro Humphry Davy, al contacto de pila poderosa, descubra nuevos arcos voltaicos; carbón que sirva para el hogar ó para manipulaciones criminales; tal vez con ellos se construyan embarcaciones para otros insignes Marco Polos ó navíos para piratas; tal vez con troncos de esos árboles se formen cruces para flamantes apóstoles que prediquen un credo extraño con ignorado verbo; tal vez sean horcas para inocentes ó traidores, y un Judas ó un Cristo mueran entre sus brazos. ¿Quién puede prever el más allá? "Grande abismo es la suerte; oscurísima noche el porvenir", en frase de Dumas. "Aquel está en el seno de Dios", contesta Napoleón.

No de otra manera los niños, bosques en formación, son suceptibles de mil cambios. Hay que cuidarlos desde el principio, desde que son arbustillos, para que más tarde no se muestren como una ruina social. Sin la

escuela, se criarán deformes y aparecerán un día temibles, cargados con el peso de su ignorancia, de sus vicios, de sus crímenes. ¿Cuáles serán sus frutos? Formar su corazón y dar alas á su cerebro, he aquí la consigna para que la patria sea feliz. Las madres, los maestros, todos los de buena voluntad deben cooperar para que un rico osmazomo nutra á la infancia, espiritual y físicamente. ¡Qué se salve la niñez! Después cuesta lágrimas, y es incomponible todo. "He visto reverdecer los árboles heridos por el rayo: he visto á las flores, encorvadas por el viento de la borrasca, volver á levantarse", dice Sandeau; pero esto es rarísimo, añadimos por fuerza. El mal cobra tales proporciones, la enfermedad se agrava tanto, el incendio toma de tal manera cuerpo, que ya es difícil poner remedio. Mejor es evitar estas futuras desgracias por medio de consejos, de luces, de estímulos en la hora propicia, cuando el arbusto es elástico, la cera blan-

da, la herida diminuta; cuando asoma la chispa y el primer síntoma morboso se presenta.

CUIDEMOS de los niños para que la selva sea útil. Almas candorosas, plantas que despiden el aroma de la ingenuidad son de suyo, hasta que el mal ejemplo, la pésima educación abren sus ojos al mal y depravan esos caracteres angelicales. Vedlos al salir de las aulas. Contentos van sin pensar en el mañana; risueños caminan, porque su cielo no se ha empañado aún con los negros nubarrones del odio, del egoísmo ó la pena por el bien ajeno. Su penetración, felizmente, no alcanza á tanto. Tal vez si descubren un juguete en manos de algún compañero rico lo desean: los objetos pequeños atraen su atención; pero el más allá, lo positivo, no les preocupa. Se quieren mutuamente. Va, el de humilde nacimiento por su indigencia, de brazo del de mejor cuna por su dinero. Si raras veces se obser-

van preferencias, son provocadas por personas extrañas: los niños no piensan todavía en esto, ni instintivamente se les ocurre precoces depravaciones que después las aprenden ú oyen de los de mayor edad. Un padre de presuntuosidad, por ejemplo, propendiendo á que su hijo no se reuna con el astroso, le aconsejará mal; pero el niño, por su propio móvil, no lo hará. Algún profesor celoso establecerá distinciones, y, en tal caso, el niño abrirá sus ojos á lo que hasta entonces no se le había ocurrido.

ENTRÁIS por primera vez, niños, á un colegio de pupilaje. ¿Qué ideas se os ocurren allí? ¿Qué es lo que extrañáis de preferencia? ¿Os asombráis en presencia de lo nuevo? ¿Mostráis timidez al encontraros rodeados de personas desconocidas? Contadnos vuestras impresiones. La falta que notáis, desde luego, grabándose cada día más en el corazón, es la del cariño materno en el hogar. A esa edad so-

bre todo es un gran sacrificio. Hay que resignarse, sin dejar por esto de amar á la que guió vuestros pasos. Al contrario, con la ausencia, debéis hacer que el cariño aumente: tal afecto es preciso que esté en razón directa de la distancia y el mayor ó menor encierro. El hombre, caminando por la senda escabrosa de la vida, va de sufrimiento en sufrimiento acercándose al descanso de la tumba, único lugar de paz. Las etapas son insuficientes, hay que resignarse. Desde niño se empieza á padecer. Lo que sucede es que en esa bella edad no se da cuenta uno del infortunio: vuela sin proyectar sus sombras y si hiere no lo sentimos hasta más tarde cuando se ve más claro. Precisamente la inociencia de la infancia es su más hermoso dón.

RESPETAD, niños, á vuestros maestros, sed dóciles con ellos, amad la escuela.

OTRO día conversábamos con un humilde tipógrafo que se

sustenta de su trabajo. Hablábamos de tecnicismos de imprenta con motivo de la edición de algún pobre libro nuestro. Entretenidos con tal tertulia subíamos, calle arriba, camino del taller. De pronto, interrumpiendo bruscamente su conversación, separóse de nosotros y aligeró el paso hasta dar alcance á un viejecito que, apoyado en tosco bastón, caminaba á duras penas. Llegóse y saludóle con cariño, descubriéndose respetuosamente la cabeza.

Nos quedamos en una esquina esperando su regreso, sin atinar de lo que se trataba. Cuando se nos incorporó, preguntámosle quién era aquel anciano; por qué había corrido hacia él, cuando pasaba precisamente por el lado opuesto, y qué negocio le daba tanta prisa? "Nada de negocios, respondiónos. Ese venerable anciano, que claudicando se aparta por ahí, fué mi maestro: el me enseño á leer. Sin él, yo permanecería en la ignoran-

cia y en la obscuridad y no podría desempeñar mi oficio con el que me gano la vida. Siempre que le encuentro le saludo con atención y profunda gratitud, por intuito de lo que ya he expresado. Estas sinceras palabras, salidas del fondo de ese reflexivo artesano, nos conmovieron. ¡Cuánta ingenuidad notamos en él! No hemos olvidado aquella escena al parecer natural y explicable, pero que nos sorprendió, porque no todos proceden y razonan así.

SIRVA esta lección ¡oh, niños! para que aprendáis á respetar á vuestros maestros. Recordad que si el discípulo de Gutenberg no hubiera sido dócil nada habría aprendido. Sedlo vosotros. El maestro es el abnegado minero que, trabajando obscuramente, nos lega una herencia imponderable, la educación.

¿QUIÉN sabe si aquel ejército embrionario sea nidada de patriotas ó de víboras, de perso-

nas de distinción ó de suzarros? ¿Quién sabe si de allí salga más tarde un Savonarola, un Giordano Bruno, un Galileo, reformadores y sabios excelsos, ó un Pisistrato, un Hipias, un Gelón, un Rosas, un Francia, tiranos y demoledores; un Sancho ladino, un Tartarín ridículo ó un Quasimodo que úna á su deformidad física la belleza moral? Tal vez brote un nuevo Colón que descubra mundos ignorados, aunque sea en los once cielos que contaba Ptolomeo; tal vez un nuevo Homero, capaz de crear otras vastas obras colectivas semejantes á los Vedas, el Ramayana, el Mahabharata, el Edda, los Niebelungen, el Heldenbuch y el Romancero, nos cante proezas de razas ignoradas y de semidioses revividos; tal vez un nuevo Cervantes, como el inmortal del Quijote, tenga también los tres dones soberanos del poeta: "la creación que produce los tipos cubriendo las ideas de carne y huesos; la invención que hace cho-

car las pasiones contra los sucesos y al hombre contra el destino, produciendo el drama, y la imaginación que, siendo sol, hace el claro obscuro en todas partes, produce el relieve y da la vida", según dijo Víctor Hugo. Y alguien más incorruptible que Robespierre, presente célebres proposiciones consignando los nuevos derechos del hombre, para que otra viril Convención las apruebe unánimemente, y vuelen impresas hasta en pañuelos de seda por los ámbitos de la tierra. Tal vez de esos rapazuelos se formen revolucionarios y genios, y haya un Voltaire que personifique el buen sentido; un Rousseau, el ideal; un Condorcet, el cálculo; un Mirabeau, el rayo; un Vergniaud, la impetuosidad; un Dantón, la audacia; un Marat, el furor; de nuevo un Robespierre, la utopía; un Saint Just, el fanatismo revolucionario, como los personajes de la Revolución Francesa tan brillantemente calificados por Lamartine.

EDUQUEMOS con esmero á la niñez: está en potencia de todos los triunfos y de todas las derrotas, de todas las alegrías y de todos los dolores. La escuela que recibe tiene íntima relación con los sucesos de más tarde.

***

¡CUÁN hermoso el nacimiento de la aurora que se muestra en su regia cuna entre celajes teñidos de diversos matices y arreboles al despuntar el día! El alma se despierta al contemplar los misteriosos encantos que brotan de la paleta magistral de la naturaleza.

SENTIMOS, siquiera de un modo indeterminado, la satisfacción de la vida. No siempre todo ha de ser lágrimas y penas. Hay algunos momentos de solaz, un oasis en medio de la peregrinación terrestre.

Las caprichosas y negruzcas moles se despojan de sus mantos de neblina, apareciendo los lejanos montes con sus vestiduras azuladas por la distancia. En el horizonte, que ha empezado á despejarse, míranse largas fajas coloreadas, semejando pálidas fulguraciones de un apartado incendio que se extingue.

En esa bella hora nos agrada todo: el murmurio de las fuentes que se confunde con el suave gorjeo de las aves; el himno melodioso de la naturaleza que revive llena de frescor y de esperanza; el apacible susurro de la brisa matinal que se desliza jugueteando por frondas y vergeles; del ganado el mugir compuesto de diferentes tonalidades; el paso de las grandes vacadas que, triscando á trechos, van camino del ordeño; el blanco rebaño de ovejas bulliciosas que recorren con su balido una gama caprichosa al dirigirse á la pradera, y tantas armonías, en fin, que no pueden ocultarse al

que admira el sublime concierto que reina en las obras del autor del Universo.

Ese paisaje de infinitos encantos penetra por los ojos y llega al corazón, vatídico de lo grande en esta bella hora.

La yerba húmeda, cuajada de perlas de rocío que relucen con los primeros rayos del sol que se levanta; los grillos que saltan por el trébol produciendo como apagado rumor de alas; la choza humeando allá, á las faldas de la colina; la mansa yunta de bueyes dispuesta ya para el arado; los labriegos que se marchan por los atajos del carretero con la herramienta al hombro; el comienzo del movimiento, de la faena; el principio del canto al trabajo que es ley suprema para el hombre, el himno del obrero, la canción alegre de los que se ganan el pan con el sudor de la frente, de esas incansables hormigas que edifican montañas, de los que más se

agitan, pues, en frase de Rodríguez Solís, el rico *consume sin producir*, y el pobre, que todo lo produce, apenas si consume lo absolutamente necesario para no morirse de hambre; todo ese bullicio, todo ese concierto llevan inexplicables complacencias á nuestro espíritu.

¡BENDITA mañana, poema de la animación, imagen de la juventud!.

CUANDO la salud brota á raudales; cuando las doradas ilusiones nos hacen sonreír, cuando las sombras del sufrimiento no se han proyectado sobre el corazón, ¡oh, encantadora mañana de la vida! ¡oh, envidiable juventud, eres la aurora de la felicidad, del entusiasmo y del amor, sobre todo del amor, de ese perenne cosquilleo de las grandes almas, de esa rubia copa de cristal de Bohemia, rebosante de un licor misterioso, que ora es bebida saludable, ora veneno tentador, según la naturaleza y

excandecencia del placer, según la intención del que moja los labios en ella, en esa copa mágica, en la que hay acuarelas deliciosas pintadas por un ángel invisible que ya es genio del bien, ya genio del mal, que encamina á los jóvenes al retrete de moda donde se dan cita los secretos de la dicha ó las trágicas escenas del desencanto, las historias que nos quitan el matador esplín, ó làs que erizan los cabellos, porque el amor es una eterna dualidad, simpática ó repugnante, según se la comprenda.

El amor con tintas de violeta, con palideces de azucena, con música celeste, con perfumes exquisitos, con ideales embriagueces, con algo que flote y que sin ser del todo material lleve los distintivos del espíritu, este amor raro gusta más á los jóvenes no vulgares.

Pero las estrofas de amor hoy no se cantan: se gritan, como un largo evohé, al rumor de los que-

mantes besos, al latir de los senos aromáticos, al chocar de las copitas de oro del vino de Champaña, al són de una orquesta de lúbricas veceras, con notas de abuso que hieren la carne, adormecen el alma y enloquecen á esa mariposilla veleidosa de la pasión que va á ser devorada, quemada, pulverizada en una hoguera que, después de tentar por sus destellos, da hastío y mata irremediablemente al que se acerca, – porque el amor es también como el mar: su grandeza nos abruma, la poesía que encierra nos sugestiona, la variedad de esa líquida llanura nos asombra, con sus paisajes que se alternan con pasmosa rapidez; pero es mudable por lo mismo y lleno de dramas ignorados que guardan muchos misterios en su seno; cambia de colores como la piel de un camaleón, se hincha como él y ocasiona á menudo la muerte.

TRIUNFAD, dulce amor espiritual, noble sentimiento que sois

alborada de la vida en el poético amanecer de la ilusión juvenil.

¡BENDITA mañana que refrescas al mortal y como que le aligeras el peso de los años! ¡Imagen de la juventud! Ella es porción escogida que está destinada á grandes fines.

SE inicia su éra de combate.

DEBE ir tras el culto de lo bello, tras de esa alta encarnación de la estética—el amor universal. Es la época de las contiendas del pensamiento. Acometer á todo trance la obra de regeneración moral en lo retório, dejando las puerilidades infecundas, los erotismos fatuos, las doctrinas egoístas, la literatura de hojarasca. El caudal de las sanas ideas, la fuente del bien, la propaganda del más puro socialismo, he aquí la meta. Raros son los cerebros jóvenes que la tocan. En la América latina, sobre todo en ciertos países pequeños, la juventud se ha abraza-

do al decadentismo, á lo que tiene olor de muerte, á los principios retrógrados. Nuevas ideas se necesitan, pero ideas de provecho, para salvar á las nacientes generaciones y, por ende, á la patria. Las etapas juveniles, las excursiones por entre los campos florecidos de las letras son inolvidables. Cuando la marcha de los años va borrando de la memoria las distintas peripecias de la vida y desplegando el manto del olvido sobre todo lo terreno; cuando, en la obscuridad de los recuerdos, no se puede distinguir casi nada de la dicha que pasó, hay algo que no se extingue, algo que en la penumbra queda, y que, como una luz tenue, aclara todavía, cuando ninguna alumbra ya, siendo como eterno claro oscuro de los cuadros de la mente, merced al cual resaltan en ella las figuras, sin confundirse jamás con las tinieblas.

¿SABÉIS cuál es ese querido lampo? La juventud. Las esce-

nas que en esta edad se desarrollan dejan profundas impresiones en el alma y huellas imborrables en la mente.

Por eso resulta sumamente halagador el estudio literario en la alborada de la existencia.

Los que dudan del éxito, los temperamentos vulgares y fríos á quienes el esplendor de la literatura no les entusiasma, los escépticos de las precocidades de los talentos privilegiados, se reirán de las nuevas ideas y harán guerra quizás al florecimiento literario, alegando que no proporciona puñados de oro. Pero la juventud no se dejará aniquilar: que libre la gran batalla y llegue hasta el sacrificio, sin consentir que su ideal sucumba impunemente. ¡Santo martirio!

El exterminio es negro, es desolación. El martirio tiene color blanco, color de azucena, vislumbre virginal.

El martirio es saludable: su sangre, después de fecundar los corazones, sube al cielo evaporada, y, en alas de la idea, se remonta á Dios.

Derramada en pro de la religión de la humanidad, es el holocausto más sublime de las almas. Nunca es inútil ó estéril el sacrificio por las empresas redentoras. A la postre, florece, mejorando esta miserable tierra.

Los mártires de la libertad nacen de los espíritus jóvenes. Los hombres ruines, los parias que padecen de miopía moral, los esclavos de la ignorancia ó del errado criterio—consecuencia directa de la deficiente educación—no conciben estas heroicas virtudes, que rayarían en imprudencia, en temeridad, si el talento no las sublimara.

Porque el martirio es nuestra cuerda, ha dicho un connotado de la libertad. Sí: la cuerda

que la envidia, con su lazada corrediza, pone en la cerviz de los virtuosos; la cuerda que la pasión política, con sus furibundos arrebatos y feroces dentelladas, anuda en los pies de los patriotas, imposibilitándolos á que marchen al triunfo; la cuerda que la calumnia prepara, que la maldad tuerce para los varones de mérito, para los seres honrados, llenos de la altivez propia de una conciencia limpia; la cuerda que el fanatismo amarra á la independencia de las ideas, á la libertad de credo, al horror al misterio, y á la investigación del milagro; la cuerda con que la mala suerte aprisiona á los caracteres erguidos, dándoles á saborear el duro pan del ostracismo, de la protesta muda, del pensamiento con grillete; todas estas cuerdas infames, manejadas por verdugos, conducen al martirio.

Y éste toma las proporciones de un diluvio, cuando se quiere lavar con sangre libre la opre-

sión de una vida sin ideales. Y el martirio no sólo es noble, es bendito. Dón que concede Dios á pechos generosos, se inspira en la virtud. La apoteosis de los mártires es su muerte. Ella les presenta coronados de los laureles de la inmortalidad; ella lanza fúlgidos rayos en torno de las frentes dignas; ella es la mejor aureola para los que santifican sus acciones; ella es el fuerte lazo que ata la tierra con el cielo.

En el Ecuador ha habido mártires de un ideal. Tras incesantes revoluciones y desesperadas contiendas, hánse ostentado al fin unos pocos creyentes: los de la libertad. Contados son; pero no por esto desmerecen. Al contrario, tributémosles más gloria. La fe en la redención del país la guardan los que de veras se han sacrificado, no haciendo obra de patriotería, de simple alharaca, de hinchazón, sino positiva y modesta. ¡Cuánto vale que la modestia sazone todos los

actos, por lo mismo que va retirándose zaherida por la presuntuosidad!

¡Oh, tú la virgen apacible! ¡Oh, tú la reina de las gracias! Dinos tu nombre, bella criatura.

¿Cómo te llamas? ¿Nada respondes?

Te conocemos, angelical virtud, centinela del mérito de buena ley, harija del sustancioso grano, cuando sopla la justicia.

¡Salve, modestia! Vives oculta en este mundo loco de vacía pretensión y de soberbia. ¡Salve, sagrada cenobita!

Hero entregóse en brazos de la mar airada cuando supo la muerte de su Leandro; no de otra suerte el mérito naufraga una vez que fenece la modestia.

¡Bendito seas, perfume delicado, que embelleces las obras de la vida!

ERES el legítimo talento del genio, así como el orgullo es la torpeza del talento, y en los pobres de espíritu, la patente de su estulticia.

PIGMALEÓN enamoróse de sí mismo, convirtiendo en ídolos sus creaciones de arte. Tal el vanidoso que adora sus propias cualidades.

NECESITAMOS de jóvenes modestos para que la patria sea feliz.

CON la modestia se llega á lo grande, hasta el martirio.

NO podemos resistir á la tentación de copiar aquí unas hermosas líneas nacionales, brotadas de cristalina fuente: el civismo.

HÉLAS aquí:

¡"BENDITO sea el martirio de los hombres generosos que se ofrecieron como holocausto en aras de la Patria! Por él se han

abierto nuevos y más amplios horizontes en la República, y por él hemos llegado al triunfo. — ¿Qué importa la derrota, qué la caída, qué el sacrificio, qué el patíbulo, en fin, si la consecuencia es grandiosa?—¡El crimen no el patíbulo deshonra!, dijo un gran poeta".

LLEGUEMOS hasta el sacrificio en bien del pueblo, teniendo como guía á nuestro ilustre compatriota Montalvo, á quien la juventud debe profesar siempre religioso y ardiente amor. Este viejo polígrafo será nuestro Mentor. Es el padre de la idea, el maestro de la juventud. Entre las páginas inmortales de sus obras se oculta un astro: el genio, y bulle una límpida fuente: la verdad. Es un orfebre asombroso: su estilo una creación de arte cincelada en oro. ¡Qué pureza de lenguaje! Sus libros asombran, porque en ellos hay algo que seduce, algo grande, algo digno sólo de los privilegiados del pensamiento.

Debemos amar á los autores nacionales, no sólo porque son nuestros compatriotas, sino también porque con sus obras nos ilustran, nos honran y dan celebridad á la República. Admirar el talento y acatarlo es rasgo de justicia, porque el talento es dón que impone, ennoblece y sugestiona. Quienes dominan con la inteligencia triunfan en el mundo: aquella dádiva celestial inmortaliza á sus poseedores. Y la inmortalidad es el éxito supremo de la vida: es la resurrección de los que mueren, la remoción del polvo de la eternidad, la aurora que disipa las tinieblas del olvido. Los autores nacionales son timbre de orgullo de la patria. Cuando nos alejamos de ella, qué gusto experimentamos, qué satisfacción al oír encomiar á algún escritor ilustre. "¿Y de dónde es?", preguntan con entusiasmo. "Es un compatriota, es ecuatoriano, le conocí;.... ¡hace algún tiempo que murió!;.... le conozco, vive todavía;.... ¡es de carácter apa-

cible! etc.", respondemos alegres, pasando á contar alguna anécdota de él, alguna nota característica. Sea quien fuese, apocarle en esos momentos sería un crimen, la indiferencia una falta imperdonable. Conviértese en cuestión de gloria personal, en caso de patriotismo, y le ensalzamos con cariño, como á cosa propia, cual á un individuo de casa, como á miembro de familia.

Entonces la nación se engrandece. Recibimos una fruición de bienestar. Y los extranjeros nos felicitan. Oímos palabras dulces: "Buenos talentos ha dado su país. Tiene Ud. una galería de varones notables en su patria".

La Historia, como una ave sagrada, revolotea en los escritos de Montalvo. Gloria inextinguible de la patria, su nombre inmaculado se levanta sobre todas las cimas, desafiando á la desesperada calumnia, á la ne-

gra envidia, al brutal egoísmo, á la espantable intransigencia, á todo lo que asoma con rostro de maldad y de despecho.

Es la figura más alta entre los colosos de la literatura nacional y el combatiente más valeroso entre los titanes de la idea, si especialmente examinamos los negros días en que la vertió. Excelso entre los excelsos, no puede ser comprendido lo bastante todavía por las masas, por el pueblo sin preparación previa y hasta por un escaso número de ilustrados, á quienes, sin embargo, ciega todavía el partidarismo y el terror, propio de las creencias timoratas.

HAY que hacer luz, ser incansable en la propaganda, á fin de que se vulgarice en el Ecuador su purísima doctrina y se imite, se aprenda su corrección literaria.

DICE el insigne crítico D. Juan Valera, hablando de Montalvo, que "no es un escritor así como

quiera". "Es el más complicado, añade, el más originalmente enrevesado é inaudito de todos los prosistas del siglo XIX. Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella sin confusión y con holgura y orden todo el saber de Europa, desde los primeros tiempos de la clásica civilización grecolatina hasta el día de hoy: y tal es la pasmosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio expresa y trasmite cuanto sabe: filosofía, religión, literatura y bellas artes, poniendo en todo, antes de expresarlo, el sello original y característico de su propia persona".

SIGAMOS, jóvenes, sus huellas tanto filosóficas como literarias para ampliarlas, para profundizarlas, para superarlas si es posible; bebamos, en esa inmensa y límpida fuente de ilustración, la verdad y la donosura del estilo. Busquemos estímulos, no egoísmos.

"Ud. no se imagina, decía el malogrado escritor Pedro Balmaceda Toro en amena carta á un amigo, el bien que hace un estímulo sincero". Si de él carecemos por completo en esta tierra desventurada, breguemos sin embargo, breguemos siempre, seguros de que, á pesar de la cruda guerra de la envidia y demás pasiones mezquinas, habrá un día algún corazón virtuoso que comprenda y tribute justo elogio á la obra esforzada del puñado de jóvenes que se obstine en hacer frente al vulgo que censura porque no tiene conciencia de sus actos.

No nos cansaremos de repetir que la prensa es el termómetro de la cultura. Acogiéndola en el seno de la nación se triunfará, á despecho de los necios, nictálopes de la sociedad que insultan á la luz porque su elemento propio es la sombra.

¿Sabéis lo que hemos pensado tantas veces ardiendo en patriotismo y esperanza? Hemos me-

ditado en el porvenir de esta República representada por la juventud; y nos hemos preguntado con intuición y alborozo inexplicables: ¿estará llamada á ser la palanca del Ecuador que le impulse á los mundos del progreso? Sí, creedlo con viva fe, la juventud será su palanca.

Por lo mismo, el punto de apoyo en que nos hemos fijado es el periodismo. Saludémoslo con un ¡hurra! de entusiasmo, porque ya lo vemos brillante en las regiones del ensueño, en las que tantas cosas bellas se engendran; saludémoslo con alegría porque ya se descubre en lontananza, rompiendo á cañonazos los nubarrones de obstáculos capaces de acobardar á otros que no fueran los valientes apóstoles de la reforma social. Y al saludarlo así, rebosantes en buena voluntad, ojalá pronto pudiéramos darnos mutuamente los parabienes en el recinto de Minerva, á la que es preciso se levante augusto templo.

La valla del miedo ó de la vieja rutina la han saltado pocos en la cuadriga triunfal de la reforma. Pegados á las rancias preocupaciones, giran en una esfera pobrísima, esfera de limitaciones estrechas: tienen horror á la innovación, temen el ridículo, la dentellada del despecho ó de la envidia. No es preciso ser un héroe para poseer gran corazón. Sin el vencimiento, sin el esfuerzo propio no se domina á las multitudes, que suelen pesiar. Acostumbrándonos á oír con indiferencia el ladrido de la jauría envilecedora y corrompida, se puede marchar adelante.

La semilla fresca, el grano apto para la fecundación de los campos de la moral existe desde mucho antes. En algunas regiones se encuentra escondido, en otras no halla constantes y valerosos sembradores.

La abnegación está prófuga. Sólo un monstruo quiere imperar, el odio. Hay que librar á

los desvalidos de la presión de esta zarpa poderosa. El león ruge ante la gacela. El tigre muestra los dientes al cordero. El gavilán afila sus uñas en presencia de las palomas. ¿Por qué se encolerizan? Porque estos inocentes animales son pequeños, porque son débiles.

En el grotesco zarambeque de la moral que impera, es un crimen no tener garras; pero sí hamez. Las luchas por la vida van tomando una forma amenazante: el exterminio. Destruir á los enanos para que surjan los colosos por las armas, he aquí el axioma que se abre paso por la fuerza. Matemos al tan aniquilador sofisma. Tendamos el ala protectora para cubrir á los polluelos. Evitemos que las águilas, que los buitres, que los monstruos con garfios se mantengan de la rapiña.

El zarzaganillo ridículo amenaza tempestad. Disipemos esas nubes negras con el soplo de la

virtud, con los cañonazos del bien, inflamados por la bienhechora propaganda.

Un estandarte flote en la cima: la fraternidad propiamente tal, no la que explota á los individuos, á raíz del hipócrita abrazo. La cuchilla del engaño es asesina. El beso del Judas y la caricia de Caín son abominados. Si nace el santo afecto, sea ingenuo: en pro del hermano sacrificarse, no para llenar el vientre ni mejorar la hacienda propia, sino para redimir á la sociedad, profesando sincero altruismo: he aquí la caridad.

Tal es la misión de las nuevas generaciones, de las que se sienten con vigor. Guerra tenaz al odio: prediquemos el esparcimiento incansable del amor á nuestros hermanos. No se trata de menguar la propiedad: trátase, más que de la economía, de la bendita caridad, de la abolición de la esclavitud, de esa espantosa esclavitud que podría-

mos llamar de levita; de evitar el monopolio del consumo y el egoísmo de la producción, la tiranía del trabajo que en las ciudades más populosas y civilizadas, en las grandes fábricas, es brutal: se procede con más crueldad que en aquellos nefandos tiempos en los que el amo obligaba al esclavo á *cubrir* á la esclava, como se hace con los animales, separándolos después despiadadamente.

¡ARRIBA juventud! ¡Levántate aurora de redención! La juventud debe tener vuelo de águila. ¿Habéis visto á la vigorosa y caudal ave remontarse por los aires é ir á parar en el pico más encumbrado de la cordillera de los Andes, donde forma su regio nido? Apartándose de las pequeñeces de la tierra va á posarse en lo más alto de la montaña. Es la viajera de las cumbres: mira de frente al sol. Así la juventud, con altivez, con ideas levantadas, con dignidad, con acciones honrosas, será ejemplo

de grandeza, abrigando nobles aspiraciones, dando calor á la santa ambición, á esa que suele tomarse en buena parte, á esa que no degrada nunca, y no á la mezquina pasión que anda rastreando por el fiemo. Contemplando con atención á la libertad – astro espléndido – báñese en los rayos de su luz vivificadora. La juventud es primavera de la edad, época de color de rosa, claridad y hermosura, y, por lo mismo, enemiga de los crepúsculos contemporizadores, de los que se pierden entre el fulgor y las tinieblas, de los que son penumbra repugnante y no alborada que brilla, de las sombras de la rutina, de la ignorancia, del fanatismo, de las brumas de la hipocresía, de la conveniencia y del miedo.

Cuando las ilusiones revolotean, como matizadas mariposas, por los pensiles de la fantasía; cuando la actividad, con plétora de sangre en las venas, es capaz de empresas colosales; cuando

el ideal nos aupa hasta la cima, no es imposible alimentarse con vulgaridades ni fomentar inconstancias, pequeñas y censurables tendencias, deseos que no se distinguen por su elevación.

RECORDEMOS los momentos felices de la infancia: soñando con esa edad primaveral, busquemos el remedio para los dolores, endulcemos la vida del espíritu. Las pasadas lágrimas, desahogo del corazón, los perfumes que en el vehículo de la memoria nos llegan de aquella época, he ahí el remedio; las imágenes que guarda el alma, planta deshojada más tarde por el pesar de tantos desengaños, esas imágenes de seres que amamos, y los goces de una conciencia pura, ajena de remordimientos y rencores, he aquí la vida y salud del corazón.

¡BENDITA mañana, que nos manifiestas el asombroso panorama de la creación y nos arrancas palabras fervientes para ese mago ignoto que fabricó los millares

de planetas,—número incomprensible para la humana inteligencia!

¡BENDITA, bendita para siempre, primavera de la edad, juventud de colores matinales!

* * *

EL sol ha crecido más y más en su diurna carrera, ó, con mayor propiedad, el movimiento de rotación del globo ha presentado otros puntos de su superficie ante aquel astro, causando así la sucesión del tiempo. Perpendicularmente lanza sus rayos sobre nuestras cabezas. Se nota algo de pesadez en la atmósfera; sentimos ligera sofocación. El calor es fuerte. Las nubes, como vellón esparcido por el cielo, interrumpen la monotonía del azul infinito.

Es el mediodía, el instante de la momentánea paralización, del rápido receso. Los obreros regresan á sus pobres viviendas con las manos encallecidas, fatigados y en busca del sustento reparador de sus perdidas fuerzas.

Se ven caras cubiertas de hollín, de cal; delantales ennegrecidos; mandiles salpicados de aceite, de pintura; muestras del trabajo; pringues y borrones que no desdoran, que jamás son una mancha.

Por un momento cesan de humear las inmensas chimeneas de las fábricas, de bullir con sones crepitantes los calderos y de rechinar agudamente las limas. El martilleo del progreso calma y las máquinas moderan su pujanza.

Los pajarillos no trinan ya aleteando en sus nidos. Ellos también revolotean procurándose el grano para sus hijuelos.

Otro es el concierto que resuena: la armonía del pan por el que cotidianamente se libran porfiadas luchas en la tierra, el himno de los que tienen hambre. Todos van en busca de aquél: unos le encuentran blanco y provocativo, otros tiernecito aunque moreno, quienes bazo y duro quizás; pero todos lo acogen con alegría.

¡CUÁNTOS dramas encerrados en esa porción de masa de harina y agua!

DESDE el opulento pan de flor hasta el de munición ó el subcinericio, todos llevan consuelo al tugurio, calor al cuerpo, sonrisas á la miseria. Y el pueblo consigue el pan bienhechor con muchas penalidades, sudando el hopo. Para que sea más grato, para que nos sepa mejor, es necesario adquirirlo con dificultad, ya que el trabajo es dón de predilectos, mientras que el ócio una maldición.

La loba, animal de instintos feroces, que pudiera ser imagen de la pasión bastarda de la holgazanería, un tiempo, como nos cuenta la fábula, se convirtió en mansa bestia, alimentando, cual madre solícita, á esos dos hermosos hijos de Marte llamados Rómulo y Remo.

Pero hay una loba feroz que, asechando á los incautos y cobardes, quiere amamantarlos para el vicio: la pereza, animal difícil de amansarlo.

¿Sabéis como se le doma? Por medio del trabajo. El que trabaja no puede nunca ser triturado por los agudos dientes de la holganza. Y como el trabajo es redentor mandato para la humanidad, hay obligación de acatarlo cual sagrado deber, aun cuando no fuera ley suprema impuesta de un modo terminante.

Si no queremos traicionar á nuestra conciencia, trabajemos, sirvámonos siempre de esa pa-

lanca sublime que levanta al mundo, y que, á medida que avanza la civilización, convertirá en un semidiós á quien la usa. Un pensador ha dicho: "El trabajo es ley: quien la rechaza como fastidio, la tendrá como suplicio. ¿No quieres ser obrero? Pues serás esclavo. El trabajo no os abandona por un lado sino para volveros á coger por otro. ¿Tú no quieres ser su amigo? Pues serás su negro".

De la pereza se desciende al crimen: es el escalón más fácil para bajar á la miseria y á la muerte. Hay gradas que llevan al cadalso: la pereza es una de ellas y quizás la mayor.

"¿Qué es la maldad?", pregunta Víctor Hugo. —"Dios que se duerme en la conciencia humana", responde en seguida.

La pereza es el sueño de las nobles facultades, la inercia de la inteligencia, la paralización de la hija del progreso—la actividad.

Cuando el deber muere en el corazón de los desleales, brota la corrupción en forma de pereza, y toma el vicio proporciones espeluznantes.

El hombre que no ha aprendido á cumplir con su deber, el que no ha trabajado, el que no ha escuchado la voz misteriosa que le grita: ¡no descanses nunca!; este infeliz mortal jamás sabrá respetarse á sí mismo, y, no respetándose, será indigno del aprecio de sus semejantes. ¡Ay de los zánganos sociales, ay de los parásitos!

El trabajo es la encarnación de Dios. Bajo esa palabra palpita la vida universal. Quien la invoca con fe triunfa á la postre. Suprema ley, suprema gloria, todos están llamados á tributarte alabanzas eternas. Se organizan fiestas en tu nombre. ¿Quiénes te tratan de espantable maldición? ¿Quién osa denigrarte y llámate castigo del cielo? ¿Quién te explota para vivir en

holgazanería? ¡Oh, trabajo fecundo, sólo podrán denigrarte los réprobos de la sociedad que con astucia se apoderan de la sangre del pobre, los que propagan que el trabajo es anatema que hay que borrarlo de la frente, los que, en lugar de estimularlo, se acogen á la conformidad del vencido. Oración y nunca maldición es el trabajo.

Por tí del polvo despreciable se levanta la riqueza; por tí de las entrañas de la tierra surge el escondido tesoro; por tí de las ruinas se yerguen los palacios; de las cenizas, cual otro fénix maravilloso, vuela el progreso transformado en luz, en calor, en movimiento; por tí la industria garantiza la felicidad de las naciones; por tí el cerebro se agita con ansia de concepciones inmortales, por tí brotan las obras maestras; por tí las fábricas coronadas de humo, alzan hasta el cielo sus torreones y sus chimeneas. ¡Oh, bendito trabajo! Alma del mundo, te canta

la naturaleza, desde el infusorio microscópico que levanta peñones colosales, hasta la hormiga laboriosa con sus galerías admirables, desde la abeja con su mesurado gobierno y sus panales esquisitos, desde el castor con sus obras de defensa y sus diques de extensión, desde las avecillas que fabrican verdaderas obras de arte para arrullar á sus hijuelos, hasta el rey de la creación, el que corona la escala zoológica, el *homo sapiens* de Linneo. Todos, todos rumorean un himno para tí. La paleta te dedica, en la gama de sus colores, sus más vívidas notas; el buril sus rimas seductoras, la poesía de la forma en las estatuas que modela; el hacha las églogas de sus montañas, la tonada pastoril de sus campos, la armonía de los bosques y el ronco acento de los árboles seculares que resuenan á su empuje constante. ¡Todo es para tí!

La ciencia te consagra sus sacrificios y sus luchas. Y por tí se

han descubierto los mínimos habitantes de la tierra, las amibas, los zoófitos, los protozoarios. Por tí de los átomos, de las moléculas, de las arenas se forman dólmenes, obeliscos, pirámides que asombran. Por tí el rayo ha obedecido la voz del hombre; por tí ha inclinado su lomo gigante el océano y ha extendido su riquísimo manto el firmamento, para la observación de los mundos arcanos y el encanto de los vates del cielo—los astrónomos.

Y desde Brand, el célebre alquimista de Hamburgo inventor del fósforo, hasta Edison, el maravilloso brujo de la electricidad, han encontrado luz, luz inmortal en tu seno. Eres el supremo inspirador. Todo lo allanas. Por tí se obtiene la gran victoria del esfuerzo humano, de la actividad y de la energía que pasan ufanos por encima de obstáculos increíbles, de precipicios abrumadores, de valles y peñones que parecían por siempre insuperables, rebelándose el martillo ciclópeo,

la barra del obrero, el talento y las buenas disposiciones de la ciencia, en lucha de titanes, contra las dificultades de la naturaleza.

¿REFRENARÁ la poesía sus arrebatos y opacará un tanto sus toques porque pasó el cuadro deslumbrante de la aurora? De ninguna manera. Viene la poesía real, las escenas de la existencia, lo que es más humano y no se cierne por las regiones del ensueño. A primera vista, no se descubre mucho esplendor en el paisaje; pero hay contento en nuestras almas. Se siente la satisfacción del deber cumplido, el descanso de la ardua labor, el dulce bienestar de proporcionarnos, con el sudor de la frente, la complacencia de la familia, la vida del hogar, el fuego para la estufa y el vestido para los pequeñuelos.

DESPUÉS reanúdase el trabajo: los silbatos y campanas de las máquinas de vapor, de las loco-

motoras, de los talleres industriales, de las grandes fábricas que son emporio de progreso, de los laboratorios científicos, moradas del estudio, conmueven nuestras almas y las llenan de fruición inexplicable.

¡FELIZ del que aprovecha de esta parte importante del día en labores que le alejen del mal!

CUANDO en las diversas etapas de la vida, tras rudo batallar, el hombre en la plenitud de sus años, en su edad viril y en el magno goce de su salud, sintiéndose al fin padre de familia, se detiene en la sacra tienda de sus lares, como en un vivaque, rodeado de los suyos, á recordar que está montando guardia peligrosa junto al campamento hostil de las enfermedades, de los sinsabores, de los infortunios; cuando medita en las angustiosas noches pasadas y en la brega incesante contra tántos enemigos que asechan su alma, su cuerpo, su quietud, su casa;

cuando piensa que el sagrado reducto de su hogar será tal vez invadido por el hambre, por la desgracia, por la muerte, su primer suspiro lo dedica al porvenir de su descendencia; las ideas y reflexiones, sitiando su mente, no le dejan otro problema que el del mañana para las prendas más queridas de su corazón. Pasó ya la aurora de su vida; pasando va, como tropa en marcha, su juventud, la que, levantando sólo el polvo de los desengaños, se aleja de las costas risueñas de las ilusiones para ir á bogar desesperada por mares borrascosos; despídese la juventud dejando atrás países amados á los que ya no tornará, y agitando á la distancia el pañuelo blanco de sus últimos sueños, que apenas se divisa en el incierto horizonte con el catalejo de la esperanza; trasmonta la cordillera de su media edad, para, desde esa altura, contemplar el panorama que se dilata á los dos lados de su existencia: el pasado, que siempre es grato, y el futuro que asusta.

En los albores del día, en su pubertad, estuvo al pie de la colina, descubriendo ambicioso la cúspide del ideal que se destacaba en lontananza; más tarde, á medida que crecía su razón y se desarrollaba su organismo, fué ascendiendo poco á poco, á costa de esfuerzos dolorosos y de duras caídas; hoy se halla en la cima, descansando, momentáneamente quizá, de las asperezas del viaje, inebriándose tal vez con las brisas de las cumbres, después de ese como sol de Libia que soportó en su ruda travesía: mañana volverá á hallarse al pie de la montaña, pero en opuesto lado, casi como en una antípoda, cansado peregrino, cuando el sol de su virilidad decline. Pocas horas de reposo apenas: no hay tiempo que perder, porque la noche avanza en su carrera. El caminante desaparecerá á la postre, envuelto en la suprema tiniebla ó acariciado por el plácido nirvana. Pero sus hijos quedan en el mundo: los hijos constituyen desde entonces su obsesión.

¿Resultará fructífera la jornada que emprendan? ¿Cuál será el éxito después de las penosas é inciertas marchas forzadas? Las etapas de su camino, ¿serán más gozosas por los trofeos que lleva, después que las heridas se curaron, ó serán etapas de cansancio, de vergüenza, que interrumpan al vencido su fuga? El padre de familia, filosofando espontánea y naturalmente, vese obligado, compelido á aprovechar de la luz, del horizonte despejado que se le ofrece, del claro día que está en la mitad de su evolución. Cada hora que se hunde en el abismo del tiempo, es una milla más que le aleja de sus idolatrados hijos. Educarlos desde la cuna, si es posible, es su única estrategia; cuidar en ellos esa como energía del alma, la voluntad, que es madre de los éxitos terrenales, á fin de que tan importante fuerza se desarrolle metódica, científicamente; servir de médico de la infancia, es su táctica; médico tanto más práctico, cuanto que está abonado por una lar-

ga experiencia: los años; combatir, desde los primeros destellos de la vida, todo indicio de mal carácter. Guiados por tan solícitos facultativos, es decir, por sus padres, los niños irán aprendiendo á hacer sacrificios útiles, á no descuidar de la higiene, ni de la limpieza, que es su secuela. Los seres abnegados que se interesan por ellos no temerán contrariarlos ni cuando se hallen en el goce del biberón, si va en ello el bienestar; muy al contrario, nada importará que el niño llore privado del pecho de su madre, si con esto se evitan muchos daños, tales como las indigestiones, la dilatación gástrica, los abusos, en fin, del régimen alimenticio. ¡Cómo poder habituarles á la disciplina desde el dulce nido que les vió nacer! ¡Cuántos ensueños para el padre, cuántas utopías educadoras! Ya no se ocupa de sí: ahora sólo piensa en la prole. Su afecto fervoroso deberá revestirse de sagacidad, de aparente rigor, no para convencer al niño, que á esa

edad es imposible, pero siquiera para obligarle á tomar los medicamentos salvadores, esas pócimas desagradables que le sublevan y provocan agudos berridos. He aquí al padre-jefe de los suyos-en el hogar, como en un campamento, dictando acertadas disposiciones á sus soldados; convertido ya en médico de los adorables guaguas, ya en maestro de los hijos mayores, ya en profundo fisiólogo, ya en anatómico de esos corazones infantiles; revistiéndose de energía, de autoridad, de prudencia para que reinen la paz y la salud, en especial en los peligrosos desarrollos de la infancia, adolescencia y juventud. Quien ha vivido algo, comprende fácilmente que la vida es una pelea, una continua campaña. De etapa en etapa, por desiertos donde no abundan los oasis de la ayuda y del estímulo; por fúnebres estepas cruzadas de pasiones asesinas y de huracanes matadores, va al triunfo, ó va á la rota postrimera. ¿Quién le guiará en la inmensa y

desolada llanura?—La educación, que, como una estrella inextinguible, será la eterna alumbradora de sus pasos. La satisfacción del deber cumplido, la fruición del trabajo honrado, la práctica del amor y del bien, son las únicas victorias, á raíz de la campal batalla del mundo; los remordimientos, los vicios, el odio, el mal y la desgracia buscados por nuestras propias manos, son las derrotas finales para el hombre. Transcurridas las primeras efervescencias de la juventud, con la serenidad y madurez de los años, el mortal gladiador debe, en todos sus encuentros pasionales, perseguir sólo aquellos triunfos que mejoren, que alegren, que enorgullezcan eficazmente su espíritu.

El mediodía es la virilidad: muestra sus fuerzas, las aumenta, y va de nuevo á aprovecharlas en el santuario del taller, sobre el yunque de la constancia, como sobre un ara sacrosanta, rindiendo culto al trabajo, es de-

cir, elevando á lo alto una práctica oración.

La época de la plenitud del hombre en su carrera, eso es el mediodía. En alcémosle.

Así como en aquella hora el astro rey sube á la parte más encumbrada del horizonte para de allí emprender su descenso é ir á morir al otro lado de las distantes montañas, no de otra suerte el mediodía de la humana estirpe es la virilidad que alcanza el apogeo, antes de que le falten sus energías y comience la bajada penosa hasta el sepulcro.

*
* *

La tarde.

El sol declina. Se admiran sus palideces soñolientas, hasta que el astro va á hundirse al otro lado de los montes ó parece

que se oculta en las profundidades del océano. ¡Qué espectáculo tan melancólico y hermoso!

Como olas gigantescas, los trigales se mecen mansamente. Las aves regresan á sus nidos y se escucha un suave rumor de epitalamio. Las chozas despiden penachos de humo. Se puebla de ruidos el establo. Regresan los campesinos dando remate á sus faenas. En el bosque hay penumbras indescriptibles y armonías extrañas y confusas.

El véspero se acerca. Comienza á pestañear la dulce estrella de la tarde. Lentamente las sombras, como vírgenes de luto, principian á extender sus cabelleras sobre la faz de la tierra.

En medio del peculiar bullicio, hay algo precursor del silencio y de la calma. Las variadas notas se amortiguan. El espíritu se arroba y medita. Es la fina-

lización del día. Por lo grave, por lo solemne, tiene mucho de la ancianidad. Se contemplan las postreras claridades, los lineamientos del crepúsculo, lleno de tonos apacibles. Antes de morir el día, el horizonte se ilumina semejando una explosión de llamas. Como las irradiaciones de una inmensa hoguera, tal los cúmulos y estratos aparecen en el confín, con fajas coloreadas que se pierden en lontananza. Cual palacios colosales de pintor magistral que esbozara una rara ciudad de habitantes mitológicos, otras nubes, diseminadas en la bóveda azul, exhiben sus caprichosas formas.

CÚBRESE la campiña de tristeza; las flores de la pradera se cierran suavemente al beso de la noche.

SE abre á nuestros ojos el incomprensible y sublime libro del cielo. Millares de estrellas titilan en la altura. El sabio se extasía ante tanta maravilla.

Ahí se encierra la ciencia del porvenir, la fuente de inspiración y el raudal de fantasía. Las edades pasadas, las presentes y las futuras están allí dándose un sólo abrazo, viviendo una vida estable, perenne. La historia vese evocada, refrescada en ese conjunto de constelaciones. El ignorante enmudece en presencia de lo bello, el erudito estudia y se recrea al mismo tiempo.

Los antiguos indios, los Aryas, llamaron *Varuna* al cielo, significando la bóveda azulada que contemplamos. En la misma suposición se fundaba el *hueco* ó *cóncavo* de los griegos. El *Cœlum* de los latinos basábase sobre la misma noción de cielo conocida ya. El lugar fulgente, *Dyaus* ó aire luminoso, según decían en la India, es la región de la luz. Sobre ella moraba Dios, el principio de las cosas, el Jahouh hebreo de los asiáticos. Desde los primitivos tiempos, los hombres han tenido más

ó menos conocimiento del cielo, rindiéndole admiración y culto.

El cielo nos enamora. Es la infinita inspiración de los poetas, el gran libro abierto para las almas predilectas, el manto azul que cubre mil ensueños y aspiraciones brotadas de los seres que huyen de lo vulgar.

En las noches calladas, cuando el misterio de la soledad nos sobrecoge, cuando el silencio, como un ángel de las meditaciones, se alza sobre el pedestal de la naturaleza adormecida, cuando el pecho, con anhelos inexplicables, se levanta al impulso de las expansiones, ¿habéis contemplado el cielo? La inmensa bóveda tachonada de estrellas que rutilan, cubierta de albas nubecillas en fondo de límpido azul, llena de parpadeos luminosos, es un cuadro sublime que ni por paletas magistrales puede ser copiado como se debe.

¡AH! el cielo. La ciencia tiene en él sus mejores horizontes, la perfección terrenal sus más lindas lontananzas y el soñador sus ilusiones más puras. Allí está el secreto de ciertas emociones del alma. Contemplando sus diversas fases, ya pensamos en la mutabilidad de la vida, ya en la flaqueza humana, ya en la incomprensible extensión del Universo.

HABÉIS visto, entre los pliegues oscuros del manto sorprendente, el solemne paso de la Osa Mayor que parece gesticular, en irradiaciones de luz suave, á los mortales?.... El cielo ofrece cuadros variadísimos. Es para las Bellas Artes constante modelo inimitable.

LA música, interpretándolo, cree elevarse á mundos superiores y escuchar la armonía de las esferas.

NOS sentimos sobrecogidos, abrumados con la majestad del

infinito pabellón. Entonces aprendemos á conocer á ese resorte misterioso que anima todas las cosas; resorte al que la humana inteligencia llama punto de interrogación.

CUANDO la madurez de las ideas da más consistencia á los razonamientos; cuando una larga experiencia ha puesto de relieve las tribulaciones grotescas de la vida; cuando el estudio incesante va fructificando el fósforo cerebral; cuando las decepciones nos desgarraron el pecho; cuando todos los consuelos han fracasado, todas las amistades se han evaporado, todas las engañosas apariencias han descubierto al fin la cara patibularia del mal, comprendemos que la noche es la hora de la oración.

¿POR qué? Porque nada como la soledad, el silencio y el panorama del firmamento incita más á elevar nuestras plegarias, á exponer las quejas del alma, á derramar lágrimas en la sombra,

libres del bullicio de la crítica, de la carcajada brutal de los que gozan. En el callado santuario de nuestras conciencias, mandamos hacia mundos ignorados la súplica sincera encaminada á Dios.

Todos los que nos abandonaron en este mundo acuden al supremo grito del corazón: con los brazos abiertos los recibimos, sin poder ocultar una lágrima que resbala por las mejillas. La noche se presta para las visiones predilectas. A merced de las tinieblas, parece como que nos hablaran los seres idolatrados á quienes no olvidamos.

Y nuestra oración se mezcla á la profunda majestad de la naturaleza, que tiene aspecto de acompañarnos con su recogimiento.

La noche es alivio para las almas grandes; pero los de morvosidad moral, los deprimidos, los débiles experimentan angustia inexplicable. Los fuertes

hallan lenitivo: los pequeños tiemblan, los criminales agonizan de pena, los cobardes-heridos por el infortunio-desesperan con el peso de sus cuitas.

MIENTRAS la noche trae general descanso, hay seres desgraciados que carecen de albergue, que no tienen una morada amiga, que no encuentran donde reclinar su cabeza.

PARA la extrema miseria, la noche es un flajelo en las ciudades populosas.

ESTOS ejemplares de orfandad y de miseria no consiguen hasta ahora interesar de una manera práctica al mundo en su favor. El egoísmo que va tomando incremento, apoyado quizás en las mismas dificultades de la existencia, ve pasar á los desventurados de la tierra con marmórea indiferencia, en la noche del endurecimiento de alma que nos cubre.

APRENDAMOS á apiadarnos de los infelices. En el crepúsculo de las necesidades que martirizan á nuestros hermanos, rutile la caridad, esa refulgente estrella de la tarde, ese véspero hermoso que también de tarde en tarde suele asomar en corazones virtuosos.

¡OH, noche, que regalas con tu sueño á los que en las horas diurnas lucharon por la vida, vuelve tus ojos humanitarios á los que desesperan!

NOCHE, que atormentas con el remordimiento á los que cometieron el mal ó se entregaron á la holganza, socorre á los desvalidos.

ERES fecunda en frutos de filosofía y de seria reflexión.

ERES el numen de los poetas, la compañera de los sabios y el templo de los justos. Eres la quietud y el ángel de la oración. Eres el ojo fiscalizador de las

conciencias. Si en tu seno quiere esconderse el crimen, envías un lampo de claridad, un rayo de reprensión, un destello de alarma. ¡Salve, noche poética y serena!

En tus brazos se entregan los mortales después del rudo batallar del día.

¡Oh, virgen recatada, que aguzas la fantasía y que besas la frente á la balhurria, á quien ansío que constantemente, al amor confidencial de la almohada, le inspires sueños de quietud y de esperanza para que mitigue sus cuitas y enaltezca sus pensamientos de ilota atado al armatoste del dolor y de las crueles inferioridades!

Quizás así aprenda á contemplar el cielo, tan encubierto para los pobres que en las grandes poblaciones viven en estrechos sotabancos, situados en calles más estrechas todavía, en los que, con el humo de las fábricas, con el aire viciado, con la falta

de ventanas, con el recargo de dolores, con la vista empañada por deficiencia de condiciones higiénicas, no se acuerdan de mirar la bóveda que para ellos no es azulada, sino negra. Estos no se acuerdan de Dios, sino para maldecirle.

VIVEN en peor condición que nuestros indios, porque no gozan del aire libre del campo, ni conocen la fe del carbonero, hija de la ignorancia. Los indios sufren, pero no maldicen: tienen el consuelo de las lágrimas; son esclavos, pero no se desesperan: la fe, con su traje burdo, les reanima. Son parias, pero no blasfemos. Entréganse á cantar sus dolores. ¿Los habéis oído gemir? ¿Habéis escuchado su yaraví? El más popular es el *San Juan*, que, triste como las quejas del desgraciado, desgarrador cual el suspiro de angustia del moribundo, sensible como la lágrima del huérfano, posee una música *sui géneris*, impresionable en medio de su mo-

notonía. En su sencillez rústica, en su semi-bárbaro sonsonete, en sus repeticiones melancólicas y numerosas, se lee una nota dominante, la pena. Es el canto de los desheredados de la fortuna, de los pobres indios subyugados, siervos de la gleba; el clamor de una raza prostituída, que, de dueña del vasto y rico territorio de la América, de indomable, de soberbia, de vencedora, se trocó en esclava, en bestia de carga, en carne de cañón, dispuesta al concertaje, á la labranza, á los hercúleos laboreos de peor condición que el asno y al miserable servicio de gañán maldito, carne despreciable.

¡Ay de los vencidos! ¡Ay de los vencidos!, según la tremenda amenaza del jefe galo. La doble exclamación brota de suyo, viendo tantas injusticias de la suerte y tantas barbaridades del hombre civilizado, del que se dice culto y cristiano.

Aquella tonadilla conmovedora, que parece engendrada en

la noche de orgía de un despechado, por las incoherencias que en su fondo se notan, es la música tradicional del pueblo indio en sus festejos. Se entrega frenéticamente á sus diversiones, baila con la borrachera de la alegría, en medio de aquellos ecos de tanta tristeza.

Esto parece una eterna ironía, el sarcasmo de los infelices que en su impotencia ríen aparentemente, cansados de llorar en su interior; que se entregan al solaz resignados, porque ningún remedio en lontananza advierten, pues sus horizontes son cortos y llenos de bruma.

¡Oh, sombras de los Scyris, de los Puruhaes, de los Paltas, de los Zarzas, de los Quitos, de los Tiquizambis y cien pueblos más!

¡Oh, bella tribu de Carán, esparcida por la hermosa Bahía de Caráquez! ¡Oh, encantadora reina Toa, esposa de Duchicela,

merced al régulo Condorazo! Pasasteis, múltiples estirpes, gloriosas un día. Como pompa de jabón, disipóse vuestro poderío. Y el himno guerrero que teníais convirtióse en acongojado yaraví.

Los indios, en sus jaranas de aldea, jamás dejan el *San Juan*. Lo zapatean, lo silban, lo cantan, lo lloran como de necesidad. En sus deplorables chozas, pobre indiecita, de rostro cobrizo, de grandes ojos negros, hermosa, con su arrogancia nativa, antes que el látigo del mayoral, instigado por el rudo mayordomo, ó la paliza del patrón la abata; fresca, como una flor silvestre, con su beldad primitiva, sobre todo en ciertas provincias de la República, como en la pintoresca Imbabura; antes que sea desflorada por el jovencito propietario que se las da de diablo, prostituida por el conservador pícaro, pero devoto, por el jayán rico que la trata cual mueble ruin, preocupado sólo de redon-

dear sus haciendas; – esa india-na virgen y simpática entona el *San Juanito* de una manera tal, que hace llorar; lo canta en ese lenguaje quichua lleno de expresiones tiernas, que tiene una fonética suave y característica. ¡Pobre clase escarnecida! Tal vez resuena el yaraví con todas las proporciones de ingente protesta contra los abusos de la fuerza, contra el estado de indolencia en que, por egoísmos y conveniencias, se la mantiene, siendo una raza vigorosa y de esperanzas; contra las erróneas enseñanzas, contra la vida salvaje que la dan, abotagándola de supersticiones, evitando que aprenda á leer y procurando, á todo trance, que sepa temer ciegamente y prosternarse.

Son los indios los que levantan los palacios del magnate, los que repletan las arcas del propietario, los que se sacrifican por el señor feudal; los que reemplazan al jumento que en el atolladero abandonó, jadeante y

moribundo ya, su carga; los inconscientes correvediles de maquinaciones políticas y citas amorosas, los correos económicos, los domésticos sin librea, los que proporcionan una mina de oro al sacerdote y un cuerno de la abundancia al culto de una religión que explota, que corrompe y que envilece.... Los mejores curatos, los de más pingües entradas son los de pueblos de indios únicamente, en los que no alcanzan los días del año para el número de fiestas y obligaciones que inventan como negocio los ministros del Señor. Cristo huye, fiscalizado torpemente por los que han invadido su viña ó la cultivan con iniquidad.

"En América, país bello por excelencia, no se conoce la dolorosa emigración, aquélla que efectúan en naciones donde se niega el pan á sus hijos", dijo Edmundo de Amicis ¿Y ésta que hemos pintado? ¡La emigración india al país de la esclavitud y

de la ignorancia, expulsada de sus antiguos dominios!

La noche es también compañera de los pobres, material y espiritualmente hablando, porque los pobres de dinero, los que en busca de él se agitan incesantemente, los que no dan descanso al martillo del trabajo que, con repiqueteo interminable, golpea sobre el yunque de la constancia, estos humildes obreros, en la noche suelen reposar: esperan con ilusión á esa virgen de luto para contarle todas sus tristezas; y los pobres de espíritu, los que no conocieron otro horizonte que la rutina, los que consideran la vida como una falsilla que hay que seguirla al pie de la letra, escribiendo sobre ella aun cuando las líneas no estén horizontales ni equidistantes, sin atreverse á raciocinar, eternamente resignados y testarudos á ciegas, obedeciendo á esa pauta vulgar, están en lóbrega noche, en la más siniestra de las noches, la del espíritu. Para ellos no existe na

da más allá de sus narices. Toman la noche como viene, comprendiendo de ella sólo la sombra, sin ponerse á meditar en medio de la religiosa calma que nos inspira, en tanto que los pensadores la aprovechan: abísmanse en extrañas y fecundas concepciones y buscan la clave de problemas universales, diciendo con el poeta:

"Et je cherche le mot de cet obscur problème
Dans le ciel noir et vide où flote un astre blème".

PENSAR es esfuerzo útil, trabajo copioso. Pasan por la mente del pensador, como esas pinturas de artistas místicos y visionarios, un tropel de ideas, de cosas aladas que van á morir en el país de la quimera. Sueña despierto. Y en vez de aprovechar, como lo harían los espíritos vulgares que se dicen prácticos, la noche durmiendo brutalmente, la aprovecha soñando sin dormir, hasta que le sorprende la aurora. Proclama doctrinas que más son causa de risa para muchos y para otros

alejamiento de sentido práctico; tremola un estandarte bajo el que se agrupan, exclusivamente, unos pocos en la hora terrible de la feria del mundo, cuando se comercia con todo y se quiere sacar en limpio, como última condensación, la utilidad. Vale más el becerro de oro que recibió adoración de la multitud ciega; vale más, porque, aunque hueco é imbécil, es de oro, mucho más que las tablas de la ley que se forjaron en lo alto, entre nubes y truenos, en un cielo hermoso; esas tablas que en la hora presente debieran regir á los hombres y que no son otras que el ideal, que no debe faltar á nadie.

¡Oh, bendecido ideal! ¿Cuántos se avergonzarán de nombrarte; cuántos, con la mueca irritante del desprecio, te echarán á mala parte? Y eres todo en la vida; eres la explicación de nuestra racionalidad; eres la fuente de bien para los puros corazones; el escudo de altivez para las prosaicas batallas de la

tierra; el dulce consuelo en las penosas correrías en pos del pan; eres el alma de las cosas, la realidad del sueño de la vida: la transformación de la materia, su redención.

Por tí la poesía realiza sus concepciones fantásticas, exteriorizando lo que en su contemplación ideal concibiera.

"En efecto, dice Francisco Giner en sus *Estudios Literarios*, mostrar cómo en medio de esta anarquía abrumadora, de esta variedad inagotable y eterna de la vida, se sostiene idéntico el principio substancial en que se funda, y cómo toda ella se ordena y explica en el sistema orgánico de una causalidad incesante, en el cual no hallamos cosa alguna que sea puro efecto y accidente sin razón ni verdad: tal es el objeto de la ciencia. Abarcar inmediatamente en la contemplación sensible ese mismo sistema, de suerte que en él nada aparezca inútil y

que todo cuanto vemos en el objeto se enlace y condicione con mutua solidaridad, constituye lo que solemos llamar sentido poético de la vida, la intuición estética. Hacerlo, por último, efectivo bajo igual carácter de comunidad interior de cada parte con todas, según se nos revela en nuestras intuiciones, proyectar objetivamente lo que de este modo percibimos, es la misión del bello arte".

ESTAS tres funciones, estas tres actividades, estas tres energías juegan importante papel en la vida y se unen entre sí, pero no esfumándose de tal modo que no sea posible distinguirlas, sino que se les aprecia claramente: así la ciencia se da cuenta de la esencia de su sér, la poesía lo observa todo admirablemente sin penetrar en la íntima naturaleza de las cosas, aun cuando las adivina, y el arte propaga, hace palpar este miraje subjetivo, por medio de signos visibles é imágenes de colorido.

HEGEL, el profeta maligno, si se nos permite la expresión, vió para la poesía, que es el alma del ideal, un negro futuro, anunciando su ruina. Mas creemos que la poesía, como encarnación de lo bello, como representación del arte, es propia de la naturaleza humana, en donde vivirá eternamente. ¡Ay del corazón si ella desapareciera!

LOS pueblos, las luchas de la vida, los hábitos, la civilización de las naciones, todo encierra la poesía, pero fundándose antes en algo. "No hay poesía, pues, sin objeto".

LAS epopeyas de la humanidad – la de Valmiki, por ejemplo - nos enseñan todas las tendencias de un pueblo, su legislación, sus ensueños, todo lo que fué y deseó esa raza.

"No consiste la obra del poeta en decir las cosas tales como son, sino tales como han podido ser. Ni difieren únicamente el histo-

riador y el poeta por escribir el uno en prosa y el otro en verso. Aunque pusiéramos en metro los escritos de Herodoto, no dejarían de ser historia. La diferencia está en que el historiador cuenta las cosas que sucedieron, y el poeta las que pudieron ó debieron suceder. De aquí que la poesía sea algo más filosófico y más grave ó más profundo que la historia, porque la poesía expresa principalmente lo universal, y la historia lo particular y relativo" (1)

¡CUÁN encumbrada la misión de la poesía! Recordemos la expresión de Víctor Hugo: "La sibila tiene un trípode, el poeta no. El poeta es su mismo trípode. Es el trípode de Dios".

¡OH, poesía, oh, alma de las cosas! Tú conquistas el mundo con una sonrisa. Eres dulce ti-

---

(1) Historia de las ideas estéticas en España, por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

rana de los hombres. Por donde quiera que pasas, vas dejando admiradores, amantes rendidos. Cánova, el inmortal escultor de Possagno, que restauró el antiguo arte italiano, modeló la estatua de Napoleón I, obra maestra, llena de energía, de arrogancia y que lleva un notable gesto de amenaza. El Emperador, al contemplarla, exclamó asombrado: ¿"Se figura Cánova que yo conquisto los pueblos á puñetazos?". Tú, más hábil que el audaz guerrero, las conquistas á sonrisas.

¿QUIÉN al mirar tu rostro tan hermoso y risueño no se confiesa vencido por tantos primores? Sabes más que el célebre escultor: en vez de recurrir al enojo acudes á la bondad, y así vences siempre. Grande es el que tan bella te formó. ¡Oh, flor sencilla, no morirás!

EL profundo crítico lord Macaulay afirma que "la poesía declina inevitablemente á medida

que la civilización progresa". Sea de esto lo que quiera, nos consolamos cuando oímos á Miguel Angel decir del divino ciego autor de esas hermanas incomparables la Iliada y la Odisea: "Cuando leo á Homero, me mido para ver si tengo veinte pies de altura"; nos tranquilizamos cuando recordamos el afán con que el ilustre Milton se hacía leer, ya por medio de sus hijos, ya por el de su amigo predilecto Elword, al mismo Homero; nos alegramos cuando el aludido autor de *Los Ensayos* – "el libro más ameno, variado, útil y deleitoso" del siglo XIX, al pensar de Menéndez Pelayo – expresa que la *Divina Comedia* "puede considerarse como la más superior entre las de imaginación que ha producido el ingenio humano después de los poemas de Homero"; nos entusiasmamos cuando recorremos las páginas gloriosas de la coronación de Petrarca que magnetizó á Italia y en especial á Nápoles y Roma; nos conmovemos

cuando oímos los gemidos y vemos las lágrimas de ese millar de ingleses que leen con emoción las poesías de Byron, llevadas á su tierra ingrata por los vientos del Adriático.

"¿No es cierto, pregunta Núñez de Arce, que cuando la poesía influye tan eficazmente, como en nuestro siglo, en las diversas y múltiples manifestaciones de la actividad intelectual y afectiva, encontrándosela en todas partes donde se ama, se aborrece, se piensa y se lucha, hay motivos sobrados para protestar contra los que la describen como agitándose con los postreros estremecimientos de la agonía?" (1)

En el banquete de artistas griegos, en casa de la bella Eucaris, al que asisten Diodoro, Fidias, Lysis, Clitarco, Teofras-

(1) Discurso sobre la Poesía.—Consta en la novena edición de los *Gritos del combate.*—1891.

to, la conversación acerca de la estética tiene esta apoteosis: "El heroísmo es obra del poeta, repuso Lysis. Es el poeta quien ha engendrado los héroes, y solamente el ideal que persigue el guerrero es lo que le diferencia de un vulgar bandido. Harmodio y Aristógito, que se sacrifican por librar á Atenas de una odiosa tiranía, son dos hombres eminentes y bien merecen las estatuas con que el pueblo los glorifica; pero si Hiparco no hubiese sido un déspota, aquel acto habría sido juzgado como un ruin asesinato. Los hechos de armas de un guerrero son heroicos, si en defensa de una idea noble se ejecutan; pero si en defensa del despotismo ó por amor al poder y para oprimir un pueblo libre, las más grandes hazañas no son sino infames vituperios dignos de un terrible castigo". Y luego estas palabras: "Es más fácil escribir versos insultantes ó inmorales que un bello poema de amor ó una epopeya sin ripios; y más

difícil crear que criticar, construir que destruir. Te molesta la gloria de Pericles, eclípsala con los cantos de tu lira. Homero es más grande que Milcíades". (1).

He aquí otro ditirambo:—"¿Tan malo es ser poeta?, replicó Preciosa—No es malo, dijo el paje; pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno; hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre: la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discresión más alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente, deleita y enseña á cuan-

(1) Dionysos, por Pedro César Dominici.

tos con ella comunican. —Con todo esto, respondió Preciosa, he oído decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga.— Antes es al revés, dijo el paje, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos". (1)

¿QUÉ significa todo esto? Simplemente el triunfo de la poesía, que andará por el mundo proporcionando delicias y consuelos mientras la belleza no emigre de la tierra.

POR esto la poesía es imagen de la juventud, de la aurora, de lo hermoso; en tanto que la filosofía puede ser representada por la vejez, fría y reflexiva. La una aclara el alma y la alegra; la otra le sumerge en serias meditaciones y la entristece en la noche de las cavilaciones y errores de la tierra, por la que pasa

(1) La Gitanilla, por Miguel de Cervantes Saavedra.

la vida como un soplo, como si se la viera por la ventanilla de un tren expreso en marcha, como decoraciones teatrales que en un instante representan la aurora, la mañana, la tarde y la noche, ó sea la infancia, la juventud, la virilidad y la senectud, que es el ocaso del día.

TERMINAN los años, sumergiéndose en la no interrumpida noche del sepulcro.

LA vida humana es como breve día: después de ligeras etapas, apenas alcanzamos á vislumbrar, al través del prisma de las ilusiones, las diversas acuarelas que, como películas de cinematógrafo, se suceden; acuarelas de tonos alegres ó tristes, según que la educación y la suerte las dibuja. En seguida, nos hundimos en la noche profunda.

IMAGEN de lo infinito, el tiempo es inmutable: el hombre es el que va cambiando. Costas

inamovibles son las del puerto eternal: sólo nuestra barca es la que se desliza, la que muda de posición, al pasar por tantas y tan ignotas regiones, dejando atrás, en su rápida navegación, variados paisajes que no volvemos á ver jamás. Cada centésimo de segundo que transcurre, impulsado por la formidable ola de la vida, no vuelve más. El misterioso reloj lo marcó y su puntero no retrocede nunca. ¿Quién puede conseguir paralizar el péndulo inexorable? ¿Quién puede alcanzar que disfrutemos por segunda ocasión el mismo centésimo de segundo que ya fué? Vibró como un relámpago, para apagarse eternamente.

MÁS grave de lo que juzgamos, es meditar en estas cosas que, sin embargo, están íntimamente ligadas con nuestra existencia. El ojo, órgano minúsculo, no puede mirar lo infinito. El telescopio más potente no abarca sino una parte muy limitada del firmamento, lo demás, el espacio

sin barreras, queda á oscuras para su objetivo. ¿Qué hará el hombre, liliputiense, microscópico, ante el inconmensurable universo?

En el eje inmoble del tiempo, la rueda de la vida gira y gira sin cesar: cada vuelta inútil, cada minuto perdido debe afectarnos hondamente, porque es una partícula de nuestro sér que se desgasta, que cae sin remedio en el magno é impetuoso río.

Sólo las etapas del pensamiento no son inútiles en la gran jornada hacia la perfección. Las piedras miliarias, los hitos que va fijando á lo largo de su camino, son indestructibles. Avanza el pensamiento trazando diariamente la historia de la humaninad. Pensar es progresar. Los siglos, con retórica elocuente, ponderan la evolución de las ideas. ¿Qué nos dicen las páginas de la historia? Oigamos. El estado casi normal de los an-

tiguos era la guerra; con mejores nociones en el cerebro, hoy es la paz. Los romanos que dominaron el mundo, dejándonos la herencia de sus leyes y de su civilización latina, educábanse de preferencia para ciudadanos. Dió un salto adelante el pensamiento, y hoy nos educamos para hombres. Borráronse de los pueblos los sacrificios humanos para aplacar á las divinidades. Indulgencia concedida por el vencedor, gracia de agradecer era la esclavitud, hoy es un crimen social. En épocas remotas la hospitalidad era sagrada; con todo, al de ajeno país ó idioma llamábasele bárbaro. El pensamiento ha hecho una nueva conquista civilizadora: hoy todos son cosmopolitas, y en vez de hospitalarias ceremonias, hay bondad universal y protección de la ley. Monstruosas y sangrientas fueron antaño las guerras religiosas; hoy las prósperas naciones no pelean por extraño culto, sino las tribus salvajes.

PENSAR es saludable; profundizar el pensamiento es mejorar la vida. Los libros que nos aconsejan bien, que inspiran á nuestra alma; la meditación que nos sugiere sanas ideas, he aquí lo que no debe olvidar el ente racional, cualquiera que sea la faz de su existencia. En lo moral, como en lo gráfico, comienza por deletrear á duras penas, luego lee maquinalmente, después reflexiona en lo que lee, más tarde recuerda su lectura, la apunta, en seguida selecciona sus libros, por último fija su pensamiento, escribe. Así, de etapa en etapa, llega el hombre á la meta de su perfección, desde la que se halla en condiciones de propagar sus conocimientos, fruto del estudio. ¡Qué, desde el niño hasta el anciano, prevalezca un consejo salvador—el de la lectura! Leed, leed todos incansablemente; leed primero en vuestra conciencia y después en todo lo que os rodea; hojead, junto con el admirable libro de la naturaleza, las obras de los hombres.

Por escasos pensamientos que éstas contengan, siempre encierran alguno, pues aun en medio de la cizaña, de la hojarasca, se oculta un granito que germina; y cada pensamiento, por insignificante que nos parezca, es hijo del esfuerzo humano. Sólo con provechosa lectura, conseguimos ora poner en práctica la lección anotada, ora fecundizar nuestras ideas, ora refinar el gusto. Contribuyamos, siquiera con una letra–hablada, escrita ó ejecutada–á formar el libro colosal de la humanidad. Si con signos unimos las sílabas, con sílabas encadenamos las palabras, con palabras los pensamientos y con éstos damos clara muestra de superioridad animal, halemos, empujemos con el pensamiento – motor gigantesco – el carro de la historia humana hacia la cumbre del ideal.

Hace gran número de centurias que en la India brotó el verbo inmortal de Buda, rico en puros y nobles conceptos que

enorgullecen al espíritu; siglos después surgió, con hechos, sermones y palabras, el de Jesús; y estos faros inextinguibles iluminan todavía, de uno á otro hemisferio, casi la totalidad del orbe. ¡Maravilloso poder del pensamiento humano!

VIVIR es sufrir. Sufrir es pensar, porque es darnos cuenta de nuestros sufrimientos, tener conciencia de ellos; pero estos dos vocablos—pensar y sufrir—designan acción, es decir, combate; luego vivir es luchar. La lucha es acto propio de la naturaleza humana, como perteneciente á uno de sus reinos, luego también el sufrimiento y la idea son inherentes á ella, porque quien piensa siente y quien siente lucha, es decir, vive. ¿Pero por qué empeñamos la batalla? Con la esperanza de victoria, de mejoramiento, de mitigación de los pesares; luego la vida es una continua esperanza en medio de la triste realidad. Es así que la esperanza, después de todo, es

dulce ilusión, lámpara que vivifica el ánimo, alimento que conforta nuestra fe, es decir, un bien; luego lógicamente la vida también es un bien, algo que conserva un granito de poesía—, porque hay poesía aun en medio del dolor—, de igual modo que en el mínimo fragmento de esperanza palpita la vida del deseo. Es menester que aprovechemos racionalmente de ella, cumpliendo cada cual la misión que trajo al poner sus plantas en el globo, para lo que tendrá que tomar de su paleta los colores indispensables para el cuadro que está llamado á esbozar. Las pasiones darán animación al lienzo. ¿Son buenas, son nobles pasiones? Hermosa, magistral saldrá la la pintura. ¿Son bajas, repugnantes las pasiones? El cuadro será siniestro, borroso, abominable. Auroras ó crepúsculos, días serenos ó tétricos, noches de luna ó de tinieblas, nubecillas de verano ó nimbos de tempestad, arco iris de paz ó rayos de desolación copia el mortal. Pró-

diga le ofrece la naturaleza todos sus modelos. El, libremente escoge, según su estética y sus aspiraciones, según sus errores y vicios. ¿A quien culpará si la imitación le resulta fiel imagen de su vida? ¿Por qué se aficionó de los tonos obscuros, de las sombras y no de los haces de luz? Con negras tintas no será capaz de formar alegres alboradas.

¡CUÁNTAS ideas fatigan la mente, cuántos pensamientos nos abruman en la hora del silencio, de la oración, del reposo, en la callada noche!

HASTA la naturaleza, como si ella también reposara, se cubre con su manto, significándonos que todo debe descansar, dormir en la tierra. Sólo el cielo se abre.

¡OH, noches misteriosas!

DURANTE tus largas veladas de calma, la vejez, con profundo

criterio, recuerda sus pasadas alegrías; esa vejez adusta que ha visto desfilar tántas sombras queridas y que ha llorado tántas ilusiones muertas.

Revisa sus memorias, señaladas, de trecho en trecho, con las cruces del dolor, que son en mayor número que los puntos imperceptibles de la dicha. Sin embargo, si le dieran á escoger, creemos firmemente que anhelaría volver á empezar su jornada; ser niño otra vez, ir á la escuela; tornar á la juventud, sentir de nuevo los nobles impulsos del amor; ser hombre, trabajar, hacer obras de bien, plantar, como se plantan árboles, ideas que enriquezcan la vegetación intelectual; y hasta volver á sufrir—que esto es la vida—con tal de no aniquilar para siempre su egoísta entidad, acentuando, una vez más, el pensamiento de que ser es un bien, algo como el cielo, y no ser es un castigo, el infierno ontológico. ¡Oh, subjetivismo de las remembranzas!

Y todas las épocas ó escalones de la vida vienen á su mente como otras tantas acuarelas casi borradas por los años.

Allí están las de matices suaves, las de albor inmaculado, las acuarelas de la infancia.

Más allá las de color de rosa, las de tonos encendidos, las rojas como la sangre y la pasión, las acuarelas de la juventud.

Todavía más lejos, las de colores serios, las de la edad adulta, las de múltiples matices indelebles, que simbolizan la actividad, el movimiento, las variadas transformaciones del trabajo.

Por último, las de tonos cenicientos de la ancianidad, las marchitas, las grises de la frialdad, las negras del dolor, las amarillas de la decepción y del desprecio, las de tintes borrosos é incoloros, emblema de la im-

potencia; pues, si no miente un conocido autor americano, en la juventud se combate y en la vejez se capitula.

¡SALVE, noche, salve núbil enlutada, salve la de regia vestidura tachonada de sublimes luminares!

FIN

723 2318

3025420827
0 5917 3025420827